

UNIV. OF ARIZONA

PQ8497.D4 M3

mn

Davalos y Lisson, P/Manuel Pardo : novel



3 9001 03819 5601



Digitized by the Internet Archive
in 2024

8497
D4
M3
v.1

PEDRO DÁVALOS Y LISSÓN



MANUEL PARDO



NOVELA



LIMA

—
LIBRERÍA E IMPRENTA GIL

Calle de Lampa (Banco del Herrador) Nos. 569 a 579

—
1915

Es propiedad



1873

AREQUIPA

2 de febrero.

Nacido con extraordinario amor al estudio, mi pasión favorita ha sido la lectura. Si en muchos el aprender es un tormento, en mi es un placer. En la Universidad, jamás cerré los libros al término de los cursos. Este exceso intelectual, dos veces ha quebrantado mi salud. Fué atribuida la primera crisis a un desarrollo precoz, que tuve a los quince años. Ve hoy mi médico más claro. Y conociendo el origen de la debilidad que me aflige, me ha impuesto reposo mental, viajes, distracciones, ejercicios físicos.

He conseguido, mediante la influencia de mi tío Jerónimo, por el Ministerio de Gobierno, pasaje de vapor y de tren, respectivamente, hasta Mollendo y Arequipa, y hoy me embarco para esta última ciudad.

7 de febrero.

Estoy en el Hotel Americano. Me han dado alojamiento en la parte alta, y tengo luz, aire y hasta sol en abundancia. Mi habitación tiene dos ventanas. Sin salir de ella, sentado cerca de la mesa en que escribo, disfruto las suavidades de la mañana, el esplendor del medio día y la magnificencia de los ponientes. Por el marco de aquellas, contemplo al Misti cubierto de nieve en su cumbre. Saliendo al corredor, diviso buena parte de la ciudad. Qué blanca es la piedra empleada en su construcción. Lo que de día es brillante, majestuoso, soberbio, tórnase melancólico y misterioso visto a la suave claridad de una luna en creciente. El frío, la altura, el silencio,

lo enrarecido del aire, la pureza de la atmósfera, todo en su conjunto, predispone a la meditación y al misticismo. En estas noches, ¡qué cerca me encuentro de lo Infinito! Con razón, en esta tierra, por encima de todo, flota el sentimiento religioso.

8 de febrero.

La hospitalidad que he encontrado en esta ciudad sobrepasa en mucho mis esperanzas. Apenas me presentan una persona, cuando ésta se informa del hotel en que estoy alojado y a los pocos días me hace una visita. He recibido en mi cuarto al señor de Chenegoye y a muchísimos otros que sería largo mencionar, fuera de los amigos de colegio que aquí he hallado. Casi, casi soy una persona de consideración, y esto que a nadie he dicho que soy catedrático de la Universidad Mayor de San Marcos.

He negociado las dos onzas de oro que me dió mi padre. Diéronme por ellas trein-

tidos soles. Dicen que este es el precio corriente, y que así le cambiaron a Chene-goye cuatro mil soles traídos por él de Lima en esa misma moneda. Olvidé cuanto me dijeron sobre su valor, y por esto he recibido lo que me han dado sin saber si hacía bien o mal. Felizmente, las cuentas del hotel se cobran por mes, y hasta que éste termine no tendré necesidad de dinero.

Aquello de que todo es muy barato en este país es enteramente infundado. Una palta cuesta un real; por dos reales dan cinco abridores; y así en lo demás. Y no se crea que son estos los precios en el hotel, sino los del Mercado y de los puestos de fruta que hay en las esquinas de las calles. La botella de cerveza cuesta un sol, y la de vino Burdeos dos soles. Cuatro platos de picantes y un vaso de chicha valen un peso. Por estos datos fácil es calcular la supuesta baratura de Arequipa. Dicen que antes no era así y que los trabajos del ferrocarril han encarecido la vida.

Yo estoy inconocible. Antes de gastar un real, lo pienso media hora. Con un año de Arequipa, quizá me volvería mezquino.

Tampoco es cierto que aquí no hay en que gastar. Existen hoteles, salones para tomar helados, picanterías de tono, y sobre todo, hay un club del que huyo no obstante las amenas horas que se pasan en el rocambor, en cenas y convites. Felizmente, el teatro está cerrado, que de no tendría una salida más en mi bolsillo.

Todas las mañanas voy a bañarme a Tingo, pueblo distante media legua y célebre por sus aguas. Hago el viaje en un caballo que alquilo por horas, desde las ocho hasta las diez, pagando un sol por cada día. ¡Y me dicen de Lima que en Arequipa no hay en qué gastar!

El lavado me disgusta en extremo. Planchan muy mal y todavía caro. Cobran dos reales por una camisa, y en proporción lo demás.

En estos días han habido dos o tres temblores, y el Miércoles en la noche he visto por primera vez lo que es una lluvia. Aquí todos usan paraguas, y en verdad es muy necesario. Yo por no comprarlo, pienso quedarme encerrado en mi cuarto los días de agua.

14 de febrero.

Cartas y periódicos de Lima, llegados por el correo de anoche, anuncian la muerte de los coroneles Gamio y Herencia Zevalloz, en las montañas de Chinchao, y exteriorizan el sentimiento de protesta causado por el trágico suceso en las gentes opuestas al régimen civil imperante hoy en el Perú. La circunstancia de haber llegado en el mismo vapor que trajo la infausta nueva mi amigo Pablo Cleves, ha favorecido mi ansia de conocer detalles. Desde Mollendo me anunció su venida. Su mensaje llegó en tiempo, y me dió oportunidad para recibirle en la Estación y para conducirlo a la Prefectura, donde dejó su equipaje. En la tarde paseamos por la ciudad, le llevé al club, y en la noche no le dejé acostarse hasta que me hubo dado detalles de lo ocurrido en Lima por causa del suceso de Chinchao, y del cual, cartas y periódicos dicen poco.

Me lleva Pablo en edad dos años y en peso veinte libras, teniendo yo en lo primero veintitres, y en lo segundo ciento

treinta. Por esta diferencia de años y peso y por cuatro centímetros menos que tiene sobre mi altura de un metro setenta y dos, mi amigo, no es persona que se me asemeje. Añádase a esto unos ojos pardos, grandes, soñadores, sombreados por espesas pestañas, un rostro moreno y ovalado, escaso bozo, nariz aguileña y cabellos negros, ondeados y abundantes, siendo Pablo rubio y sin fuego en su mirada, y fácil es formar retrato de lo que, fisiológicamente, somos yo y él.

En lo moral nos diferenciamos menos. Nos alientan sentimientos nobles, aspiraciones legítimas, entusiasmos viriles y un espíritu de independencia no en pugna con la disciplina y discreción que encausó nuestra existencia en el Seminario de Santo Toribio, en los años que precedieron nuestra vida universitaria. Aunque pobres, somos bien nacidos. Nos hemos graduado de doctores en jurisprudencia y en letras, y anhelamos abrírnos paso y obtener en el foro o en el parlamento, en la prensa o en la cátedra, o en último caso en la magistratura, y si fuera posible en todas partes, el sitio a que nos dá derecho nuestra

intelectualidad, nuestra cultura, nuestro linaje y nuestra adhesión al partido civil.

Como ya lo he dicho, mi mala salud abre un paréntesis en mi asidua labor, y me impone largo descanso en Arequipa. Respecto a Pablo, un cúmulo de deudas le obligan a salir de la capital. Don Manuel Pardo, que mucho le estima, le ha dado el puesto de secretario de la prefectura del Cuzco. Ha obtenido un adelanto de tres sueldos y trae de ellos muy poco. Ni siquiera ha podido alojarse en el hotel en que yo estoy. Mañana mismo parte para Vincocaya.

18 de febrero.

El relato de Pablo Cleves ha embargado por entero mis facultades. No cabe duda ya de que el suceso de Chinchao absorbe la atención pública de la capital. En Arequipa sucede lo mismo. No se habla de otra cosa que no sea de la muerte de Herencia Zevallos y de Gamio. Por lo que

toca a la oposición, ¡Dios mío!, qué términos los que emplea contra Pardo.

¡Destino fatal el de este hombre querido que nos gobierna! Subió al poder sobre sangre, y sin haberla derramado nunca, sigue teniéndola en su camino.

Costeadas por el pueblo se han celebrado hoy, en la iglesia de San Francisco, suntuosas honras a la memoria de Gamio. Cuando la concurrencia salía del templo, un joven Evia, de Lampa, pronunció en el atrio un discurso incendiario contra el Gobierno. Entre otras cosas dijo que Pardo era un mandatario antropófago, que había subido con sangre y que con sangre debía bajar. Incitó al pueblo a la rebelión y pocos momentos después le pusieron preso.

22 de febrero.

Todo el mundo se prepara para el Carnaval. Es indecible el entusiasmo que reina en la ciudad. Hay verdadero furor por los bailes de máscaras: hace quince días

que en Arequipa no se hace ni se habla de otra cosa que de bailar. Y esto que la muerte de Gamio ha enlutado a mucha gente.

Si el juego corresponde a los preparativos, vamos a pasar tres tardes muy divertidas. Mañana, Domingo, primer día, celebran una gran fiesta en la Catedral. A su término, sacan a la Virgen en procesión, y una hora más tarde comienza el juego. Hoy, Sábado, hay repiques en todas las iglesias y *camaretas* desde la cuatro de la mañana. Esta noche, iluminación, y bandas de música recorren las calles, seguidas del pueblo que viva al Carnaval. Siendo esto nuevo para mi, pienso no estarme un momento en mi cuarto, a fin de verlo todo.

23 de febrero.

Encuentro ingénua la mujer arequipeña. Cuanto piensa lo dice, sin ser por esto indiscreta. Posee vivacidad, no le falta juicio y menos carácter. Comprende la vi-

da mejor que la limeña. Sabe dar a sus esparcimientos intensidad extraordinaria. Hoy, que la sociedad lo permite, baila por todo lo que dejará de hacerlo en Cuarema. La religiosidad le es innata. Este sentimiento, en las clases populares, llega a lo increíble cuando sale el Santísimo por las calles, al cual no se permite adorarle desde un balcón, porque ninguno, dicen, puede estar más alto que Dios.

Febrero sigue proporcionándome encantadoras noches: hoy aquí, mañana allá, en todas parte me divierto. Reina en esta tierra la mayor familiaridad y confianza: una vez presentado en una casa, es usted en ella, y más si es limeño, como si fuera un antiguo amigo. Teniendo tantas relaciones, he asistido de continuo a los bailes de máscaras y los domingos averiguaba donde había *remates*, para elegir el mejor.

De las personas que visito, ninguna tiene la riqueza y la aristocracia que tanto distingue al señor don José Manuel de Chenegoye. Ocupa su familia amplia y colonial mansión en la calle de la Merced. ¡Qué elegante portal el de la entrada; qué extenso el patio sin corredores ni columnas, como

lo son todos en las casas de Arequipa! Es su residencia, sólida y hermosa. No tiene altos, ni es prudente construirlos, siendo frecuente el temblor en esta tierra mistiana. Por todas partes veo los desperfectos causados por el terremoto de 1868. Las torres de la Catedral, la de la Compañía, la de Santo Domingo y otras más, no han sido aún reconstruidas; ni tampoco los portales de la plaza y numerosos edificios públicos y privados.

Algo que choca a los forasteros en esta ciudad, es la bóveda de piedra que forma el techo en sus habitaciones. De forma severa y anticuada, con ellas armonizan en los salones del señor Chenegoye, los muebles antiguos que los adornan, las talladuras suntuosas, riquísimas alfombras y arañas del siglo XVIII, una de las cuales tiene cincuenta mecheros. Y con todo esto, ricos gobelinos, vasos de Sévres y jarrones japoneses de gran valor y delicado gusto. Son también para mí materia de estudio, los cuadros que representan a los antepasados de la familia. En la línea masculina me llama la atención un general que se hizo célebre en las batallas que se die-

ron contra la emancipación americana en el Alto-Perú. Encuentro en su rostro expresión de fuerza pero no de inteligencia, y sus rasgos confirman las crueldades que la historia le atribuye. A su lado contemplo a un arzobispo y a graves señores revestidos con largos casacones. En la rama femenina observo el orgullo y los desplantes de las damas del siglo XVIII. Al medio de estos retratos, hállase la imagen de la Virgen María, adornado con lámparas siempre encendidas.

En Sachaca tiene la familia magnífica finca de recreo. Por sus construcciones y dependencias parece un pueblo. Su casa principal es la de una quinta. Hoy, primer día de Carnaval y Domingo 23, han almorzado en ella los Chenegoye y sus amigos. Estando entre los invitados, me he rozado con gente a quien distingue la riqueza y la alcurnia. ¡Qué eficaz me ha sido la carta que para don José Manuel me dió su suegro en Lima! Cada día me hace mayores atenciones y cariños, teniéndome, por ello, algunos como pariente de su señora. Yo, naturalmente, cuando alguien me lo pregunta, me apresuro a desengañarlo.

Es el señor de Chenegoye arequipeño de origen y de corazón. Robusto de cuerpo y de espíritu despejado, posee el orgullo del que ha nacido en provincia en el seno de una familia antigua y aristócrata. Su señora es limeña. Su rostro refleja serenidad. Hay en sus labios exquisita sonrisa y en sus hermosos negros ojos, expresión de ternura. Hay juventud y lozanía en los dos.

Estando servido el almuerzo pasamos al comedor, y la dueña de casa señaló los asientos. Púsome a la izquierda de la señorita Teresa Cortés, de quién, poco antes de habérmela presentado, me dijo en voz baja:

—Teresa es chilena. Pertenece a la aristocracia santiaguina. Es inteligente, rica, presume de ilustrada y juiciosa. Apenas tiene diez y ocho años. Quiero sentarla en la mesa a su lado. Ha dicho de los arequipeños que son buenos mozos, agradables y valientes; pero muy provincianos. Espero que no dirá lo mismo de los limeños, de quienes es Ud. una bella muestra.

Esta advertencia despertó mi atención, y sin que Teresa lo notara comencé a ob-

servarla. Su porte distinguido, su cabeza muy levantada, su mirar un tanto severo, reveláronme confianza en si misma, tendencia al dominio. Alta, esbelta, delgada y de belleza extraordinaria, su rostro es blanco y sonrosado, sus ojos pardos, sus cabellos de un rubio oscuro. De un conjunto hechicero, culmina su hermosura en las delicadas y correctas líneas de su perfil. Algo envanecida, muy confiada en su juicio, y habituada al trato de la buena sociedad desde que nació, es desenvuelta y un tanto libre en el buen sentido de estas palabras, sin que le falte urbanidad y discreción.

Después de haberme preguntado por los parientes que tiene en Lima y de saber que los conozco y visito a su tía Luisa, se ha formado de mi posición social un concepto superior a la realidad. Qué desilución para ella, ostentosa y soberbia, cuando sepa que soy pobre y que únicamente poseo linaje y cultura.

A su lado me he manejado con la timidez de un colegial. Su riqueza y su distinción me imponen un respeto y un temor anteriormente no sentidos delante de ninguna señorita de su edad. Durante la con-

versación ensayé un cumplido: su mirada fría y desdeñosa me dejó cortado. Cambié de táctica; le hablé de literatura y me oyó con entusiasmo. Ha leído a Santa Teresa de Jesús, a Molière, a Racine y otros clásicos y pretende comentarlos.

Terminado el almuerzo, nos dividimos en varios grupos. Los que quedamos en el comedor, continuamos hablando sobre política, tema que enardecía a doña Juana del Carpio, tía lejana del finado coronel Gamio, como también al conónigo Mendieta, dignidad del Coro Metropolitano. Apasionados en lo político, la emprendieron duramente contra Pardo y sus ministros. En un momento de exaltación, la anciana atribuyó la muerte de Gamio y Herencia Zavalloz a órdenes secretas y verbales impartidas por Rosas.

Calumnia tan malévolamente inventada, como imprudentemente repetida por doña Juana, exasperó al Sr. Bustamante, pardista de convicción, y que aspiraba al puesto de Comisionado Fiscal en Europa. Perdió la calma, y convencido de lo inútil que era llevar la controversia por el terreno de la razón, imitó a sus contendores. Les siguió

en el camino de las suposiciones gratuitas, de las afirmaciones no comprobadas. Sabiendo que les hería en sus sentimientos religiosos, inculpó al señor Valle, Arzobispo de Bérito, haber proporcionado en Huánuco, a los consabidos coroneles, dinero y armas para levantarse en la hacienda Mercedes la noche que los victimaron. Protestó el canónigo, y sin detenerse el señor Bustamante, continuó diciendo:

—Este señor Rosas a quien tanto se ataca, es un carácter sereno, un hombre distinguido por su talento, su instrucción extensa, variada y profunda. En su proceder leal sigue los dictados de una conciencia recta y honrada. Las palabras que pronunció en la Cámara el día que se discutió el voto de censura contra el ministerio, están de acuerdo con la verdad y el sentimiento. La oposición jamás podrá borrar de su frente la estigma que ese día le lanzó. Con la calma de un juez sereno les dijo: no hemos comerciado con la política.

Siendo civilista el señor de Chenegoye, pero también relacionado de Gamio, y hallándose afectado por la trágica muerte de

su pariente, guardaba silencio. Yo, por mi edad y respeto a los demás hubiera permanecido mudo, a no haber sido invitado a hablar por el señor Bustamante. Abrumado por sus contendores, buscó mi auxilio. Vi en la mirada de la señora Chenegoye una súplica. Comprendí su pensamiento, y tomé la resolución de no echar más fuego a la hoguera. Observé también a Teresa, la hallé inquieta y adiviné en ella una viva curiosidad. Comencé así:

—La vida humana que se extingue, la sangre que debiera animarla y va a empapar la tierra que no la necesita y hasta parece negarse a absorberla, la facilidad con que la imaginación exaltada acoge lo fantástico antes de que penetre en el espíritu el tranquilo criterio de la justicia, todo ello ha determinado el estado de estupor, el intenso sentimiento que ha producido en Arequipa, la ciudad católica y heroica, la muerte de los que fueron, coroneles Gamio y Herencia Zevalloz. Es por esto que el suceso de Chinchao ha conmovido la sociedad y pesa sobre el corazón y el sentimiento con la intensidad con que graban los sucesos dolorosos.

Alentado por la atención con que se me oía, continué:

—Natural es que el corazón sufra por la suerte de dos seres que le son idénticos. El hecho que todos lamentamos no puede dejar de producir honda pena. Dos hombres, fatalmente, han perecido en el sacrificio, y esos hombres tenían vínculos en el mundo que han sido rotos de una manera violenta y lastimosa. Justa y legítima pesadumbre la que causa su pérdida; bien vertidas las lágrimas que ella arranca y santo el dolor que la sociedad experimenta por la muerte de aquellos sus miembros ilustres. Pero, pasada la primera impresión, es menester que el sentimiento no domine el juicio, que la sensibilidad no se sobreponga a la inteligencia.

Había terminado mi exordio, y con la misma serenidad intentaba continuar en mis apreciaciones, sin decidirme por ninguno de los dos bandos en controversia, cuando el anuncio de que una revolución había estallado en Arequipa, nos puso en gran alarma. Fué necesario principiar por tranquilizar a las señoras. Doña Juana, que momentos antes vociferaba como una furia

y parecía dispuesta a arrasar con todos los civilistas, fué la menos valiente. Su palidez nos reveló su emoción, y de preferencia tuvo nuestro auxilio.

Las gentes de la quinta pusiéronse en movimiento. Nunca he visto correr con tanta precipitación ni con menos provecho. Al fin vino la calma. Los Chenegoye y sus invitados reuniéronse en el corredor de la casa.

El mayordomo de la finca nos trajo un buen anteojo de larga vista, el cual nos fué útil, estando la ciudad a menos de una legua. Después que varias personas se sirvieron de él, le tomé en mis manos, y con sorpresa observé que se nos hacían señales con una bandera desde el techo de los altillos del señor de Chenegoye en Arequipa. Como nadie lo había observado, pasé el instrumento óptico a don José Manuel, quien confirmó mi descubrimiento.

—Nos llaman,—dijo emocionado;— al menos, es lo que deduzco por la manera como hacen las señales. El movimiento debe ser formidable, y mi hermano, temeroso de que nos pase algo desagradable, me incita a salir de esta soledad.

Volvieron todos a servirse del anteojo, y la tenacidad con que un hombre vestido de negro movía la susodicha bandera, aumentó la general ansiedad.

Mandaron alistar las cabalgaduras, y una hora después de comenzado el movimiento, poco menos que huyendo, la familia Chenegoye y sus invitados, en todo veinte personas, salieron de Sachaca con rumbo a la ciudad.

En Tingo, a cerca de las tres, detuvimos la marcha para tomar informes. Se nos dijo que el foco de los revoltosos estaba en la otra banda del río, y que estos habían levantado una trinchera en el Puente, al lado de la garita de la Alameda. Añadió el Gobernador, ampliando sus anteriores datos, que también ocupaban el Beaterio y San Lázaro y que hacía una hora, las campanas de ambos templos tocaban arrebato. Por último, concluyó: el haberse oído hasta ahora muy pocos tiros, indica que el Prefecto no ha atacado y tal vez no tenga intención de hacerlo, siendo su propósito atrincherarse en la Merced.

Continuamos el viaje. Al pasar por la fábrica de gas, encontramos al mayor Ta-

deo Antay, marchando con cincuenta gen-
darmes a cruzar el río por el viaducto del
ferrocarril a Puno, en su deseo de atacar
a los facciosos por el flanco y por la re-
taguardia. Entre otras cosas nos dijo, que
los mayores Simón Bedoya y Melchor Fri-
sancho y el comandante José Manuel Diez
Canseco, iniciarían el ataque de frente, los
primeros con los celadores y el segundo con
la caballería, debiendo el subprefecto Ra-
món Benavides, acabar con los hombres si-
tuados en la trinchera de San Lázaro. Que
los revolucionarios vivaban a los generales
Segura y Echenique, y que el autor del
movimiento era un señor Bernardino
Arias, llegado últimamente de Chile, de
donde trajo una libranza por veinte mil
soles que cobró en la casa de Gibbs.

Teresa y la señora Juanita de Chenego-
ye no perdieron un momento la serenidad.
Ambas se manifestaron más bien desagra-
dadas que tímidas.

—Ya no se puede vivir aquí,—contesta-
ba la segunda cada vez que alguno inqui-
ría por el estado de su ánimo.—Nos iremos
a Europa.

Cruzábamos la explanada que se halla

frente a la Estación de los ferrocarriles, cuando principió el tiroteo. Las detonaciones de los Chassepot en manos de la gendarmería hacían un ruido ensordecedor.

—¡Ya se agarraron,—exclamó muy asustado el canónigo Mendieta.—¡Dios nos saque con bien!

Entramos a la ciudad por la recta de la Merced, y cuando yo esperaba encontrar las puertas cerradas y las calles desiertas, ví aquellas de par en par y las calles animadísimas. Nadie se había escondido, ni siquiera las señoras. Como si se tratara de presenciar alguna fiesta, ocupaban las ventanas y las azoteas de sus casas. Esto nos animó. Cuando llegamos al término de la jornada, todos estábamos sonrientes.

El hermano del señor de Chenegoye nos recibió con la mesa puesta, y mientras la fuerza pública y los rebeldes se tiroteaban, nosotros bebíamos y comíamos como si nada aconteciera.

El fuego principió a amainar a las cuatro y media. A las cinco, hora en que me retiré al hotel, todo había concluido.

Son las seis de la tarde y hace más de una hora que la revolución ha sido completamente sofocada. Todavía no se conocen detalles. Por lo que he oído, los jefes de las fuerzas han cumplido con su deber. Los facciosos, según me asegura Simón Bedoya, eran bastantes y vivaban a Eche-
nique y Segura. Muchos creen que este último está aquí desde anoche. He visto las trincheras levantadas en el puente. No hay duda que el foco del movimiento estuvo en la otra banda. Los gendarmes atacaron por la retaguardia, la caballería y los celadores de frente.

Han comenzado los registros a domicilio y se toman las más severas medidas de seguridad pública. Las autoridades temen que esta noche haya otra intentona y de no ser hoy, mañana o pasado. La tranquilidad no puede volver hasta el Miércoles de Ceniza.

24 de febrero.

Todo está tranquilo, tanto que parece no hubiera habido nada. Ayer mismo continuaron los bailes, y numerosas partidas con sus bandas de música recorrían las calles. No puede darse indiferencia mayor. Dicen que lo mismo pasó cuando la revolución de Prado contra Pezet.

El instigador principal de lo de ayer ha sido un señor Bernardino Arias, de Puno, que estaba alojado en el hotel en que estoy. Según dicen ha fugado ya para Chile, de donde vino a Arequipa el mismo día que yo, razón por la cual éramos amigos. No falta quien diga que Piérola le ha dado dinero. El pueblo en su mayor parte es pardista, y hoy vivan al Gobierno por todas partes. Me parece que la oposición y los conspiradores han recibido un buen golpe. Todos opinan que la revolución en Arequipa es casi imposible en las actuales circunstancias.

Estamos en pleno Carnaval: la calle se ha convertido en un verdadero campo de batalla. Por supuesto, el licor abunda. En las casas en que se juega, el *lunch* es pe-

renne, y se halla listo desde la una del día. Me estoy divirtiendo bastante y espero decir lo mismo mañana.

Teresa no encuentra placer en estos juegos: los califica de incultos. Desde ayer se halla encerrada en su alojamiento. ¡Qué triste me pone el no verla!

28 de febrero.

Los temores de una segunda revuelta han desaparecido; sin embargo, no estamos tranquilos. Por las noches no faltan sus tiros por los arrabales, y la tropa debe estar muy vigilante para impedir que la *cholada* intente una nueva sublevación.

Nada de esto ha detenido las fiestas del Carnaval. Se ha jugado con verdadero delirio, y no obstante hay quien asegura que este año no ha habido entusiasmo. Francamente, no sé que entenderán por tal. El hijo de mi madre ha jugado con barbaridad y no morirá de pulmonía ni de *costado*, porque a buen seguro los hubie-

ra cogido en esta ocasión. Todavía el Miércoles fuí a enterrar el Carnaval a la Pampa y puse fin a la diversión. Tres malas noches, un gran atraso de sueño, fuerte dolor de cabeza ayer y hoy, un constipado que dura aun, un vestido (el más viejo se entiende) echado a perder, y lo que es sin comparación más sensible, algunos reales menos, he aquí lo que me queda del Carnaval. Estamos en plena Cuaresma y ha comenzado la formalidad.

Teresa está en Yura. Ha ido en busca de su abuelo que se halla reumático. El mayor Bedoya, hoy muy amigo mío, me ha dado informes de ese lugar. Sus aguas son superiores a las de Tingo, y según él, si quiero acelerar mi convalecencia, debo bañarme en ellas. Consulté el caso con el doctor Hunter. Inquirió la causa que me trajo a Arequipa, reconoció mis pulmones, y viéndome un poco asustado, se sonrió y me dijo:

—No tiene Ud. nada. Aliméntese bien, siga la vida reposada que lleva, y su debilidad desaparecerá en un mes. Inevitablemente, no tiene Ud. necesidad de bañarse en Yura. Sin embargo, yo, en su

estado, iría a tomar las aguas de fierro de aquel lugar, ya notable por sus curaciones maravillosas.

Me he provisto de libros, de ropa de cama; me he comprado en el Mercado un sombrero ordinario de paja, y con el entusiasmo con que a mi edad se hacen las cosas, me he venido a las termas. Estoy en ellas desde hoy.

Hay gentes que prefieren hacer el viaje a caballo, siendo de seis leguas la distancia que las separa de Arequipa. No estoy en su número. Mi consabido balneario está a un kilómetro del ferrocarril que se construye a Puno, y aunque no ha sido entregado al tráfico, se puede hacer uso de la vía férrea. Como una gran concesión nos permiten viajar en trenes de carga. Cuando los temporadistas yureños alcanzan a seis, se les pone un coche con asientos. Yo no tuve esta suerte; tampoco el cura de la Calera, un cocinero y un sirviente que conmigo subieron. Los cuatro nos acomodamos sobre la madera que transportaba un carro de plataforma. En la travesía tuvimos una imagen del infierno; y salí bien librado, con dos lla-

gas, una cerca de la quijada y otra en el cuello, porque la lluvia de fuego que en forma de pequeñas partículas de carbón encendido vomitaba la locomotora, era para morir achicharrado.

El señor Cortés se halla enfermo. Una fuerte inflamación reumática le tiene en cama. Teresa, su nieta, le cuida y no se aparta de él. Apenas ha cambiado unas cuantas palabras conmigo. La ví en el comedor de su casa. Contestó muy atentamente mis preguntas, pero no me invitó a entrar.






Y U R A



3 de marzo.

Desde el viernes estoy en esta soledad, donde me parecen los días menos tristes de lo que podían ser. Tengo muchos libros, y la lectura me ocupa agradablemente el tiempo. Sin embargo, esto sería insufrible en algunas horas, especialmente, en las de la noche, a no estar aquí el coronel don José María Niqueche y su señora. Ellos hacen animada la pequeña sociedad que habita el balneario. Don José María ha tomado parte en muchas revoluciones, es buen narrador y mucho nos entretiene.



Vivimos casi en familia. Apenas necesitamos un día para conocernos y otro para estimarnos.

Desde que llegué las lluvias y los temblores nos tienen sitiados. Estos últimos no me asustan, siendo el hotel en que estoy de madera y calamina. También son frecuentes las tempestades; felizmente no llegan hasta acá. Por las noches caen nevadas sobre las montañas que nos rodean. El frío de la tarde, después que se oculta el sol, es intenso. Huyendo de él, multitud de sapos entran a las habitaciones buscando abrigo.

4 de marzo.

No hay manera de hablar con Teresa. Su abuelo sigue enfermo, y ella no recibe a nadie. Mis compañeros de termas, especialmente las arequipeñas, de suyo hospitalarias y sociales, califican raro este retraimiento. Algunas lo atribuyen a orgullo.

Es la casa de Teresa la mejor del lu-

gar, y con serlo no ofrece ninguna comodidad. El cocinero y el sirviente duermen en el hotel. Teresa, su hermanita y la sirvienta ocupan un cuarto, el señor Cortés otro; el tercero sirve de comedor y de sala de recibo. Con varias calaminas y algunas piedras sillares han improvisado un cuarto para la cocinita de fierro traída de Arequipa. Menos *confort* y más rusticidad se nota en los departamentos de las otras familias que forman el círculo distinguido del balneario. La de Bustamante, compuesta de la señora, Ofelia, de su prima María Caridad, de dos jóvenes y dos chiquillas, duermen casi en montón, habiendo tenido que separar con telones de lona ordinaria, la única vivienda, por fortuna extensa, de que disponen para colocar sus catres. En la Calera, pueblecito que dista seiscientos metros, consíguense casas de mayor extensión, mas prefieren todos vivir aquí, donde al menos hay limpieza, donde se tiene a la mano las fuentes termales, y los burros, los chanchos y las gallinas, como sucede allá, no hacen vida social con los sucios campesinos.

El aspecto físico de la provincia es desconsolador. Exceptuando la campiña de Arequipa, bellissimo oasis que el Chili riega, cuanto alcanza la vista hasta el límite del horizonte es totalmente estéril y deshabitado. La vida milenaria del planeta se sigue en las capas de lava y de ceniza. que muchas veces vomitó el Misti por su crater. Estos campos, en otros tiempos, cubiertos de vegetación, tienen ahora mucho de la aridez lunar. Aquí, como en el astro de la noche, la vida ha concluído, y cuanto rodea el volcán sería un desierto, si el Chili piadosamente no calmara en parte la sed de esta tierra, que por causas inescrutables, Dios en sus iras quemó para siempre.

Yura está situada en la falda norte del Pichu-Pichu, entre dos laderas de escasa altura, al medio de un pequeño valle que se extiende de norte a sur, y cuyo fondo acaricia un miserable arroyuelo. A lo largo de este valle, en la falda setentrional de la ladera y en terreno empinado y sinuoso, hay algunas casas dispersas, y en lo profundo, en una especie de cañada, las aguas termales que dan renombre al

lugar. Yura, visto de lejos y en lo alto, pintadas de azul sus construcciones, con su fondo tapizado de verdura y exornada aquí y allá por corpulentas encinas y eucaliptos, es de bellísimo aspecto. De día, el continuo reverberar del sol sobre la blanca lava de los cerros quita a la perspectiva, por exceso de luz, parte de la belleza que le dan los medios tonos del crepúsculo. De noche, en estos días de creciente luna, el espectáculo es grandioso y nuevo. La volcánica blancura del suelo dá al paisaje extraordinaria claridad. Debido a ella, destácanse admirablemente los árboles y los matorrales, siendo nítido el perfil de las sombras que proyectan.

Acompañado de María Caridad Rivero y de Ofelia Bustamante, de sus hermanos Jorge y Manuel respectivamente en catorce y quince años, del señor curita de la Calera, el doctor Vega, recién ordenado y apenas en sus veinticuatro años, todos muy abrigados, pues el frío así lo exige y ocupando cada uno su propia silla, nos reunimos anoche en el reducido atrio de la Hermita de Nuestra Señora

del Cármen. Inspirado en la serenidad del lugar, en el suave rumor de las aguas que corren por el fondo de la quebrada, en el perfume de los matorrales cuyo olor especial no he hallado en otra parte, y en la luz discreta y misteriosa con que nos alumbra el astro de la noche les recité románticas composiciones poéticas. Una de ellas, dedicada a la Virgen, fué de admirable efecto para mis oyentes. María Caridad me observaba conmovida. Su mirada tierna y apasionada hubiérame causado algún entusiasmo a no hallarme rendido a la hermosura de Teresa. Qué al medio del corazón me ha herido esta mujer; y como hasta ahora de ella solo recibo desdenes, ¿acaso no será despecho más que amor lo que por ella siento?

Tiene cumplidos la señorita Rivero diez y seis años. Es bajita y robusta. Su carita redonda, muy blanca, su cutis color de rosa, su boquita tan chica como grandes son sus lindos ojos, le dan extraordinaria belleza. Tiene el pelo casi rubio y siendo sus ojos color castaño, el contraste es manifiesto. Es suave, tranquila, tal vez algo apática. Sonríe con infinita ternura,

y sabe inspirar extraordinaria simpatía. De orgullo no tiene un átomo. Es sincera, afectuosa, buena, sin odios, y hasta romántica. Cree cuanto la dicen. No sabe disimular, y bien pronto enseña lo que por dentro pasa en su corazón. La conocí en uno de los bailes de máscaras; la ví de disfraz y me gustó. Al día siguiente la encontré en otra casa: vestía traje de tertulia y habiéndose arreglado sin gusto me desilusionó. Que raído y cursi pareciome el trajesito de seda que llevaba. No insistí en rendirme a su belleza, y casi en su presencia atendí a otra señorita. Ahora le encuentro en Yura. Qué bién le caen los trajes de lanilla que usa. Con cuánta naturalidad lleva el sombrerillo de paja que para estos campestres lugares se ha comprado.

6 de marzo.

Hace dos días que el señor Cortés dejó la cama. Al fin puede apoyar en tierra el

pie derecho. Sirviéndose de un buen bastón y del brazo de su nieta, concurre a las termas sulfurosas. Teresa me lo ha presentado. Es un anciano, alto, grueso, bien formado, moreno y de constitución sanguínea. Tiene la barba afeitada y solo usa patillas, patillas blancas y cortas, como blancos son sus cabellos. Viste con severidad, siempre de levita y a la antigua. Es de las pocas personas que todavía envuelve un alto cuello de camisa con una larga y ancha corbata negra, pasándola dos veces y anudando sus puntas sobre el nacimiento del pecho. Tiene el grado de coronel de caballería de los ejércitos de Chile. Nació en Santiago, y en su país es un hombre notable por su riqueza y por su abolengo. Ostensiblemente es el gerente de una empresa *cataadora* de salitre que se ha formado en Valparaíso, y que al presente gasta algún dinero en reconocer en las pampas de la Joya y Cachendo, *estacas* de terreno que fueron denunciadas hace ocho años. Estando su fortuna y su posición social muy por encima del cargo *ad honorem* que desempeña, no falta quien vea

en su gerencia un pretexto para vivir en el sur del Perú y seguir de cerca las dificultades que sufren los salitreros de Tárapacá. Su residencia en Arequipa es el hotel, y cuando de ella se ausenta, deja a Teresa y a su hermanita Blanca en casa de la familia Chenegoye, a quien le une buena amistad y algo de parentesco por las Puente.

El coronel José María Niqueche, ha tiempo le conoce. En Yura se ha hecho muy amigo de él, y lo recomienda como uno de los hombres más amables que ha conocido. Su acento y su conversación concuerdan perfectamente con su fisonomía. No cabe tener un carácter más alegre y entero, una gracia más verdadera y sencilla. Yo, que por lo regular no estoy a gusto cuando trato por primera vez a una persona de edad, experimenté todo lo contrario desde el primer momento en que le hablé. Sin esfuerzo he conseguido familiarizarme con él, como si le conociera muchos años.

Teresa ha visto con agrado esta unión. Ayer en mi presencia le dijo:

—Has hallado en Yura lo que necesi-

tas. Te hacía falta una persona con quien discutir, y la encuentras en el señor don Luis Lopez de Arévalo. Pronto has de apreciar la corrección de su lenguaje, la amplitud de sus ideas, la alteza de sus conceptos. En Sachaca, cuando la pasión política enardecía los ánimos, qué suavemente se deslizó en el ánimo de todos, qué palabras tan sentidas y consoladoras supo emplear al ocuparse de la muerte de Zevallos y Gamio. Ya le oirás, ya le oirás.

Esta forma de halagar tan propia del carácter chileno, me dejó callado y hasta corrido. Lo notó el señor Cortés, y con tacto diplomático, supo dar otro sesgo a la conversación. Aunque me envaneció lo que acababa de oír y lo agradecí intensamente, aproveché con gusto la salida que se me ofrecía.

Horas más tarde busqué a Teresa. La encontré con su hermana Blanquita en el corredor de su casa, la hablé de nuestra nocturna reunión en el atrio de la Hermita, y cuando llegado el momento creí de mi deber corresponder su lisonja, cumplimentándola de la misma mane-

ra que lo hice en Sachaca, molesta, me miró con desdén. ¡Qué niña tan rara! Me halaga, me busca para después rechazar-me en forma verdaderamente hiriente. ¡Acaso se ha dado cuenta que estoy enamorado de ella, y considerándome pobre cosa para su persona, mis pretensiones la enojan y la violentan?

En la tarde de ese mismo día, María Caridad Rivero y Ofelia Bustamante, acompañadas por mí, estuvieron de visita en casa de ella. Después de ponderarla los placenteros momentos que se pasaban oyendo mis poesías, la invitaron para la noche.

Despechado como estaba y ansioso de vengarme, interrumpí el diálogo antes que Teresa contestara.

—La señorita Cortés,—observé—no sabe apreciar la belleza en su origen. Estas noche llenas de poesía, saturadas de adorable encanto, que tan profundamente nos han impresionado, no son para ella. Su alma amóldase más al arte, creación del espíritu humano. Por él goza, por él sufre; casi vive por él con una segunda vida. La literatura, las obras todas del in-

genio, son su embeleso, su dicha y acude poco a la naturaleza fuente y madre divina de la belleza creada.

Oyó atenta cuanto la dije; me miró con rabia; de momento no supo qué contestar, y dominándose, con una sonrisa forzada, dijo a sus amigas:

—Esta noche saldré con Uds.

8 de marzo.

El tiempo se ha descompuesto. Tempestuoso en la montaña, por acción refleja, manifiéstase frío, lluvioso y nublado en la parte que habitamos. Hay humedad en el piso y en el ambiente. De noche, es necesario guarecerse bajo techo. Por esta causa, las veladas de la Hermita han quedado postergadas para mejores días.

Hacemos la tertulia en casa del señor Cortés. En su salita, nos reunimos don José María Niqueche, el señor Bustamante, su señora, Blanquita, su papá y yó.

No habiendo asientos para Teresa y sus dos amigas, las tres, en compañía de otras personas, entretiénense en casa de la señorita Ofelia, jugando al *Sonso*, a la *carga la burra* y a veces, a las prendas.

Blanquita, a pesar de sus once años, prefiere quedarse con nosotros. Se sienta a mi lado, y en secreto, cuando no entiende lo que dicen, me hace preguntas, algunas de ellas tan peregrinas, que, trabajo me cuesta contestarla. Es una chiquilla linda, sin pretensiones, inocente, candorosa, engreída, buscando siempre sociedad entre personas que la aventajan en años. Como este, tiene otros gustos raros, no poseyendo la afectuosidad ni la amabilidad del abuelo. Gusta de hacer preferencias, y como ellas son marcadas, el desdén con que mira a las personas que no le son agradables le resta simpatías. Le he caído en gracia: es cierto que nadie la atiende y la distingue como yó. Tiene talento, y en su acalorada imaginación, es indecible cuanto goza con las historias que le cuento. Incansable en oirlas, he de hacer esfuerzos de memoria para recordar las muchas aprendidas de mis

ayas y de mi madre en los días de mi niñez. Original y algo extraña como es la chiquilla, gusta que nadie nos acompañe en la hora de los cuentos, y se pone furiosa cuando su hermana, sorprendida por la atención que me presta y las preguntas que me hace, se acerca a nosotros, ansiosa de oír también cuentos, pues, a pesar de sus dieciocho años, en muchas cosas sigue tan candorosa y niña como Blanquita.

Una tarde que conversaba con Teresa y sus amigas, Blanca, furiosa y arrinconada en la sala porque yo no la atendía, viendo que su hermana se burlaba de ella, con rabia, le dijo:

—Tú, no mas, quieres estar con Lopez. Yo también deseo estar con él. Y si tanto te gusta ¿por qué no le pides que se case contigo?

Su ingenuidad fué encantadora. Corrí hacia ella, la acaricié, la ofrecí contarle el cuento del *Coche de Zavala* y el de la *Mano Peluda*, en tanto que las tres señoritas reían cordialmente. La ocurrencia me dió oportunidad para confirmar la convicción que, hace días, tengo, de que

Teresa, ni siquiera por coquetería, corresponde mi profundo cariño. Mirada con impertinencia por sus amigas, ni por un instante se ruborizó. Me fijé también en María Caridad, y la palidez que hallé en su rostro me reveló su emoción. ¿Qué causa la produjo?

11 de marzo.

Son amenas las tertulias en la casita del señor Cortés. Qué espíritu tan bien preparado el de este anciano para mantener el entusiasmo en las personas que le hablan y en las que le escuchan. No es de los que monopolizan la palabra: al contrario, está en el número de los que experimentan placer en oír. Sabe incitarnos dando el ejemplo. Anoche nos entretuvo, relatándonos interesantes episodios acontecidos en la guerra peruano-chilena contra Santa Cruz. Sirvió, con el grado de capitán, como ayudante de Bulnes y estuvo al lado de Castilla, de quién

nos contó heroicas hazañas. Hoy quizo tener detalles de lo que fué la revolución de Lima en Julio de 1872, y conociendo la intimidad habida entre el finado presidente Balta y el coronel Niqueche, quizo oírle. Yo también; y como, según el señor Cortés, la mejor manera de incitar a hablar, es hablar primero, hice una lijera reseña del estado en que se hallaba el Perú en el tiempo en que se verificó la elección presidencial. Para ello, me fué necesario remontarme a la caída de Prado en 1867, a la muerte de Castilla en el mismo año, a la revolución de Chiclayo y a la subida de Balta después de la presidencia de Canseco. En el curso de mis apreciaciones sobre las causas que produjeron la revolución de los Gutiérrez, varias veces fuí interrumpido por el coronel Niqueche, quien, deseando establecer la verdad nos hizo el relato de la historia que deseábamos conocer. Nada más interesante que oír a los propios testigos la narración de los sucesos que presenciaron.

—Resuelto el presidente Balta,—nos dijo don José María—a entregar el man-

do al elegido de los pueblos, cesó de oír los consejos de sus falsos amigos. Seis meses estuvieron tentándole para que pasara por encima de la constitución y de las leyes, para que acabara con el flamante movimiento civil e impusiera por la fuerza el régimen militar. Estuvo imprudente en oírles, aún más, en discutir con los jefes del ejército tan descabellados propósitos. Fué Tomás Gutiérrez quien con más entusiasmo le habló y le alentó. Débele el Perú a Meiggs, a don Juan Francisco Balta y a mí, la patriótica labor de haberle quitado de la mente los planes legicidas que en maldita hora, gentes inescrupulosas llevaron a su espíritu. El periodo constitucional debía terminar el 2 de Agosto. Para ese día, me consta que Balta, desde el 20 de Julio, estaba resuelto a entregar el mando a don Manuel Pardo. Me consta también, que Tomás Gutiérrez, su ministro de la Guerra, después de habérsele quejado amargamente del abandono que hacía de sus amigos, especialmente de los militares, a quienes, maniatados, debía entregar al régimen civil, le dijo: “—Yo era amigo de

Pardo y por seguir la política de Ud. me he enemistado con él. Ahora se lava Ud. las manos como Pilatos. Busca Ud. su conveniencia. Yo también buscaré la mía. Se lo juro”. Balta se encogió de hombros, y en su presencia, se sonrió con desdén. Le trató veinte años y nunca llegó a conocerle. Todo hubiera esperado de él, menos que le apresara, como en efecto lo hizo cuarentiocho horas después, o sea el 22 de Julio. Fué Silvestre Gutiérrez, hermano menor de Tomás, el encargado de esa prisión y el héroe del memorable consabido 22. Repuesto desde la víspera en el mando del “Pichincha”, del que estaba separado y enjuiciado por el delito de flagelación, y procediendo de acuerdo con sus otros tres hermanos, ocupó Palacio a las dos y media de la tarde. Teniendo por base las guardias de las dos puertas, servidas por gente de su propio cuerpo y de intento puestas allí a última hora, con una compañía rindió al Escuadrón Escolta. Con otra, cruzó el patio de los ministerios de Justicia y Relaciones, y resueltamente penetró en el estrecho corredor que precede las habitaciones del Pre-

sidente. Hallábase Balta en su despacho, preparándose a firmar el contrato del ferrocarril de Lima a Pisco, que le trajo su ministro de Hacienda, Masias, cuando un edecán de servicio le avisó que Gutiérrez le aguardaba en la antesala para llevarlo preso. Como si dudara de lo que le decían, se asomó por el vidrio de la mampara. Posiblemente vió la cara de ferocidad que en ese instante tenía Silvestre, y resuelto a escapar, pidió su sombrero. Yo me hallaba en la salita de recibo de la señora Melchora Lizarzaburu de Balta, en compañía de su hija Daria y de Esteban Montero, ambos comprometidos a casarse aquella noche. Recuerdo que en la otra sala estaban Dionisio Derteano y Faustino Zegers, dando ideas al decorador que adornaba con cintas de seda blanca, con azahares y otras flores el altar ante el cual bendeciría la unión monseñor Vannutelli, representante de Su Santidad el Papa. Aunque no se disparó un tiro, el movimiento de las tropas en los pasadizos nos causó cierta alarma. Al principio creímos que se estaba relevando la guardia; pero, a poco

rato, la misma señora Melchora nos impuso de lo que ocurría. Todos quedamos estupefactos. Quisimos salir y llegamos hasta el cuarto de edecanes, pero los soldados nos impidieron pasar más adelante. En medio de este barullo, el Presidente, rechazando el abrazo que su esposa y su hija, muy afectadas las dos, pretendieron darle, acompañado por mí, a toda prisa, salió por la puerta del servicio doméstico y fué a parar al patio de Relaciones Exteriores. Estaba pálido, muy serio y sin la menor muestra de sorpresa. Indudablemente, por su espíritu había pasado la idea de que sus propios soldados podían encarcelarle. Intentaba salir a la calle, cuando Silvestre le detuvo. Un sargento dió aviso de la maniobra hecha por Balta, y por diferente ^{el}cámino, aquel le cortó el paso. Después de un violento cambio de palabras, en el cual, Silvestre, trató de inconstante al Presidente, le tuvo algunos minutos detenido en el despacho del Gobernador de Palacio, y personalmente, en un coche de plaza le condujo al cuartel de San Francisco, donde le encerró en el cuarto de banderas.

—Ha omitido Ud. decir—observó el señor Bustamante,—que al salir Balta por la puerta que dá a la plaza, la guardia quiso presentarle las armas, manifestación que impidió Silvestre.

—También he omitido,—respondió don José María,—la valiente actitud de Simón Bedoya, oficial de la “Escolta”, y la del edecán Manuel Santa María, y otros mil detalles, que si los contara no concluiría nunca. Tampoco he dicho nada de la pobre Daría Balta, que, como era natural, no se casó esa noche sino algunos meses después.

—Cuando salió a la plaza,—continuó Niqueche,—el batallón *Pichincha*, ciento cincuenta *celadores*, un escuadrón del Regimiento *Húzares de Junín* y cien artilleros con cuatro piezas de a cuatro y con seis ametralladoras formaban en cuadro. De esta fuerza, Silvestre, a su regreso de San Francisco, destacó sobre la casa de Pardo, situada en la Pileta de la Trinidad, cuarenta *celadores*. La orden de tomarlo vivo o muerto, no pudo ser cumplida, habiéndose asilado, el perseguido, en la legación del Brasil.

Una hora antes de que esto ocurriera, estando Pardo en su despacho con varios amigos, fué engañado por un oficial, quién presentándose a nombre de Balta, le dijo que éste deseaba verlo a las dos y media. Ya en la calle, y caminando por las gradas de la Catedral, se impuso del movimiento y corrió a esconderse. De esta manera logró burlar la celada que Tomás Gutiérrez le tendió, pues no fué Balta sino aquel quien le hizo encaminarse hacia Palacio, lugar del cual quizá no hubiera salido si llega a entrar.

El narrador hizo larga pausa. Aprovechando de ella, el señor Bustamante, insinuó una pregunta.

—¿No encuentra Ud. extraña,—le dijo—la pasibilidad del Presidente Balta en los sucesos del 22? ¿No le llama a Ud. la atención, no diré su complicidad, sino su tolerancia en las órdenes dictadas por Tomás para reponer a Silvestre y para desintegrar la Artillería el 21 de Julio? Este cuerpo era hostil a los Gutiérrez, su fuerza dificultaba sus planes, y fué con anuencia de Balta que le fraccionó en secciones y se le repartió en diver-

sos batallones. Balta era valiente, era enérgico; con tales condiciones ¿cómo se dejó tomar sin haber intentado la reacción, siquiera sin una protesta; haciendo lo mismo su hermano, don Pedro, en el Callao?

—Estaba anonadado,—contestó don José María—La popularidad de Pardo le impuso, su propia rectitud le detenía;...
.....el favor dispensado a los Gutiérrez le perdió.....

—A mi juicio, él, indirectamente, fué el único causante de la revolución de Julio,—dijo, la señora Bustamante, con cierto énfasis.—El, si, él, que encumbró a los Gutiérrez, que vió con placer que un hombre se atravesara a Pardo para no dejarlo subir al mando.

—Eso es mucho decir,—observó el coronel Niqueche con cierto enojo.—En política todo es relativo. Por lo regular, los radicalismos por desapasionados que sean, nunca edifican nada. Pasará medio siglo y tal vez más, y difícil será decir hasta que punto estuvo en manos de Balta evitar lo ocurrido.

¿Qué piensa el letrado sobre esto?,—me

preguntó el chileno, con manifiesta intención de hacerme hablar.

—La conducta de Balta en los sucesos que comentamos,—dije yo,—ofrece abundante caudal de meditación. La muerte, ha marcado entre el pasado y el porvenir una línea de separación intangible. Nos ha puesto delante de una tumba, y los restos que en ella se guardan, nos anuncian que toda responsabilidad en la tierra está fenecida. Por hoy, las investigaciones y los análisis están vedados. Pavorosos misterios que la mente humana no puede descifrar, se han consumado, sucediéndose con rapidez vertiginosa. Nuestras fibras se han conmovido al choque de encontradas corrientes, haciéndonos vacilar entre la justicia y la misericordia, entre lo que la piedad debe a los hombres y lo que el amor a la patria debe a la reivindicación de sus derechos. La justicia humana, por hoy, no puede pasar el dintel de la eternidad. José Balta no es ya para el Perú sino una víctima. Con ella, en el mismo torbellino, han caído sus sacrificadores. La lección está concluída. ¡Cuántas amargas enseñanzas!

—Así es, joven, así es,—me dijo Niqueche.—El tiempo dirá la verdad. No es el momento de las recriminaciones. Balta no era hábil, tampoco era liberal en materias religiosas. Eso del 20 de Setiembre fué un ataque a la libertad de conciencia. Yo se lo critiqué. Pero era recto, caballeroso y buen amigo. Fué uno de los presidentes de más benéfica labor y de intenciones más puras y más honradas. Entre tanto, ¿dónde estaba?

—En la orden dada por Silvestre para tomar a Pardo en su casa,—díjole el señor Cortés.

—Exactamente,—respondió don José María, continuando así:

—Tomás Gutiérrez, que sin moverse del Ministerio de Guerra, lo había dirigido todo, montó a caballo a las cuatro de la tarde, salió a la plaza, y en presencia de sus tropas se proclamó Jefe Supremo del Perú. Silvestre confirmó la proclamación, dando un viva al Dictador y mandando presentar las armas. Concluido el acto, Tomás visitó los cuarteles. Su hermano Silvestre, ocupó la cárcel, situada en la plaza de la Inquisición. Tuvo en ella un

cambio de palabras con el vocal de la Suprema, don José Eusebio Sánchez, y por encima de él puso en libertad a varios presos políticos. En el cuartel de Santa Catalina, el Dictador separó de sus puestos al comandante general de artillería, coronel Federico La Fuente, al comandante Vidal García y García y a los mayores Llosa y Carbajal. Como es de suponer, a las cuatro de la tarde, la alarma en Lima era general. El comercio cerró sus puertas, y los vecinos que no estaban en las calles habíanse apostado en las puertas y ventanas. “Tomás Gutiérrez, el Ministro de la Guerra, se ha proclamado dictador”, era la respuesta dada a la pregunta “¿Qué hay?”. Las cámaras legislativas, que desde el día 13 estaban reunidas en juntas preparatorias y que hacían su labor de calificación en sesiones secretas, se reunieron en congreso pleno, y por unanimidad, pusieron fuera de la ley a Gutiérrez y a sus cómplices. Presidió el general don José Rufino Echenique y redactó la protesta don José Simeón Tejeda. Antes de terminar el acto, ochenta celadores invadieron el salón de se-

siones y a culatazos arrojaron a la calle a los representantes. El general Echenique fué el último en salir, acompañado de su hijo Pío. Más tarde le pusieron guardías en la casa. En la noche del 23, al toque de ánimas, acudí a Palacio llamado por el Dictador. Me recibió Fernando Cásos en una de las antesalas. Nunca le había tratado y apenas le conocía de vista. Es un hombre de cincuentaicinco años, de talla mediana, delgado, con cara ovalada, labios gruesos, color moreno, cabello abundante y enrespado, y que usa bigote y pera. Tiene la sonrisa del hombre acostumbrado a convencer con la palabra, siendo su mirada penetrante y hasta fascinadora. Es abogado y orador, y antes de decirme para qué me llamaba, me pronunció un discurso. La patria, el porvenir, los deberes del militarismo; que se yo cuanto me dijo para probarme que había necesidad de apoyar a Gutiérrez, siquiera fuese para disuadirlo de continuar en la dictadura. “Un hombre como él—añadió—sin preparación, valiente, audaz, viéndose aislado y combatido por todos, y teniendo siete mil soldados, puede con-

vertir el Perú en un lago de sangre. Hay que evitarlo. Necesita los consejos de Ud. también los míos; por esto he aceptado el puesto de Secretario General, y por esto le invito a que se haga cargo del comando del batallón número seis, sin jefe, por renuncia de su coronel.....”

“La mejor manera de que caiga es dejarlo solo”,—le contesté. Insistió en su deseo de convencerme, y nuevamente le repetí las mismas palabras. Al fin, creyéndome sin voluntad para renunciar, si la insinuación venía de parte del Dictador, me condujo a presencia de él. Tomás Gutiérrez, ocupaba esa noche el despacho presidencial. Vestía de militar, y había-se puesto por consejo de Casós, la misma banda bicolor que usara Balta. Le encontré solo. Estaba altivo y hasta insolente. De mediana estatura, algo rechoncho, pelo, bigote y pera negra, era mestizo de blanco e indio. Había nacido en Camaná y aunque bruto y brusco, tenía suerte y valor en los combates. Castilla le estimó mucho. Yo hice con él la campaña del 54, y más tarde, estuvimos en la toma de Arequipa. Eramos amigos, y solo al últi-

mo estuvimos algo separados por lo en-
vanecido que se puso desde que Balta
comenzó a distinguirle. Siendo Ministro
de la Guerra, hizo su última demostración
de fuerza el 15 de Julio, ocho días antes
del citado 22. En ese día reunió todo el
ejército en la pampa de Amancaes y le
obsequió con una *pachamanca*. Su entra-
da a Lima, en la tarde, a la cabeza de
sus siete mil hombres, tuvo el aparato y
el despliegue correspondiente a un gene-
ral que hubiera conquistado medio Ecua-
dor. En la noche, se presentó en el Tea-
tro de uniforme y acompañado de su es-
tado mayor. Oficiales bajo consigna y po-
licías en traje de paisano, que colocó en
la *cazucla*, le hicieron una ovación. Al día
siguiente le conté todo esto a Balta. Se
puso pálido de emoción, pero no me dijo
nada.

Aquí detúvose el coronel, y el señor
Cortés, curioso y satisfecho de escuchar
sus confidencias, le incitó a seguir.

—Como decía,—continuó el coronel Ni-
queche,—encontré a mi hombre solo y sen-
tado en una butaca. No se levantó para
recibirme, ni tampoco me invitó asiento.

Yo en un lado y Casós en otro, quedamos en pie. “Lo necesito a Ud. para el comando del seis”, me dijo secamente, y como si me hiciera un favor. “Tengo un hijo enfermo, y necesito llevarle personalmente a la sierra”, le contesté. Me miró de mala manera, y haciéndome un ademán con la mano izquierda, me despidió sin pronunciar una palabra más. Al salir, Casós, me acompañó hasta el cuarto de edecanes. Impresionado por lo ocurrido, y mucho más por lo tétrico que me pareció Palacio, atravesé sus corredores, nervioso y un tanto atolondrado. Las salas estaban desiertas y los patios repletos de soldados. Crucé la plaza sin encontrar una alma. Seguí por Judíos y Melchormalo. ¡Qué pavorosa soledad! De pronto, la campana de San^o Pedro sonó el toque de nueve, y las ondas de su voz potente y prolongada se esparcieron por la ciudad como un reto a la osadía del Dictador.

El coronel Niqueche hizo una larga pausa, según nos dijo, para poner sus recuerdos en orden cronológico. Continuó así:

—En ese mismo día, o sea el 23, la *In*.

dependencia, el *Huáscar*, la *Apurimac* y el *Chalaco* se retiraron de la bahía y anclaron en el cabezo de la isla de San Lorenzo. Aurelio García y García y Miguel Grau, que comandaban, respectivamente, los dos primeros buques, iniciaron la protesta hecha por los jefes de marina, y en acta especial, desconocieron al titulado Jefe Supremo. En la tarde, Tomás Gutiérrez, anunció en hojas volantes, que invitado por el ejército, por la marina y por el pueblo, aceptaba la jefatura suprema de la República. En su proclama, calificó de tortuosa la política de Balta, sostuvo que la expresión del voto popular era un espúreo engendro del espíritu de ambición y de partido, y que la elección de presidente estaba falseada por su base. Jamás la moral y la dignidad de la patria fueron vulneradas con mayor torpeza. ¡No hay en nuestra historia nada más bochornoso que la dictadura de Tomás Gutiérrez!

—Lo sería en verdad,—observó el señor Cortés,—si no le hubieran derrocado. Le trajeron abajo, ¿qué mejor triunfo para la democracia americana?

—Hasta el 24 en la tarde,—continuó el coronel Niqueche,—el Dictador no comenzó a darse cuenta exacta del vacío horrible en que vivía. La víspera en la noche, numerosas guardias abandonaron sus puestos, y a las nueve, un escuadrón en *Barbones*, se levantó y se dispersó. El 24 una hora más temprano, o sea a las ocho de la noche, parte de los batallones 6 y 8 se levantaron en armas, sostuvieron un combate con las fuerzas leales a la dictadura, y consiguiendo al fin su objeto, que fué ganar la puerta de calle, se dispersaron por la ciudad. A casa llegó un pobre alférez. Inmediatamente, le dimos ropa de paisano a cambio de su carabina, un magnífico Winchester de quince tiros. Nunca estuvieron las tropas mejor armadas que en esta ocasión. Estas deserciones en masa, probarán a Uds., que el ejército se disolvía, sin que la ley, ni el gobierno, ni el pueblo pusiera mano sobre él. La disciplina relajada, la moral perdida, el espíritu de rebelión lo llevaban al abismo. Siendo terrible el pánico que reinaba en Lima, ni el 23 ni el 24, los empleados de la administración concurren a

sus puestos. Cerrado el comercio, estancada la vida industrial y suspendidas las transacciones, la vida económica quedó paralizada, y como consecuencia, la dictadura se vió sin recursos para mantener sus tropas. El jefe de la casa Dreyfus, a quien Casós llamó para pedirle dinero, se negó terminantemente a entregarlo, y en un momento de descuido se asiló en la Legación de Francia. Los gerentes de los bancos de Londres, de Lima, del Perú y de la Providencia, recibieron iguales amonestaciones, como también don Lino de La Barrera, Director de Beneficencia, que fué puesto preso.

—Y Pardo, ¿qué suerte había corrido?— preguntó el señor Cortés.

—Asilado en la Legación del Brasil, situada en la esquina del Teatro, desde la tarde del 22, salió de ella a las tres de la madrugada del día 23. Solo y sin el menor disfraz, con gran osadía, atravesó media ciudad; y antes que aclarara, se presentó en la Huerta de la Pólvara, ubicada cerca del Jardín Botánico. En ella fué recibido por su amigo, el doctor Ponce, vocal de la Corte de Lima; y a las seis

de la tarde de ese mismo 23, en compañía de don Fernando Soria, ambos disfrazados de negros, salieron de la ciudad en una carreta yerbatera de dos ruedas y tres mulas. Perdidos en los callejones de Limatambo y San Borja, con gran dificultad llegaron al día siguiente a la playa de Chilca donde les fué necesario embarcarse en un bote pescador, no habiendo encontrado el buque que debía aguardarlos. La mar estaba picada y la navegación se hizo peligrosa. Al fin, después de correr mar afuera, ocho horas a la vela, dieron con el *Huáscar*, que acudiendo a las señales les recogió y les condujo a Pisco.

Contestó don José María una pregunta que le hizo el señor Cortés, y tomando otra vez el hilo de su historia, nos la continuó narrando como sigue:

—Pisco es el último lugar del sur donde alcanza el telégrafo de Lima. Pardo, siguiendo su buen consejo, resolvió aguardar, al ancla, noticias de la capital. Así las cosas, la dictadura alcanzó su cuarto día. Fué este de calma; pero no así el sexto, que fué terrible. Animado el pueblo

por la defección de las tropas y por el poco ánimo con que los *celadores* reprimían sus tendencias al agrupamiento, principió a envalentonarse. En la mañana salí a la calle. Encontré los clubs y los hoteles llenos de gente. Silvestre, que, por tren de diez, vino del Callao a conferenciar con el Dictador, atravesó la recta de la Unión con admirable serenidad, y en la Estación de San Juan de Dios ocupó un asiento en el tren que se le tenía preparado. Acababa de sentarse, cuando oyó vivas a Pardo. Excitado por la provocación, personalmente y sin buscar auxilio en la tropa que le acompañaba, salió al portón que da a la calle, en ese momento abierto, y parándose sobre los rieles, por el ventanillo disparó sus cinco tiros de revólver sobre un grupo situado delante de la *Bomba Lima*. Paisanos que estaban a su retaguardia, o sea en la esquina de la calle de Belén, por detrás de su persona y a mansalva, le hicieron fuego y le mataron. Era un valiente y murió en su ley. El populacho cometió la villanía de infamar su cadaver. La noticia produjo sensación de alivio. En Palacio, dejó cons-

ternados a los hermanos, Tomás, Marcelliano y Marcelino Gutiérrez. El primero, casi loco de furor, corrió al cuartel de San Francisco y asesinó a Balta.

—Dicen que no fué él quien le ultimó,—observó el señor Bustamante,—sino el mayor Palacios.

—Los detalles del suceso han quedado en el misterio. Marcelino, se distinguió por su cariño y su respeto al finado. Durante la prisión le trató con humanidad, le puso en relación con su familia. Fué él quien consiguió de Tomás, que por Tesorería, le dieran quince mil soles y orden para salir del país, viaje que no pudo emprender el 24, por no haber salido ese día el vapor que debió llevarlo a Panamá. Todo esto abona a Marcelino; sin embargo, ¿cómo afirmar que la tropa, sin su anuencia, se hubiera ensañado contra Balta? ¿Cómo creer que los soldados, prescindiendo del comando se hubieran atrevido a causarle en el cuerpo once heridas de bala y una de bayoneta?

—He oído decir que estaba en cama,—observó el señor Bustamante.

—Y enfermo—añadió su señora.

—Había tomado una medicina,—dijo el coronel Niqueche, y sintiéndose mal no se levantó. Hay quien sostiene que estaba dormido y que no se despertó hasta el momento en que fué dada la orden de hacer fuego y en el que diez rifles le apuntaron al pecho. Yo estuve con él la víspera. ¡Cuánta amargura encontré en su corazón! Solo le faltó llorar al comentar los sucesos, al rememorar los días tranquilos de su gobierno y la ingratitud de los militares. “Ya es tiempo de que esto lo gobiernen los civiles”,—me dijo, dejándome sorprendido.—“Hice mal en no seguir las insinuaciones de la opinión pública, añadió; pero que iba a seguirlas, si nunca he creído en ella. He vivido teniendo fe únicamente en las bayonetas, y solo hoy, que Pardo me ha vencido, y que mis amigos me han abandonado y que esos siete mil hombres en quienes gasté millones en armarlos y sostenerlos se desbandan como carneros, me doy cuenta de lo efímero que es un gobierno que solo está apoyado en el militarismo. El único que me hablaba de la opinión pública era don Antonio Arenas. Su fuerza es colosal,

me repetía a menudo. Echenique se burlaba de sus palabras, yo también, y conmigo, los militares que me acompañaban. Esa fuerza debe estar en el aire y ser invisible porque yo no la veo, me decía el más viejo de mis compañeros de armas”.

—Nuestro ministro Godoy,—observó el señor Cortés,—afirma que era violento y arbitrario.

—Era militar como nosotros, coronel, y bien sabe Ud. lo ejecutivo que somos, en el Perú, en Chile y en todas partes. Se molestaba cuando le contradecían, y de aquí la fama de furioso que pasará con él a la posteridad. Nicolás de Piérola, en una polémica que con él tuvo, se vió obligado a levantar en alto una silla para defenderse, si el Presidente hubiera llevado a cabo su amenaza de pegarle. Otra vez, subiendo la cuesta del Malecón en Chorrillos, se molestó con don Francisco García Calderón, porque no le saludó, y en castigo le mandó preso. Con el doctor Alvarez también tuvo un choque muy serio. En un momento de furor quiso renunciar la presidencia para batirse con él. Quien le causó verda-

dera hidrofobia fué Manuel Marcos Salazar, rector del Colegio de Guadalupe. Era el año de 1871; estaba Echenique de candidato a la presidencia de la República. Un partidario suyo, Nemecio Talavera, dueño de un puente de madera que ya no existe y que unía Viterbo con la Alameda de Acho, empeñóse con Echenique y éste con Balta, para que repusiera en sus cursos a un alumno, hijo de Talavera, que había sido separado del colegio. Salazar, en presencia de Balta, calificó la demanda de insólita, y con una energía muy rara en el Perú, rotundamente se negó a complacerle. Rojo de ira, como nunca le había visto, dispuesto a todo, tal vez hasta el asesinato si a la mano hubiera tenido un revólver, quién sabe que hubiera hecho, si oportunamente, yo que estaba en la antesala y que le oía bramar como un toro en trancas, no hubiera entrado al despacho y cortado la cuestión, diciéndole a Salazar: “Señor Rector: el Presidente está inmutado. Mejor será que vuelva Ud. otro día.

—Godoy me cuenta—dijo el señor Cortés,—que le fué muy difícil en su carác-

ter de ministro de Chile, conseguir que Monseñor Vannutelli, representante de Su Santidad, se avistase con Balta y le rogara que no fusilara a nuestro compatriota Amunátegui, ya en capilla y condenado a muerte por simple orden presidencial.

—Es cierto—contestó Niqueche.—Los ataques de la prensa le quitaban el juicio, y Amunátegui se negó a darle el nombre de la persona que escribía contra él y contra el militarismo. Lo mismo pasó con los redactores de *El Nacional*, Valle, Aramburú y Chinarro. Los encarceló, los metió de soldados y a uno de ellos le quiso poner freno en la boca, porque le había dicho que el gobierno necesitaba freno.

—Dicen de él—manifestó el señor Cortés,—que fué una de las pocas personas de la Administración Pública a quien Meiggs no se atrevió a ofrecer dinero.

Con decir que si no fuera por las economías hechas en sus cuatro años de presidencia,—le respondió Niqueche,—y por la venta de *Lurifco* á Dreyfus, la familia estaría pereciendo de hambre, todo está dicho. Tuvo dos vir-

tudes: honradez y amor a la patria. Es innegable que muchos se han enriquecido durante su administración; pero el dinero no lo daba él: lo daba Meiggs. Pobres diablos que hasta ayer no tuvieron un centavo, ruedan hoy coche y echan lodo a la gente honrada que anda a pie. A Dios gracias, no estoy en su número. Mi pobreza lo revela. El íntegro de los empréstitos fué a manos de Meiggs, y como el *yankce* es liberal y sabe pagar servicios, ha dejado en manos de gentes inescrupulosas, lo menos veinte millones de soles. Cuando vuelva Ud. al Callao, señor Cortés, haga un paseito por Chorrillos y Miraflores, y si le acompaña persona que conoce nuestras vergüenzas nacionales, le mostrará que un rancho si y otro no han sido levantados con los productos del guano. ¡Maldita riqueza! ¡Ella nos ha corrompido, ella nos llevará al desastre! Como dijo el doctor Adán Melgar, hace pocos días en su cámara: “las obras públicas fueron la llave maestra con que unos cuantos saquearon infame y despiadadamente las Arcas del Tesoro Nacional”. Lo que no se qué suerte haya corrido es un millón de soles que

varios amigos de Balta, a espaldas de éste, y tomando el nombre de su señora, que tampoco supo nada, obtuvieron de Meiggs para la susodicha señora. “La honradez del Presidente, dijéronle a Meiggs, llega a lo increíble. Si tuviera talento pensaría de otra manera. Está bien que no quiera nada, ¿pero, por qué ha de correr igual suerte su señora?”. Quién ó quiénes fueron depositarios de ese millón es lo que hasta ahora no sé. Lo que me extraña es que Meiggs, que lo dió para la señora Balta, esté tan callado sabiendo que ella no ha recibido un centavo. ¡Qué tiempos, coronel! De la misma manera que el alcohol emborracha a la gente, los millones de los empréstitos perturbaron el criterio de muchos de nuestros hombres públicos.

—Meiggs estuvo en Chile antes de venir al Perú,—dijo el señor Cortés.—Nos construyó el ferrocarril de Valparaíso a Santiago; y ni él, ni sus contratistas, ni ninguno de los hombres del Gobierno que intervinieron en la construcción, quedaron ricos por concepto de la tal obra.

—Por eso vino al Perú,—añadió la señora Bustamante.—Qué diferencia en-

tre sus hombres públicos, señor Cortés, y los nuestros!

Terminaron los comentarios.

—A las tres y media de la tarde del susodicho 26,—continuó don José María,—Tomás Gutiérrez, anonadado por la opinión, abandonado hasta de sus propios amigos y con ejército desmoralizado y debilitado por las constantes defecciones, sacó de Palacio sus escasos soldados. Tomó la recta del Arzobispo, dobló en Bolívar, siguió hasta Santa Teresa y se refugió en el Fuerte de Santa Catalina. En su paso por la ciudad, varias veces se vió obligado a resistir el fuego que el paisanaje le hacía con los rifles y las municiones de las tropas desertadas. Dos horas más tarde, Palacio, que estaba defendido por una columna de *celadores* al mando del mayor Navarro y que fué atacado desde las barricadas que se levantaron en las calles de Mercaderes y Coca, se rindió incondicionalmente. Fueron Francisco Diez Canseco, Baltazar La Torre y Lizardo Montero los primeros en ocuparlo. El Vice-Presidente de la República, Herencia Zevallos, se higo cargo

del mando supremo, a las siete de la noche. Ribeyro fué encargado de organizar el Ministerio. Canseco fué a Guerra y Manuel Velarde a la Prefectura de Lima.

—A esas horas, ¿qué suerte habían corrido Marcelino y Marceliano Gutiérrez? —preguntó el señor Cortés.

—El primero se refugió en la Artillería con el Dictador, y el segundo, a las tres de la tarde se fué al Callao con su batallón. En el puerto, tomó posesión de los Castillos, resistió los ataques del pueblo, y al fin, murió valientemente en los precisos momentos en que apuntaba contra la ciudad uno de los cañones de grueso calibre. A las siete de la noche, no quedaba a Tomás Gutiérrez, Jefe Supremo del Perú, más pedazo de tierra que aquel que ocupaba en el Fuerte de Santa Catalina. Los leales que le quedaron se batieron con denuedo, y unas veces desde los torreones, otras saliendo a la plazuela, resistieron el fuego que el paisanaje, capitaneado por el mayor Cornejo, por Domingo Ayarza y por otros, hacían desde las barricadas construídas en las calles de

San Diego, el General, Padre Jerónimo y Jardín Botánico.

—Ese Cornejo de su historia, ¿es el mismo que condujo a Gamio y Herencia Zevallos a Chinchao?—pregunté.

—El mismo,—me contestó el señor Niqueche.

—Comisionado por Canseco,—continuó,—para intentar la rendición del Fuerte, me constituí en los barrios de Santa Catalina, pasadas las ocho. La noche estaba oscura y pavorosa. Las balas silvaban por los aires; el traquido que producían los disparos de las carabinas Winchester era atronador. No había un solo farol encendido. Dos o tres veces, al andar, caí y rodé sobre los muertos que estorbaban el paso en las veredas. Recordaré siempre con desagrado lo forzoso que me fué manosearlos, teniendo que apoyarme sobre ellos para levantarme. Fríos, rígidos, mal olientes, su contacto me hizo daño. Dando un gran rodéo, fuí a parar a la esquina que forman las calles del Chirimoyo y doña Elvira. Estando allí, en pie, me llamó la atención el misterio con que un paisano hablaba a un nombre de que-

pí y capa militar. Me acerqué a ellos y reconocí a Tomás Gutiérrez. Aprovechando de una batida que sus tropas dieron al paisanaje en las inmediaciones del Fuerte, se escurrió hasta la calle en que le encontré. “Compañero, me dijo al verme, estoy perdido: a tí me entrego”. Igual cosa habíale dicho a Domingo Ayarza, la persona con quien le hallé. Pasó por mí mente la idea de llevarlo a la Magdalena, tomando la Avenida Meiggs y esconderlo en una huerta que allí tengo; pero como Ayarza propuso y el mismo Gutiérrez aceptó, que se le llevara como prisionero a casa de Canseco, el Ministro de la Guerra, ni siquiera expuse mi plan. Comenzamos la marcha. A poco andar, por más que hicimos, imposible nos fué callar los gritos de ciertas gentes que se nos unieron y que pedían la entrega del Dictador. Volví a pensar en mi plan de fuga, pero su realización era ya imposible. Casi exponiendo nuestras vidas por defender la de Gutiérrez, llegamos a las calles centrales. En una de ellas, encontramos a Lizardo Montero y le entregamos nuestro prisionero.

nero. Con la audacia que le caracteriza, Montero, se hizo cargo de la situación, la afrontó y dándole la vereda a Tomás, avanzó con él hasta la esquina de Espaderos. La actitud del populacho que nos rodeaba y que a gritos pedía la cabeza de Gutiérrez, nos causó miedo. En tan crítica situación, decidimos esconder al Dictador en la Botica de Valverde, situada en la dicha esquina, y en ese momento abierta a media puerta. Es de advertir que desde la calle de Mestas, Tomás, a causa del miedo, había perdido el habla. Su palidez era de un muerto. Materialmente estaba idiotizado. De su pasada energía no le quedaba nada. Ya no oía y casi a empujones le entramos en la Botica. El propietario de ella, señor Valverde, poseído de una abnegación y un valor poco comunes, le recibió y le escondió. Por desgracia todo fué inútil: el populacho rompió las puertas, le buscó, le encontró en una tina, le asesinó, le quitó las ropas, le dió un terrible sablazo en el pecho, diciéndole: “quieres banda, toma banda” y arrastrando su cuerpo desnudo y ensangrentado hasta la plaza de Armas, le colgó

de un farol. ¡Qué espectáculo tan horrible! La plaza estaba llena de gente y profusamente iluminada. No sé por que habían encendido aquella noche las luces de los veintidos hermosos faroles colocados allí desde 1871. Un joven habló en el sentido de no escarnecer los restos de un hombre. No se le escuchó. Dos horas después, el cadaver de Silvestre Gutiérrez, traído de la parroquia de los Huérfanos, adonde la piedad de un inglés le había hecho conducir, era también colgado de otro farol. Ansioso de poner término a tan macabro espectáculo, me encaminé hacia Palacio en demanda de auxilio. La puerta de Honor estaba custodiada por celadores. La escasa fuerza de *línea* que todavía quedaba, permanecía en sus cuarteles. Encontré llenas las salas presidenciales. Había muchos militares, pero todos vestidos de paisano. El militarismo acababa de recibir un rudo golpe y era una vergüenza y hasta un peligro andar uniformado. Yo estaba de levita y *tarro*. Con gran dificultad conseguí pasar al despacho del Vice-Presidente, ese momento acompañado de sus minis-

tros. Le dí cuenta de lo que ocurría en la plaza y le pedí cincuenta hombres de tropa vestidos de paisano para rescatar los cuerpos de los infortunados Gutiérrez. “No contribuyamos a que se derrame más sangre, me dijo Herencia Zavalloz. Ud. y su gente serían linchados por el pueblo, si tal cosa pretendieran. La ira popular en este momento es un río crecido y fuera de lecho. Ponerle un dique es enfurecerlo más. La media noche calmará la rabia del populacho, y, posiblemente, la aurora de mañana nos dará oportunidad para descolgar y entregar a la iglesia los cuerpos de esos desgraciados.” Llegó la madrugada del 27 y se hizo lo que el Vice-Presidente había previsto: pero, horas más tarde, las turbas, ya considerablemente aumentadas, volvieron a recuperar los consabidos cuerpos y a las siete ante meridiano, les colgaron a gran altura delante las torres de la Catedral. Me levanté de la cama a las doce. A esa hora les ví a considerable distancia el uno del otro. Habíase empleado una cuerda para cada cabeza. Por medio de ellas, ambos cuerpos, anudados del cue-

llo, pendían de unas vigas salientes que sirvieron de andamiaje en la reparación de los campanarios. Un malvado, desde una claraboya situada en la base de la torre derecha, estando en pie en el ancho espacio de ella, con una caña imprimía al cuerpo del que fué Tomás, un movimiento de rotación al rededor del enrolladizo cordel. El populacho contemplaba con ensañamiento tan horrendo espectáculo; no así las gentes de sano y buen criterio, que horrorizadas y avergonzadas del salvajismo que se cometía, hicieron esfuerzos para ponerle término. Desde los balcones del Club de la Unión, Benavides, Lorenzo García y Aramburú, hablaron con entereza y elocuencia. Sus palabras fueron vanas. Más ejecutivo estuvo el Prefecto Velarde, habiendo conseguido de los frailes dominicos que salieran en comunidad, cera en mano y cruz alta, y que el Prior de la Orden, alegando derechos sobre los restos inanimados de los mortales, pidiera los cuerpos de los Gutiérrez para sepultarlos. Tampoco consiguió su objeto. Créanme Uds., si les digo, que cuando les ví bajar y quemar

delante el atrio de la Catedral, experimenté la satisfacción del que vé terminar un proceso infamante. Era un nuevo salvajismo; pero, al menos, era el último. Efectivamente, a las cinco de la tarde, de los Gutiérrez solo quedaban las cenizas.

—¿Qué reflexiones sugiere a su espíritu, amigo López, la Revolución de Julio?—me preguntó el señor Cortés.

Hallábame en presencia de un amigo del que fué coronel Balta, y mis apreciaciones tuvieron que ser respetuosas, aunque ciertas y precisas.

—Fué aquella semana fecunda,—le dije,—un trozo de historia que no olvidaremos jamás. Todo pasó en cien horas, y los sucesos en ellas realizados nos condujeron muy lejos. Si a partir de 1871 otras orientaciones, un cúmulo de ideas regeneradoras y una nueva doctrina vinieron a trastornar todo un régimen vigorosamente cimentado y ya medio secular, el choque entre éste y el flamante principio político que se trataba de entronizar, hubo de traer necesariamente conmociones y rechazos que llevaron al país al es-

cándalo de una revolución, la más ruda y desatentada habida en el Perú. Durante dieciocho meses un cúmulo de amarguras y sufrimientos cupieron en suerte a este amado país; durante ellos, la libertad experimentó terribles martirios y las instituciones y el individuo estuvieron expuestos al rigor de las arbitrariedades, hasta que, por inflexible ley de la compensación, que es ley del equilibrio histórico, la reacción sobrevino poderosa e incontenible. El hecho que comentamos ofrece abundante caudal de meditación a las inteligencias que aspiran a penetrar en los secretos impulsos de un pueblo. Era un período próximo a terminarse, en el cual la vida del magistrado supremo se extingue entre los horrores de un crimen espantoso y oculto, mezcla de ferocidad y perfidia, que el pueblo, quizá injusto, se encargó de castigar, crimen inútil que sólo puede tener origen en los desbordes de una ambición y de una venganza que exceden los límites de lo humano. Delitos y represalias sin nombre han visto pasar la luz de aquellos días, en desoladora alternativa. Nues-

tras almas fueron atormentadas por el horror de los contrastes; mas, en medio del encontrado desbordamiento de las pasiones que el corazón debe deplorar, vemos alzarse la gran personalidad de la Patria, libre y dueña ya de sus destinos.

—Y Pardo,—preguntó por segunda vez el señor Cortés, viendo que el coronel Niqueche permanecía en silencio y daba por terminada su narración.

—Si mal no recuerdo,—dijo éste,—le dejamos en Pisco a bordo del *Huáscar*, Supo allí por telégrafo el desenlace de la revolución, y en el acto regresó al norte, embarcándose en la *Independencia*. Le recibieron en el Callao, el 27, a las dos de la tarde, Miró Quesada, Luis Felipe Villarán, Bazo y Basombrío y otras muchas personas más. Acompañado de ellas llegó a Lima. Aclamado en las calles por miles de personas, al fin fué obligado a dirigir la palabra al pueblo. Entre otras cosas, refiriéndose a los dos cadáveres colgados en las torres de la iglesia metropolitana, dijo: “Lección dolorosa pero elocuente, que servirá de ejemplo a todos los mandatarios que olviden

el fundamento de su poder, que es el pueblo, y no las bayonetas que son la opresión y la tiranía''. Recorrió después la población a caballo, y por último, visitó Palacio, donde conferenció con el Vice-Presidente de la República.

15 de marzo.

El tiempo ha cambiado. Es ahora seco, y nunca los pinos, los eucaliptos y las amarillas retamas nos cedieron tan generosamente sus perfumes. El Pichu-pichu, cubierto de nieve hasta su base, destácase admirablemente en lo azul del cielo. El espectáculo es matinal: las nubes del medio día le cubren las crestas y lo dejan a mitad de su altura.

Hay en este solitario y salvaje lugar una belleza conmovedora, que difícilmente se encuentra cerca de las ciudades. No queda sendero, cuesta ni encrucijada que no haya recorrido.

Los crepúsculos son ideales. El horizon-

te, en su principio; teñido de ocre, de púrpura y amarillo de oro, queda al fin manchado con aquel carmín sombrío, tan peculiar en el sur del Perú. En él, qué bien perfilan su silueta azulada los erizados picachos de los cerros de la costa. ¡A esa hora, qué emoción tan sentida la que produce en el alma la dulzura que se desprende de las cosas que nos rodean!

Las noches corresponden a la quietud del día, y cuando sereno ha sido el poniente, en calma se levanta la Luna, dibujando su faz de plata en lo apacible del cielo. ¡Qué espectáculo tan nuevo para mí, ver las crestas de los cerros magníficamente alumbradas y el fondo de la quebrada sumido en la penumbra!

16 de marzo.

Se han renovado las veladas de la Hermita. Anoche tuvo lugar la primera de la segunda serie. Si en las anteriores, no estando allí Teresa, esmerábame en mis

relatos, ya es de suponer lo expresivo y sentimental que habré estado ayer, hallándose ella en nuestra compañía.

No es el realismo de Balzac, ni las tragedias de Shakespeare, ni las obras de Goethe, tampoco el clasicismo francés ni el español lo que entretiene a mis oyentes. Espíritus sencillos, saturados de candor, aún sin alas para volar por el alto campo de la literatura, hay que darles lo que puedan gustar, lo que cabe en los límites de su corta penetración. El análisis no es para ellos, menos las consideraciones filosóficas que inspiran la lectura de los grandes escritores. Noveles y sencillos, estas almas buscan alimento espiritual en lo que dá abrigo al corazón, en lo que exalta la fantasía y conmueve su facultad de sentir. ●

Como estas veladas, por el interés que van despertando, se repetirán bajo techo cuando la luna ya no alumbre, necesito ser parco en mis cuentos a fin de ser inagotable en referir historias nuevas.

Pablo y Virginia, Rafael de Lamartine, la María de Jorge Isaac, algunos argumentos de comedias hasta ahora me han

dato material para entretener a mis oyentes. El Sermón de la Montaña y la conmovedora historia del Hijo Pródigo, en lo místico; la zarzuela *Jugar con Fuego* y algunos cuentos de *penas* en lo profano, llenaron el programa de ayer. Mi triunfo en los *cuentos de penas* es completo. ¡Qué bien se amolda a mi espíritu lo maravilloso y lo fantástico! Fuéronme contadas estas ficciones por mi aya, mujer de bastante talento, no siendo mucho lo que hoy pongo de mi cosecha para que sigan teniendo el colorido y la forma atrayente que constituyen su principal mérito.

Tuvo anoche su turno el cuento del hombre jactancioso, que asegurando no tener miedo a los muertos, apostó gruesa suma a que entraba al cementerio de Lima, a que bajaba al sarcófago de un panteón de familia y a la suave claridad de una luna en creciente, ponía un clavo en la caja en que reposaban los restos de un señor fallecido y allí depositado en ese mismo día. El mármol blanco de las tumbas, las sombras fantásticas de los cipreses, los fuegos fátuos que exhalan

los nichos, la quietud pavorosa del lugar, el macabro espectáculo de los muertos tirados en el depósito en espera de su entierro, el graznido de la lechuza, hicieron el gasto en la pintura del cuadro. Vino en seguida lo más interesante: la acción del temerario. La riqueza de mis detalles sirvió para que mis oyentes le vieran cruzar la nave en que reposa la pétreo imagen del Salvador, oyeran retumbar en la bóveda y paredes el ruido de sus pisadas, contemplaran los rayos lunares a travez de los vidrios de la cúpula, sintieran el pavor que infunde la vida del misterio, y al último, experimentarían horrible impresión al oír la escena en que el jactancioso, después de clavar el clavo, siente, al retirarse, que invisible mano le tira de la capa. El efecto fué mayor cuando añadí, que preso de horrible congoja cayó desmayado echando espumarrajos por la boca, y que cuando le recogieron observaron que él y nadie más que él fué el causante de lo ocurrido, habiéndose clavado su propia capa al colocar el clavo sobre la caja mortuoria.

Blanquita se abrazó de mi. Su espanto

fué terrible. No hay nada que tanto la conmueva como un cuento de *penas*, y sin embargo, es mucho lo que ellos la entretienen. De noche sufre desvelos, trastornos nerviosos, acompañados de alucinaciones. Su abuelo y su hermana que conocen la causa de su dolencia, encuentran gracia en lo que ocurre; y como la chiquilla tiene carácter y es voluntariosa, hasta cierto punto alégranse de que haya algo que la infunda miedo. Yo que fuí educado por mi madre y mis ayas en esta escuela de terror, y que siendo hoy hombre sigo teniendo miedo a los muertos, a los cuartos oscuros y a los aparecidos, ¿no estaré haciéndola un daño al contarla tanta extravagancia y mentira?

—Esta noche me las pagas todas—le dijo Teresa en tono de burlesca amenaza.

—Cuando principies con tus miedos, ¿no te daré sitio en mi cama si quieres pasarte a ella.

—¿Qué me importa!—exclamó molesta.

—Me salgo de la casa y me voy a la de López.

¡Cuánta inocencia! Su candor nos causó risa.

—Atrévete a semejante cosa,—le contestó su hermana—y te cogerán las brujas. ¿No sabes que todas las noches, las de la Calera, cabalgan sobre escobas y se van por los aires en busca del diablo?

—Mentiras, patrañas, todas patrañas, Blanquita,—la dije con sinceridad, poniéndome serio para que me creyera. Todo es mentira,—le repetí, abrazado de ella en los momentos en que nos retirábamos.—Únicamente, debes temer a Dios,—continué.—Reza veinte minutos, echada sobre la cama antes de dormir, y no te pasará nada.

Tengo seguridad de que este rezo servirá de sedante a su acalorada imaginación, y que la vigilia forzada de veinte minutos que le propongo la ocasionara sueño.

20 de marzo.

Si es grande el placer que me proporciona la compañía de Teresa, de Ofelia y de María Caridad, no es menor mi en-

tusiasmo por las reuniones que tengo con mis viejos amigos.

Anoche volvimos a congregarnos en la salita del señor Cortés. ¡Son tantos y tan variados los sucesos políticos ocurridos en el Perú en los dos últimos años, que no serán temas lo que alguna vez falte a nuestras veladas.

El otro día discurremos sobre los Gutiérrez. Ayer, del suceso de Chinchao. Me cedieron la palabra y comencé así:

—Gamio en Arequipa y Herencia Zavalloz en el Cuzco, abiertamente pusieron-se a conspirar. Este último contra el mismo ciudadano a quien, seis meses antes, en Agosto de 1872, habíale entregado la insignia presidencial. Gamio, nunca fué civilista; ¡qué iba a serlo! si fué un militar de buena escuela. Dícenme, que no le conocí, era alto, hermoso, robusto, valiente, enérgico y temible por la seducción que ejercía en la *cholada* arequipeña. Apresados por el prefecto Osma, en los últimos días del año pasado, por orden del mismo se les embarcó en Islay. Estudiadas las causas de la detención por Rosas, en su calidad de Ministro de Go-

bierno, parece que ni él ni Pardo encontraron comprobados motivos para promoverles un juicio por sedición. Llegados al Callao, se les dejó a bordo del vapor en que venían del sur, y en él continuaron viaje hasta Paita. Esta maniobra dió tiempo para meditar lo que se hacía con ellos. El ingeniero Malinowski, que supo lo que pasaba, siendo muy adicto a Pardo, aconsejó la internación de los acusados, no como presos políticos, sino como comisionados militares, para arreglar en Tabatinga, en la frontera con el Brasil, asuntos de límites. La ocurrencia fué aceptada en Palacio, y entrando en los detalles, se convino en que regresaran, de Paita al Callao, en que hicieran el viaje por tierra y en que se buscara al mayor Cornejo para que los condujera. Era este Cornejo, allá por los años de 1871, comisario de policía de los barrios de Santa Ana. Recuerdo que por entonces odiaba a Pardo y a los civilistas, tanto como el apóstol San Pablo aborrecía a Jesús y a los cristianos antes de su conversión. Había resuelto no darnos cuartel, y teniendo el propósito de no dejar vivo un

cuando una noche, estando en la hacienda Mercedes.....

—Los mandó fusilar,—dijo don José María Niqueche, interrumpiendo mi relato y aprovechando para ello de un momento en que guardé silencio, no encontrando palabras para expresar mis ideas.

—Y no por cuenta propia,—continuó —sino por cuenta ajena. A balazos les mató en su fuga con la misma ferocidad con que se cazan fieras en el bosque. Si personalmente no los victimó, la orden de hacer fuego fue dada por él. En su parte afirma que no le quedó otro recurso que matar a sus prisioneros o dejarse matar por ellos. ¡Pobre diablo! Le han mandado enjuiciar, y como es torpe, no sabrá defenderse apesar de tener por abogado a Luis Felipe Villarán, y de seguro que lo meten a presidio. Con la misma facilidad con que le convencieron en 1871 para que nos traicionara la famosa *noche del encierro*, así mismo le sugestionaron otros para que cometiera la matanza de Chinchao.

Sin alterarme para mostrar serenidad, y con ella poner en evidencia la fuerza

de mi concepto, dirigiéndome a todos, les dije:

—Yo y Cleves que le conocimos en la época en que era comisario del Tercero, y que en multitud de detalles apreciamos la nobleza de su alma, pondríamos la mano al fuego al declarar que es inocente.

Comprendí en la mirada del chileno que deseaba evitar controversias; y como no encontré en la fisonomía de don José María señales de ensañamiento, ni tampoco deseos de herirme, di por terminado el incidente, y continué narrando los demás detalles que sobre el suceso de Chinchao me contó Cleves en su paso por Arequipa.

De ellos, pocos me han quedado tan grabados en la memoria como los pertinentes a la sesión de Cámara en que el Gabinete fué interpelado por el jefe de la oposición, Luciano Benjamín Cisneros. Con cultura y talento, con grandes condiciones para la lucha política, el doctor Cisneros, que posee un cuerpo mediano y grueso, un rostro de facciones acentuadas, regular bigote, cabello negro forman-

do bucles sobre las sienes, es una figura imponente en la tribuna. Sin arrebatos, ni manoteos, sin rebuscadas figuras de retórica, y con elegante dicción y muy suave y persuasiva palabra, es un hombre a quien nada le falta como orador. Correcto en la forma, muy ceñido a la lógica, no creo, como dicen sus enemigos, que no sienta lo que dice. A veces se exaspera, lo que es raro en él. En ocasión anterior a la de Chinchao, estuvo violentísimo contra el Ministro de Gobierno, doctor don Francisco Rosas, con motivo de la muerte de un conspirador llamado Piñatelli, que siendo cardíaco falleció en *Carceletas* horas después de haber tomado leche-vinagre.

—No hemos asesinado a nadie, ni tampoco hemos comerciado con la política,— le contestó Rosas.

Y habiendo mencionado a Rosas, se me vino en gana referirles la calma con que se manejó la noche en que llegó a manos de Pardo la nota sellada y lacrada del prefecto de Huánuco, la misma que anunció la muerte de Gamio y de Herencia Zevallos.

El oficial que la conducía desmontó en su casa y no en la Intendencia como debió hacerlo. Venía a mula. Había salido ese día de Matucana, y tanto por darse el placer de abrazar a su madre como por comer algo, permaneció en Lima dos horas, y no llegó a Chorrillos en donde estaba el Presidente de temporada, hasta las once de la noche. Cleves, que estaba de visita en la casa de la madre de aquel oficial, se impuso de lo que pasaba, y estando al servicio de *El Comercio*, lo comunicó al señor Amunátegui. Obtuvo de él una tarjeta de introducción, y con ella, se presentó en el rancho de Tenderini, que es el que ocupa el Presidente en este verano. Pardo, que ya había leído la nota del prefecto de Huánuco, se impuso de la demanda de noticias que Amunátegui pedía para su diario, y sin decirle a mi amigo una palabra, le hizo una seña para que se sentara. Su preocupación en ese instante era extraordinaria. Paseábase en el salón a pasos largos, y a veces con impaciencia, miraba el reloj. Le acompañaban el señor Rudens y el doctor Adán

Melgar, ambos silenciosos y juntos sentados en un sofá.

Rosas se presentó a las doce y cuarto. No le fué posible alcanzar el último tren que sale de Lima a las once y media, y fuéle necesario poner un extraordinario. No sabía nada de lo ocurrido. Estaba ya en cama cuando se impuso, por un telegrama de que Pardo le llamaba con urgencia.

—Más de una noche me he desvelado pensando en que esto podía ocurrir,—respondió al Presidente, después que éste, muy excitado, le explicó en pocas palabras lo que pasaba.—Fué una temeridad—continuó sin inmutarse,—haberles enviado a Iquitos. Malinowski, nos dió esta solución: no debimos haberla aceptado. No creí a Gamio capaz de tanta osadía. Ha rifado su vida y la ha perdido. Me doy cuenta de todo: emborracharon y sobornaron parte de la gente de Cornejo, hicieron fuego sobre él y sobre los *celadores* que le eran leales, y al contestarles, lo que tal vez no esperaban, les dejaron muertos en el sitio. Después de todo, poco se ha perdido: dos conspiradores menos. Ahora,

preparémonos pacientemente a tres cosas: a ser llamados asesinos por la prensa de oposición, a que nos interpielen en Diputados y a que nos levanten un batallón en Lima, para lo cual será mejor mandar poner el ejército sobre las armas.

Como una hora continuaron hablando solos en el escritorio contiguo al salón. Cuando Rosas partió para Lima por el mismo tren extraordinario que le trajo, ya Pardo estaba menos preocupado. Agradeció a Rudens y al doctor Melgar la compañía que le hicieron, y dirigiéndose a Cleves le dijo que acompañara a Rosas y que cumpliera sus órdenes.

Como era de esperarse, dos días después, el Ministerio fué llamado e interpelado, en la Cámara de Diputados, por el doctor Cisneros, representante por Huánuco. Habló en dos sesiones. Durante ellas, Rosas, Sanchez, Riva-Agüero y los otros dos miembros del Gabinete, soportaron impasibles cuanto aquel quiso decirles. Expuso la necesidad de gobernar con la ley y de intentar la fusión de los partidos, disertó sobre la responsabilidad del Ministerio, de las infracciones

constitucionales que había cometido, de las conspiraciones que veía por todas partes, de la inocencia de Gamio y de Herencia Zevallos, de la injusta prisión de aquellos jefes, de la comedia hecha al confiarles una fingida comisión de límites y del desenlace trágico que todo había tenido bajo el “arcabuz de los gendarmes” Estuvo elocuentísimo, contundente, y en los momentos de su mayor exaltación pidió un voto de censura contra el Ministerio, siquiera para satisfacer a la opinión pública.

Según relato de Cleves, fué sensacional cuanto ocurrió aquella tarde y muy emocionante el momento en que Rosas ocupó la tribuna que Cisneros dejó. Sus compañeros de Gabinete al verle tranquilo, recobraron el ánimo perdido. La barra era numerosa y selecta, y los patios del Congreso y la misma plaza de la Inquisición estuvieron ocupados por numerosos grupos. En medio de una excitación general, Rosas ocupó el puesto que el contrario le cedió y después de un corto y angustioso silencio, principió a hablar. Su discurso fué breve, contundente, lleno

de energía. Con voz clara y acento varonil hizo la exposición de lo que había ocurrido en la hacienda *Mercedes*, y con bastante habilidad supo sacar airoso al desgraciado Cornejo. Entrando después a rebatir los cargos personales que Cisneros le hizo, estuvo terrible al sostener que ni él ni sus colegas habían aprovechado de los disturbios políticos y de los derroches del tesoro público; que siempre habían prescindido de la política y que no tenían necesidad de ella para alcanzar y seguir manteniéndose en la posición cómoda e independiente de que gozaban. Al término de su peroración, devolviendo a Cisneros los mismos cargos que le hacía, y en medio de estruendosos aplausos, le dijo:

—Los responsables de los atentados que han afligido profundamente al país, son los hipócritas que aparentando amor a la ley y culto a la carta fundamental, la aborrecen de corazón. Los responsables son aquellos que en las tinieblas van fraguando las conspiraciones y aglomerando, uno a uno, los elementos de dis-

cordia que han de conducir al país a su eterna ruina.

Las rechiflas de los diputados de la oposición, provocó grandísimo desorden. De uno y otro bando, los más exaltados se levantaron de sus curules, unos para acometer a Rosas, otros para defenderlo, los menos para rodear a Cisneros, que junto con los suyos creía que todo ese pandemonium se realizaba con el intento único y preciso de asesinarlo en su asiento.

Bajó Rosas de la tribuna, inmediatamente que el Presidente de la Cámara, cansado de llamar al orden, agitando la campanilla, levantó de hecho la sesión, dejando acéfala la Mesa. Una merienda de negros alcoholizados no hubiera acabado con más escándalo. Macedo y Chalcaltana se fueron a las manos al medio del salón, y mutuamente, se aplicaron sendos puñetazos.

Tres días después de estos sucesos, Cisneros, creyendo que había una conspiración contra él, y, hasta que se trataba de hacerlo desaparecer de la escena de la vida, retiró por escrito su proyecto de

censura. La ausencia del jefe desconcertó a la oposición, y ninguno de sus tenientes se atrevió a continuar la lucha. Faltó perseverancia y firmeza de espíritu y faltó lo principal.

30 de marzo.

Hasta ahora no se me ha ocurrido volver por Arequipa. Esta vida campesina que llevo es un cambio cuyos atractivos aprecio en alto grado. Paso mi tiempo leyendo, hablando, paseando, todo lo cual me produce íntimo bienestar. Por las tardes vamos a la Calera y, a veces, hasta las orillas del Yura. ¡Qué pintoresco es todo esto! Raro es el pedazo de terreno que no tenga origen volcánico. Todo es lava y sobre ella crece la alfalfa con exhuberante lozanía. La Calera es una aldea. Tal vez por hallarse construída sobre un declive, sus mejores casas fueron derrumbadas en el terremoto de 1868.

Mis relaciones con Teresa están cada día

más tirantes. Esto no impide que yo la busque y ella me acepte. Sus enojos duran poco. Por lo regular uno o dos días. Con todo lo que la digo debía odiarme. Ni siquiera finge tenerme mala voluntad; y como esto revela indiferencia, su actitud me exaspera. Me doy cuenta de lo inútil que sería ensayar los celos, y ni en broma he intentado, en su presencia, hacerle el amor a María Caridad. La señorita Rivero me busca con afán, toma mi derecha siempre que puede y se contenta con que no la rechaze. Sufre cada vez que choco con Teresa. Cree que me es antipática, y no teniéndola celos, suaviza nuestra situación siempre que estamos a punto de romper.

Hoy cumple años Ofelia Bustamante. Sus amigos de Arequipa han venido a celebrarla. Con tal motivo, el día ha sido de fiesta y la tarde de paseo. Nos hemos reunido en las orillas del Yura, habiendo corrido el *picante* a cargo de don José María Niqueche. ¡Cuánto gusto tiene para estas cosas! Las señoras hicieron el viaje a caballo, las señoritas a burro. Blanquita rehusó el que le ofrecieron por

ser chico y por tener deseos de cabalgar en el más grande. Buscó mi compañía y a pie hizo la caminata. Siendo el sendero áspero, rocalloso y la bajada empinada, la chiquilla se cogía de mi brazo, y segura de no caer, avanzaba con resolución. Como me tiene cariño y confianza me trata de igual a igual y se permite libertades que no las tiene con su abuelo ni con su hermana. Fáltale malicia y de aquí que sus preguntas a veces sean escabrosas.

A las tres comenzó el desfile y a las cuatro se sirvió el *picante*. Grandes piedras situadas a orillas del río nos sirvieron de asientos, y estando estas diseminadas, diseminados tuvimos que sentarnos.

Teresa permitió que la bajara del burro y que en el suelo me sentara entre ella y Blanquita. Anoche tuvimos un nuevo choque, y en mi deseo de sondearla, viéndola todavía enojada, por decirle algo le pedí permiso para acomodarme a su derecha

—¿Con permiso de quién?—me res-

pondió, frunciendo las cejas y con marcadas muestras de enojo.

—¿Sería correcto,—añadió—que aquí o en Yura le impidiera a Ud. o a otro el que se sentara a mi lado? Mientras su mal comportamiento para conmigo esté dentro de los límites de la buena educación y sus malévolos conceptos al juzgarme en voz alta y en presencia de todos, se limiten a herirme, no me queda otro recurso que callarme. ¡Qué más quisiera Ud. que María Caridad y sus amigas se dieran cuenta de que sus saetas me hieren.

—¡Teresa!—exclamé sorprendido.

—Además,—continuó interrumpiéndome y sin dejarme hablar, vivimos aquí en familia, y en tal situación ¿cómo hacer excepciones?, ¿cómo separarme de su lado sin provocar un mundo de comentarios que me harían daño? Es por esto que prefiero sufrir en silencio las indirectas que con tanta habilidad como ensañamiento, sabe Ud. dirigirme, en su propósito de presentarme como una mujer pedante, con pretensiones de literata, cuando nó, como una persona fría,

sin corazón, incapaz de querer a nadie.

—¡Pero, Teresa! ¿qué está Ud diciend-
do?,—la observé, cada vez más atónito y
cortado por la manera original e inesper-
rada como me daba sus quejas.

—Tener talento,—continuó ella—y em-
plearlo en herir a quien no lo posee y,
en particular, a quien tuvo el candor, en
un momento de expansión, de confesarle
sus aficiones artísticas, es algo impropio
de una persona de sentimientos genero-
sos. La otra noche me calificó Ud. de ori-
ginal, y solo falta que ahora quiera decir
de mí que soy extravagante y hasta re-
belde a las tendencias de mi sexo. Si yo
pudiera contestarle, su conducta sería
menos vituperable: habría compensación
en la lucha. No la hay, y por tanto su
comportamiento no es hidalgo ni caballe-
resco.

—No busques pleito, Teresa,—díjole,
Blanquita, en tono de súplica, alarmada
por el énfasis con que hablaba su her-
mana y por la confusión que sus palabras
me causaban.

¡Calla, niña!,—exclamó, mirándola con
severidad.

—Le falta a Ud. mucho—continuó—dirigiéndose a mí—para ser lo que se llama un hombre, y el que no lo sea completo me apena. Créame, cuando le digo, que le profeso más estimación de la que Ud. se figura. Tiene Ud. talento, indudablemente que lo tiene, pero no sabe Ud. emplearlo, y si a tiempo no se corrige, su vida pública pudiera ser un fracaso bien sonado.

A un hombre, no sé qué le hubiera respondido. Era una mujer quien tales cosas me decía, quien, dándosela de vidente, me anunciaba el fracaso de mi existencia, y sus palabras me hirieron en lo más vivo y me dejaron absorto.

Me limité a mirarla; la ví confusa y algo arrepentida de su actitud.

Blanquita, viéndonos mudos, y mirándonos a los dos con aire compasivo, dijo a su hermana:

—No seas mala, Teresa. Recuerda lo mucho que López nos quiere. Desde que estamos en Arequipa, ¿quién nos ha prodigado mayores atenciones? Te quejas de él y siempre le estás buscando. ¿No es verdad, López,—añadió dirigiéndose

a mí,—que si no fuera por Teresa y por María Caridad, tendrías más tiempo para contarme nuevos cuentos?

—Si, Blanquita,—dije a la chiquilla,—tienes razón. Bien sabe Teresa el abandono en que dejo siempre a María Caridad, a pesar de la simpatía que le profeso, por atenderla a ella. Pregúntale, quién otro en su vida, con perseverancia igual, con amorosa dedicación, puso por entero su esfuerzo intelectual a colmar sus anhelos de instruirse. En Sicología, en crítica literaria, en ciencias y hasta en pintura y en música, ¿quién le ha enseñado todo lo que sabe? No congeniamos, ya lo sé; pero que Dios me condene como perjuro, si no digo verdad cuando sostengo, que no he sido yo quien ha roto las hostilidades. Ha sido ella con su manera de ser y de vivir, con la anormalidad de su carácter, la que ha fomentado la desunión que existe entre nosotros. Cumplidos que toda mujer gusta y hasta agradece, la sacan de juicio, la violentan y la hacen desapacible y huraña. El halago la encoleriza, y sin embargo, aunque lo niegue, es soberbia y vanidosa.

—No principie Ud. otra vez,—díjome Teresa, ya muy calmada.—No es un pleito lo que he querido provocar, y haría Ud. mal si viera en mis palabras algo más que una queja. Estimo su saber en lo que vale. Vivo y viviré siempre agradecida a sus atenciones. La mayor desgracia que me podía pasar en Yura, sería perder su amistad, no oír sus consejos, sus juicios literarios, sus disertaciones. López, créame,—díjome emocionada,—que le estimo verdaderamente, que me siento orgullosa de ser su amiga, y que por su bien y el mío es menester que se maneje Ud. con seriedad. El mejor elogio que se puede hacer en Chile de un hombre, es, decir de él, que es una persona seria. Sea correcto en su proceder y será Ud. digno de la estimación y el respeto de todos.

La señorita Rivero vino a buscarnos.

—Riñendo, siempre riñendo,—nos dijo sin reproche, pasando la mirada de uno o otro y sonriendo con infinita ternura.

—Discutimos, María Caridad,—le contestó Teresa.—Si chocamos con López y provocamos su desagrado, ¿con quién le sustituiremos en las horas felices para nos-

otras, en que nos consagra su actividad, su poderoso intelectualismo, y con palabra amena, persuasiva, clara, nos hace sentir y pensar?

No le contesté. Estaba despechado. Me acordé de la mujer a quien se enamora por su dinero. ¿Acaso no me hallaba en situación igual? Por primera vez en mi vida me dí cuenta de lo que significa ser codiciado pero no querido. Tuviérame esta niña un átomo de amor, siquiera sentida amistad, no me halagaría en la forma en que lo hace. El pudor se lo impediría. Desea instruirse, desea tener una síntesis de los conocimientos humanos: por esto me explota como se explota a un esclavo. Si no estuviera tan enamorado de ella, ¡con qué placer dedicaría todas mis atenciones a la señorita Rivero! Fáltanle sentimientos. Es fría, egoísta, calculadora. Me hace el efecto de una mundada que vende sus favores.

María Caridad y Teresa sentáronse en tierra al lado del mantel en que estaba servido el *picante*. Blanquita, prefirió quedarse conmigo y formar parte del grupo de los rezagados que esperaba a que los pri-

meros acabarán de comer para ocupar sus puestos.

Confuso y absorto con las quejas de Teresa, quedé sumido en profunda meditación.

—¿Te has fijado en la nariz de ese hombre?,—me preguntó su hermana, sacándome de la preocupación en que estaba.

Observé al aludido, observé también el rostro burlón de la chiquilla, y sin poderlo evitar reímos cordialmente.

¡Qué once años tan encantadores! Tiene a veces, esta niña, salidas que no corresponden a su edad. Me extraña que no sea maliciosa. No le falta gracia, tampoco algo de coquetería. Se dá cuenta de que se la admira, y cuando la escuchan, se estimula y habla con inteligencia y despejo. ¿Quién, más o menos, no desea causar efecto? Lo que me sorprende es que aquella aspiración, innata en todos, haya comenzado en ella tan temprano.

8 de abril.

En tren de carga y en un cochecito anexo a él, han partido para Arequipa las familias Bustamante y Rivero. Va con ellas también el coronel Niqueche y su señora. Nadie me lo ha dicho, tampoco tengo pruebas para afirmar nada; sin embargo, cierta voz que me sale de lo más profundo de mi alma me anuncia a gritos que don José María está conspirando contra el régimen establecido, y que su viaje a Chile que nos anunció anoche, no tiene relación alguna con asuntos de salitre, como nos ha afirmado, sino con los tenebrosos planes contra el orden público que, en ese país, se fraguan por los descontentos peruanos.

Su ida nos ha causado profunda pena. Es un incansable narrador; habla con naturalidad y sin apasionamiento, y sus relatos son amenos. ¡Cuánto sabe de historia patria! Si supiera escribir con la facilidad con que se expresa, ¡qué hermosas páginas dejaría a la posteridad! Anoche estuvo elocuente al relatarnos el pro-

ceso electoral de 1871 a 1872. El general don Rufino Echenique, hombre de historia y de antiguo prestigio, a quien Castilla, a los dos años de su mandato presidencial echó abajo, batiéndole en la Palma, en 1854, mereció sus enteras simpatías.

—Ejercía—nos dijo,—durante el bienio del 70 al 72 la presidencia del Senado. Amigo personal y protegido de Balta, al presentarse como candidato a la presidencia de la República, encontró el absoluto apoyo de los viejos *mazorqueros* del 52. La circunstancia de ser el general candidato del gobierno y de tener dinero, le dieron gran partido.

Esperándolo todo, el coronel Niqueche, de la fuerza, no teniendo fe en el poder de la opinión pública, se le hace difícil encontrar la causa que dió el triunfo al civilismo. Atribuye la derrota de Echenique a su falta de energía, cosa que no es cierta, a las tibiezas de Balta, lo que tampoco es verdad, y, menos, al dinero que gastaron los amigos de Pardo. En su larga narración nos habló, también, de don Antonio Arenas, notable jurisconsulto, a quien Balta exhibió como candidato a la

presidencia, en los días de Octubre que siguieron a la derrota de Echenique. Le calificó de respetuoso a la ley, pero de inadecuado, por su falta de voluntad, para gobernar el Perú.

Es Niqueche fuerte en el relato, pero débil en la investigación. Carece de cualidades analíticas, y, sin ellas, imposible le fué explicarnos la derrota de su candidato y el triunfo de Pardo. Sabiendo el señor Cortés que sus razones no le darían la luz que deseaba, buscó las mías.

—Manuel Pardo—nos dijo,—ha sido y es para los chilenos, una fuerza cuyo origen ignoramos. Aún no hacen siete años, siendo apenas un joven distinguido, le vimos elevarse derrepente hasta uno de los ministerios. Desde entonces, no ha dejado de llamar la atención de sus conciudadanos y de inspirar en todos, amigos y enemigos, grande interés. Aquel joven que, como Secretario de Hacienda en la dictadura de Prado, se hizo conocer como un espíritu organizador, libró después, arduos combates en favor de la Sociedad de Beneficencia contra los males públicos, y más tarde, conmovió la capital de la Re-

pública, estableciendo, por primera vez, la administración local. Si en Chile, estos servicios son suficientes para llevar una persona el mando supremo, en el Perú nunca lo han sido. Militares afortunados, o audaces y valientes conspiradores, son los únicos que han ceñido sobre sus hombros la insignia presidencial. Manuel Pardo no es lo uno ni lo otro, ni ha sido tampoco un caudillo: no tiene un Ayacucho como La Mar, un Yungay como Gamarra, un Carmen Alto como Castilla, un Dos de Mayo como Prado, un Chiclayo como Balta. No habiendo nada de esto en él, ¿qué fuerza es la que tan alto le ha impulsado y le elevó tan pronto a la Suprema Magistratura?

—Es cierto, señor Cortés,—le dije:—Ni héroe, ni conspirador, ni siquiera caudillo. La obra de Pardo es una obra pacífica y eminentemente moral. De la misma manera que los apóstoles Pedro y Pablo, únicamente con su palabra y su fe inquebrantable acabaron con Roma y el paganismo, Manuel Pardo, con su genio político ha removido los cimientos de nuestra vida nacional y creado la república práctica, la

república de los ciudadanos, con el gobierno de los ciudadanos y para el beneficio de los ciudadanos. Hasta ayer, los malos han triunfado porque nunca tuvieron que luchar sino con los malos. Había un círculo en posesión de todas las avenidas electorales, por las cuales no pasaba sino quien llevara su consigna, y para lanzarlos del puesto, no se había pensado jamás que pudieran emplearse otros medios distintos de los que aquel tenía costumbre de emplear. Si él falsificaba el registro, era necesario que quien quisiera combatirlo tratase de hacer lo mismo; si él compraba a millares las cartas de ciudadanía o las robaba, había de robarlas o de comprarlas el contrario. Si él, por último, se servía de bandidos armados, era necesario buscar otros tales y armarlos también. Funesto error: al mal no se le puede vencer nunca con el mal. Quien lo emplea da alas al mismo a quien quiere vencer. Concebir la lucha de ese modo es concebir un círculo estrecho, hacer de las grandes cuestiones políticas y sociales un juego inicuo y desastroso. Manuel Pardo rompió esos viejos, funestos y sangrientos moldes. Co-

menzó por hacer de la agrupación de sus ciudadanos, no una pandilla de capitule-ros que solo se reunían al grito de viva o muera, sino un poder moral, una verdadera potencia política, con un pensamiento nobilísimo y un propósito trascendental. Hizo pueblo de lo que era un populacho soez que solo gritaba a estímulos del alcohol, y no estampó en su bandera nombres ni figuras fugaces, sino un programa y un principio, que es y será la base de nuestra futura regeneración. A despecho de las instituciones con que reemplazarnos el despotismo colonial, hasta hoy nos hemos encontrado de la misma manera que salimos de la Metrópoli. Estábamos bajo la misma centralización de entonces y con las mismas costumbres que ella cría, y vivíamos en la pobreza en medio de la abundancia fiscal. El mismo Pardo lo dijo cuando era candidato: “Hemos sido largos años los ilotas de la República, y todo está preparado para que volvamos a serlo. No solo debemos considerarnos con el derecho de triunfar sino con la obligación de triunfar”. El mérito de su obra y su grandeza como hombre público estriba en

haber vencido esos elementos, que ya duraban cincuenta años, y que parecían indestructibles. Durante su candidatura, con la incomparable actividad que lo anima, visitó al ciudadano, le habló, le convenció y, mediante sus esfuerzos, sacó de su concha a miles de hombres metidos en ella y que nunca figuraron en política. Tuvo visión clara de su época, y comprendiendo que había llegado la oportunidad de dar solución a nuestros grandes problemas políticos y sociales, hizo su obra, no en los campos de batalla, lo que hubiera sido inútil, sino en conferencias privadas y en los comicios. Por primera vez, asoció al pueblo para instruirlo, disciplinarlo y acostumbrarlo al espectáculo de la plaza pública. Con raro conocimiento de los hombres, sabe regirlos y dominarlos al doble impulso de su inteligencia y de su vigor. Tiene, el que se dice, don de gentes, y hasta en la misma nobleza y en la apostura de su continente, hemos de buscar el secreto de su encumbramiento y de sus triunfos.

Hice una pausa y continué:

—Varias veces alcanzaron nuestros hom-

bres públicos, a ceñirse la aureola de una popularidad, ferviente; pero, ella no fué nunca distinta de la que se forma en torno de los caudillos militares a cuya espada se confía la salvación de un conflicto presente. La popularidad de Orbegoso, en los mejores días de su vida pública, no fué sino una protesta contra la autocracia militar que quería perpetuarse en el mando; la de Vivanco, tuvo por causa su gran prestigio personal y superioridad indiscutible que le adelantó a su tiempo; la de Castilla, fué la reacción contra esa especie de cesarismo republicano que trataba de arraigarse en el país. La de Pardo consiste en haber abatido el poder militar y haber creado para siempre en el Perú el poder civil.

12 de abril.

La ida de María Caridad y de Ofelia me ha colocado en una situación ventajosa. Estando ahora solo con Teresa y

Blanquita, nuestras relaciones han adquirido un tono amistoso, y dentro de ellas disimulo mi profundo amor. La distancia que me separa de Teresa se ha acortado: al fin vivo en el círculo de su existencia. La considero y la respeto, y esto me da cierta autoridad que antes no tenía. Ya no me atrevo a molestarla con bromas, tampoco a dedicarle cumplidos. La impresión que me causó el altercado de la otra tarde perdura en mi espíritu y difícil será que lo olvide.

Nada ni nadie nos distrae. Hasta el tiempo nos es propicio. Se nos ha venido un verano, y si alguna vez llueve, es de noche. Nuestros paseos a la Calera son cotidianos. Unicamente nos acompaña Blanquita. Se cuelga de mi brazo, y por lo regular, se mantiene callada. Entretiénela poco nuestra conversación, y muchas veces, en los momentos en que su hermana me oye con la mayor atención, me pregunta alguna simpleza.

A pesar del sosiego y de la soledad en que vivimos y de lo mucho que estudio a Teresa, difícil se me hace formarme entero concepto de ella. Ciertas salidas que

tiene fuera de tono me desconciertan y hasta me asustan. Si estuviera obligado a calificarla, no podría decir si es rara, anormal o simplemente complicada. A pesar de esto, la frescura de su alma es la de una niña, su pureza aún más infantil. Carece de sensualidad, de romanticismo y hasta de ambición. Con que ojos tan raros me mira cuando extasiado contemplo el paisaje, y sin poderlo evitar el ensueño adormece mi espíritu.

—Cuánto daría yo,—me dice cuando así me ve,—por sentir la Naturaleza como Ud. la siente.

Su independencia de carácter y de maneras es algo que no existe en nuestras jóvenes. Su elegancia es exquisita; su aristocracia resplandece sobre ella como la aureola en el rostro de los santos. Si es amable y fácil el distraerla e interesarla, es casi imposible conquistarla. Le noto horror al matrimonio y casi indiferencia por el amor. Es muy chilena y por más que la observo no hallo en ella debilidad alguna. A su lado experimento bienestar pero no reposo. Hay días en que no la entiendo, y en que ella se asusta de su mu-

tismo, de sus distracciones, de su falta de amabilidad, y voluntariamente huye de la gente y se encierra en su alcoba. Esto le ocurre poco; y como parece no estar en sus manos evitarlo, esmérase en ser exquisitamente amable y dulce en los días que siguen a esas sus horas turbias.

A pesar de la forma romántica que he sabido darle al relato de mi semi-idilio con María Caridad, mi confidencia no la ha interesado. ¡Qué poco la entretienen las relaciones de amor! En cambio, qué corazón tan sensible el de la señorita Rivero. ¡Qué bien ha comprendido que no la amo y cuánto ha hecho para conseguir nuevamente mi afecto! Al despedirme de ella la he prometido con la mirada una correspondencia que no espero cumplir. Siendo tan nuevo, tan desconocido y noble el sentimiento que me inspira Teresa, ella ocupa por entero mi corazón. Sensible a la realidad de la vida, qué extraña cosa es para mi verla indiferente al amor.

14 de abril.

Nuestra intimidad es un hecho. Creo que si fuésemos hermanos no viviríamos en tan perfecta unión. Mi vida entera se la he referido, y aunque carece de originalidad, es mucho lo que mis tristezas la han enternecido. ¿Quién no las tiene en sus vividos días?

—Nací en Lima,—la dije,—y por la línea materna soy de la antigua e ilustre casa de los de Arévalo. Mi abuelo, español rico y hombre de ciencia, fué casado con doña Micaela Azuátegui, mujer hermosa y relacionada con los condes de Lurigancho. En ella tuvo siete hijos. Mi madre fué la segunda. Estando ya huérfana, dió su mano, allá por los años de 1849, al preferido de su corazón. Su dote fué escasa. Correspondió a mi tío José el mayorazgo de la familia, y con derecho tomó la mejor parte de la herencia. Al presente vive en París, siendo muy amigo de su abuelo.

—Y mío, también,—observó Teresa.—Es un anciano, solterón, muy agradable y muy querido de la colonia sud-americana.

—Son mis otros tíos,—continué,—don Jerónimo, don Enrique y doña Flora de Arévalo, respectivamente en cincuenta, cuarentidos y treintinueve años. Mi madre y mi tía María murieron en la plenitud de su vida. Dejóme aquella sin hermanos, habiendo quedado lo mismo mi prima Laura, la hija de mi tía María. Tenía siete años cuando perdí a mi madre. Recuerdo que vivíamos en Miraflores y que nuestra extensa casa estaba rodeada de jardines. ¡Qué grabado tengo en mi memoria el cuartito que ocupaba, y el grátísimo efecto que en mi ánimo producía la luz matinal en las rendijas de las cerradas puertas y ventanas. Recuerdo aun hasta a la negra vieja que los domingos nos vendía tamales, y a nuestra gata y a sus gatitos. Una tarde llegaron tres médicos. Su presencia me alarmó, pues, únicamente les veía cuando me faltaba salud. Melchora, mi ama de leche, con engaño me retuvo en la cocina. Apenas se retiraron, corrí al lado de mi madre, en ese momento acompañada de mi tío Jerónimo. Les encontré profundamente afligidos y hasta llorosos. No tuve valor para

hacer preguntas. A media noche me desperté sobresaltado, y sin causa manifiesta, comencé a sollozar. Mi madre vino en mi auxilio. Se sentó en mi cama, se inclinó hacia mí, dejé caer mi cabeza sobre su seno y así acariciado, me adormí en su regazo. Si mal no recuerdo, creo que fué al día siguiente, cuando mi tío Enrique, que vivía en nuestra compañía, propúso-me llevarme a Lima con el doble propósito de que conociera la línea a Chorrillos que acababa de inaugurarse y de pasear la ciudad durante la semana santa. Programa tan pomposo me encantó. “No se resentirá mi madre si la dejo sola tantos días”, le pregunté. Llenáronsele los ojos de lágrimas y casi sollozando, me dijo: “Comprométete a rezar por su salud y esto la consolará”. El día de nuestra marcha llegó pronto. Mi madre me acompañó hasta la Estación. Conmovido por la ingratitud que cometía dejándola sola, me eché a llorar. Anegada en lágrimas, viéndome tan afligido, ya en el coche, nuevamente me estrechó en sus brazos. Nunca me había separado de ella. Hijo único: ya es de suponer lo que me adoraba y

lo que yo la quería. Con el pañuelo seguí haciéndola señas hasta que la curva del camino me la quitó de la vista. Tardamos poco en llegar a Lima. Acostumbrado a viajar en *balancín*, la velocidad del tren me tocó de nervios. Mi tío me calmó y en llegando a Lima, me compró dulces, me paseó por la Alameda de Acho, y al último me llevó a casa de la tía abuela, doña Josefa de Azuátegui, una señorona de imponente aspecto. Recibióme su sobrina, mi tía Flora. Eran las cuatro, la merienda estaba servida, tenía hambre y no me hice de rogar. El último tren salía para Miraflores a las cinco y media y mi tío se fué en el. Pretendí acompañarlo; no se me dió gusto y mi quedada fué origen de un gran escándalo. Lloré, pateé, me tiré al suelo. Todo en vano. Mis protestas provocaron el enojo de la tía Josefa y al final me metieron en cama. En ella seguí rabiando y para calmarme me hicieron *penas*. Al desconsuelo de mi horfandad, añadí el horror que siempre me produjo lo sobrenatural. Al día siguiente me levanté a las seis, y como mis tías dormían, con gran humildad me refugié en la cocina, donde la buena Mar-

celina, una mulata que acompaña a mi tía treinta años, confortó mi espíritu. La casa no era grande, no tenía patios, pero un arreglo mejor la hubiera hecho agradable. Todo lo vi viejo. Muebles, cuadros, alfombras, servicio de mesa y hasta su dueña pertenecían al siglo XVIII. La tía Flora comenzó a distraerme. Me llevó a las distribuciones de iglesia. En la Catedral, durante la *reseña*, vi con gran espanto, a los canónigos, cubiertos de espeluznantes mantos negros. Un día, después de muchos, sorprendí a mis tías llorando. Temeroso de ser indiscreto me corrí hacia la cocina. Pregunté a Marcelina lo que pasaba, y casi sin poder hablar por el llanto, me dijo que era Viernes Santo y que el *Señor* había muerto, y en tan grande duelo yo también debía llorar. Terriblemente impresionado por lo que veía, y con el permiso que se me daba para desahogar mi oprimido corazón, lloré también, pero lloré a gritos. “¿Qué le has dicho?”, preguntó la tía Josefa a Marcelina al verme en tanta desesperación. “Qué nuestro señor Jesucristo ha muerto”, le contestó. La anciana me tomó de la mano y me llevó a su cuarto,

donde con gran sorpresa vi al tío Jerónimo tan apenado y fuera de sí, que, por primera vez en su vida, olvidó saludarme y besarme como siempre lo hizo.

—Lloraba por su hermana, ¿no es verdad?,—me preguntó Teresa, emocionada.

—Si, lloraba por mi madre, muerta aquella mañana en Miraflores, días después que los médicos la extrajeron del pecho un zaratán.

Hice una larga pausa. Saqué mi pañuelo y delante de mis amigas enjugué mis lágrimas. Tiene aquella época de mi vida detalles que jamás podré olvidarlos, detalles tristes y conmovedores, cuyos recuerdos me visitan a veces, a pesar mío, como visiones de tiempos muy remotos. Blanquita vino en auxilio de mi dolor, y por algunos instantes sus ojos fueron manantial de líquidas perlas. Solo Teresa tuvo voluntad para mantenerse serena.

—Al fin llegó el ansiado día de mi regreso,—continué.—En todo el tiempo que duró mi ausencia, no dejé un solo momento de pensar en mi madre. Me acompañó la criada Marcelina, y apenas divisé nuestro rancho y en la puerta de la verja a

mi tío Enrique, corrí y le abracé con ternura. Inquirí por mi madre. Me contestó que estaba ausente. No le creí, y apresuradamente entré al cuarto que fué suyo. Le hallé vacío. Pregunté entonces por mi padre, y me dijeron que no había vuelto. “¡Los dos me han abandonado!” exclamé con profunda pena. Me dejé acariciar por mi tío y en sus brazos lloré sin consuelo. “Tu padre, que es coronel de un batallón, me dijo, está en Arequipa, como tu sabes, y hallándose solo ha pedido a tu mamacita que vaya en su busca. No llores, ya regresarán. ¿No quisieras regresar a Lima, a casa de la tía Josefa?” Respondí que no; y como era imposible que me llevaran donde mi madre, único anhelo de mi corazón, con muy cortos intervalos lloré desesperado por varios días. De noche me despertaba, diciendo que la había visto llegar hasta la cabecera de mi cama. “Ahí está, ahí está”, exclamaba. Estas apariciones horrorizaban a mi aya, Melchora, que no teniendo valor para dormir sola en mi cuarto, se hacía acompañar de la cocinera.

—Y ¿efectivamente, la veías venir has-

ta tu cama? me preguntó Blanquita, azorada con el detalle.

—La veía en sueños, Blanquita. Ya te he dicho que los muertos no vuelven.

—A los dos meses regresó mi padre. La misma carta que le anunció la operación hecha por los médicos, le comunicó la gravedad de su esposa. En la inmediata se le dijo que había muerto. Tres días los pasó llorando sin dejarse ver de nadie. Desesperado y ansioso de buscar en la muerte un consuelo, estuvo heroico en los combates que se libraron en la toma de Arequipa por el presidente Castilla, habiendo conseguido solo una herida que le ocasionó la pérdida del brazo izquierdo. Escaso de suerte en todo, no la tuvo ni en el deseo de morir. Diez y seis años han transcurrido y todavía este hombre llora por su esposa. Sus ojos se humedecen cada vez que el recuerdo renueva su dolor.

Hice un paréntesis y la dije:

—Esto es amor, Teresa.

—Sí,—me contestó con voz casi imperceptible, dominada por la emoción.

—Al año del suceso,—continué,—mi tío Enrique, inconsolable por la muerte de su

hermana y ansioso de animar nuestro frío y solitario hogar, trajo a ella a la mujer con quien unió su suerte. El asiento de mi madre fué ocupado por mi tía política, y como a un rostro agraciado y a un temperamento dulce y afectuoso, une incomparable amabilidad de carácter, de todos se nos hizo querida.

—¿Qué edad tenía?—me preguntó Teresa.

—Entonces veinte y cinco; ahora ha llegado a los cuarenta, sin tener hijos. Al casarse, hallándome ya grandecito, con el corazón formado y suspirando siempre por la que fué mi madre, propúsose ser una hermana para mi, y en realidad lo ha conseguido.

Estimulada por mi franqueza, sabiendo lo leal y adicto que soy a su persona, al terminar mi historia, Teresa me ha contado la suya.

—¡Qué diferente es la relación de mi vida!,—me dijo.—Hay también en ella tristezas y amarguras; sin embargo, las vuestras confortan el espíritu, las mías envenenan el alma. Seré rápida.

Hizo una pausa y continuó:

—Por las dos ramas de mi ascendencia soy aristócrata y rica. Fué mi madre mujer de extraordinario talento. Con empeño y desenfado sin igual, y colocándose en situación opuesta a su sexo y a los veintún años que tenía cuando entró en sociedad, gustaba oír y discutir cuestiones políticas, sociales y religiosas. Habiendo nacido en el seno de una familia conservadora y religiosa hasta no más, sus tías y su propia madre vivían escandalizadas de sus prejuicios y de sus opiniones. Pensaron mis abuelos y con razón, que el matrimonio y la maternidad modificarían estas tendencias un tanto metafísicas, y en realidad peligrosas para su edad y su sexo. A su vez, ella que deseaba salir sola a la calle y hablar y proceder con más libertad, aceptó gustosa el empeño que los suyos pusieron en buscarle novio. Siendo rica y hermosa, los pretendientes fueron numerosos. Mereció la aceptación de mis abuelos, don Cornelio Cortés. Alto, buen mozo, muy querido en sociedad, amante de ca- cerías y carreras de caballos, brillaba por su elegancia y porte distinguido, su condición de hombre de club y su afán por

los viajes. El noviazgo fué corto: apenas duró seis meses. Durante sus relaciones, muy rara vez se vieron solos, y como la conversación delante de una tercera persona, no conduce a la intimidad, la inconsciencia con que los dos concurren al altar fué absoluta. Si sonada fué la fiesta de sus desposorios por haber concurrido a ella todo Santiago, más lo fué todavía la rara manera como esa fiesta terminó. ¡Qué escándalo tan ruidoso! Mi abuelo nunca me ha hablado de ello y quien sabe si el día que tome estado me haga alguna revelación. Lo que aquella tarde ocurrió lo sé por mis tías.

Teresa suspiró, se puso muy seria y continuó así su relato.

—Casáronse a las doce del día. La ceremonia se realizó en el oratorio que tiene la casa de mi familia materna. Luciendo intensa alegría, recibieron en el salón las felicitaciones de sus deudos y amigos. A las dos pensaron en retirarse. Mi madre conmovida se arrodilló a los pies de mis abuelos y les pidió su bendición. Mi padre hizo lo mismo. Por la puerta falsa, sin que nadie les viera, vestidos con ro-

pas de calle, salieron a ella y ocuparon el coche que debía conducirles a su nuevo hogar. La carrera era larga: desde las Delicias hasta la Recoleta. Qué pasó en el tiempo que permanecieron solos dentro del carruaje, todavía no lo sé. Algo grave debió ocurrirles: no de otra manera, mi padre exaltado y colérico se hubiera atrevido a apearse, y ya en tierra hubiera encargado al cochero que llevara a su esposa a casa de mis abuelos maternos.

¿La dejó sola?—pregunté sorprendido.

—Sí,—me contestó Teresa.—La dejó en medio de la calle.

—¿De quién partió la provocación?

—Lo ignoro, me volvió a contestar.

No quise insistir en mis preguntas.

—Un año se mantuvieron alejados el uno de la otra. Al fin, mis padres comenzaron a sentir las inconveniencias de su estado, y a encontrar insoportable la severidad con que la aristocracia santaguina les cerró sus puertas. Ni soltera, ni casada, ni viuda, y sin embargo, era ella la que ponía obstáculos al empeño de las dos familias para que la separación terminara. Cómo volvieron a unirse, no

lo sé. Mi abuelo frunce las cejas cuando le hablo de estas cosas. ¡Qué espinosas deben serle! Bajo estos auspicios vine al mundo, y hasta donde llegan mis recuerdos, lo primero que presencié en mi hogar cuando tuve razón para ello, fué una vida desapacible causada por continuas disputas. Si no congeniaban, pregunto yo, ¿por qué de nuevo no volvieron a separarse?

—La sociedad está dispuesta a perdonar un escándalo,—mi estimada Teresa,—pero nunca dos.

—Acababa de cumplir mis siete años, —continuó ella, cuando una tarde que a casa entré de vuelta de la escuela, y que como de costumbre corrí a besar a mi madre, la encontré llorando. No quiso explicarme la causa de su dolor, y la congoja de su corazón conmovió fuertemente el mío. Algunos días después, presencié un cambio de palabras que ella tuvo con mi padre y la manera cruel como éste la arrojó al suelo y la maltrató. No sé por qué no grité ni lloré al unísono de mi madre, y esas lágrimas que a torrentes debieron verter mis ojos enfermaron

mi espíritu. Repetíanse las borrascas de tarde en tarde. Para que no las presenciara, mandábanme por días enteros a casa de mi abuela materna, y lo que nunca supe en mi hogar, me fué revelado en el de aquella señora. Con una ligereza que la honra poco, hablaba en mi presencia de la infidelidad de mi padre, en esa época enamorado y correspondido de otra señora, y por tal desgracia en lucha casi sangrienta con mi madre, que celosa y desesperada le hacía imposible la vida de su hogar. A una legua de Santiago existe un apacible villorrio que se llama San Bernardo. Poseíamos en él una quinta, y huyendo de los calores de la capital, nos refugiamos en ella, durante el verano de 1863. La quietud y el aislamiento de la vida campesina, proporcionó a nuestro hogar bienhechora calma. Mi madre, cansada de luchar, se reconcilió con su esposo, y como éste nunca dejó de quererla, con gran alegría de mi abuelo, vino a nuestro nido la paz y el contento que anteriormente les faltó. Así vivimos dos meses y nuestra dicha no se hubiera interrumpido, si en la misma aldea no hubie-

ra fijado su residencia la mujer cuya liviandad tanta guerra dió a mi madre. Volvieron sus celos, sus recriminaciones y otra vez las contiendas brutales, cuyo recuerdo angustia mi pecho aún. Por un raro fenómeno cuya causa aún no he podido hallar y que desearía me explicara Ud., que tan conocedor es del corazón humano, yo quedaba absorta y estática en presencia de estas escenas. Yo no lloraba, yo no gritaba, yo no me arrodillaba a los pies de mi padre para pedir conmiseración, ni tampoco me abrazaba de mi madre para defenderla de los golpes que recibía. ¿Era acaso un sentimiento de vergüenza, de terror, de respeto hacia esos seres que tanto quería, lo que paralizaba las facultades de mi alma en esas horas terribles de mi existencia? Después que mi padre se iba y se ausentaba por uno y dos días, ¿por qué no me acercaba a mi madre y la consolaba con mis lágrimas? Esta conducta me enagenó el cariño de los dos, y me atrajo la repulsión de mi padre. Un día que me acerqué a besarle al tiempo de darle las buenas noches, me rechazó, diciéndome: “¡Canalla, indolen-

te!; ¿por qué no intervienes cuando peleamos?" Como era natural lloré a gritos, aunque creo que fué más de rabia que de sentimiento, viéndome tan injustamente tratada.

—Fué acción temeraria, Teresa,—la dije,—hacerla testigo de cosas que a su edad no podía soportar. Es tan grande la tortura que estas escenas producen en los niños, que muchas veces les causa la parálisis espiritual. Su caso es más comun de lo que Ud. cree, y más de una alma corre por el mundo neurótica y descarriada por culpa de los mismos encargados de fortificarla. Ya hablaremos sobre esto más tarde.

—Vivíamos—continuó Teresa,—en una muy estrecha casa en la quinta aludida. Por este motivo, mi camita fué colocada en el mismo espacioso cuarto en que dormían mis padres. Me acostaban a las ocho y de un tirón me dormía hasta las seis. A esa hora, solita me vestía y saliendo de la alcoba sin hacer ruido, me iba a la lechería, donde alegre y juguetona presenciaba las faenas matinales. Una noche, estando en lo más profundo de mi

sueño, fuí despertada con los gritos de mi madre. Me senté en la cama, y a la ténue luz de una lámpara de aceite que día y noche ardía a los pies de una imagen del señor San José, la ví semi desnuda, arrojarle de la cama, en el frenesí del terror y la desesperación ante la presencia de un hombre barbudo y de rostro renegrado, que subido sobre el lecho conyugal, apuñaleaba a mi padre con terrible ferocidad. Recuerdo que no tuve tiempo para fijarme en más, y que mi madre con gran celeridad me tomó en sus brazos, y sin pensar en envolverme en las ropas de mi lecho, siempre dando voces, corrió hacia fuera llevándome consigo. A sus gritos, la servidumbre se levantó, nuestra criada tocó la campana de la quinta en forma alarmante, y pronto mi madre se vió amparada por el mayordomo y por algunos peones. El asesino no tuvo tiempo de huir al campo. Se ocultó en la lechería y allí fué tomado. Conducido a la luz, las gentes de labor reconocieron en él al caballerizo de mi padre, al hombre que siendo la persona de toda su confianza, le acompañaba en sus correrías

amorosas. Los móviles de su crimen han quedado en el misterio; y aunque malévolamente no faltó quien atribuyera a mi madre complicidad en el delito, mi abuelo paterno, que hizo del asunto prolija investigación, no en una sino en varias ocasiones, me ha jurado no ser cierto tan terrible cargo. El estado de apasionamiento y desesperación en que vivía la pobre dió motivos para atribuirle locuras que por ningún concepto pudo haber cometido.

Teresa, señalando a su hermana, que muy seria oía aquella historia, me dijo:

—Tres meses después nació ésta, y a las pocas horas de su venida al mundo quedó huérfana de padre y madre.

Hizo una pausa. Abrazó a Blanquita; y las dos muy conmovidas, por largo rato, permanecieron estrechamente unidas. Una lágrima asomó a mis ojos; pero como los de ellas quedaron enjutos, la fortaleza de sus corazones endureció también el mío. ¡Cuánto carácter hay en las dos!

—Barrido nuestro hogar por el infortunio,—continuó Teresa,—encontramos albergue en casa de los abuelos paternos,

en esos años triste y melancólica como el espíritu de los dos. Mi abuela no pudo nunca consolarse de la muerte de su hijo, y no sé porque, jamás nos tuvo cariño. En cambio, la adoración que nos ha tenido y nos tiene el coronel, pasa la frontera de lo humano. Algo que me atormentaba terriblemente era las preguntas que la señora me hacía. Casi con amenazas obligábame a referir detalles horribles de aquellas pasadas luchas entre marido y mujer, en las cuales, si mi padre la golpeaba sin piedad, ella le daba cuanto alcanzaban sus fuerzas. Oíame con calma, siendo el final un epíteto duro contra la mujer que me dió el ser. Acostumbrada a la encantadora casita en que nací en la calle de Bandera, al cambiar de residencia, encontré enorme el caserón situado en la Alameda de las Delicias y muy antipática la servidumbre de ella. Despedida la aya que me tomó desde pequeña, tuve por institutriz a una inglesa buena y amable, pero sin condiciones para hacerme olvidar el cariño que siempre profeso a la mujer a quien ví desde que abrí los ojos. ¡Qué salones, qué patios

tan espaciosos los de mi nueva casa! ¡Qué cuarto tan grande el que ocupaba y de noche cuánto miedo tuve en él!—Muerta mi abuela, el coronel nos llevó a Europa. Tenía entonces diez años. Tomé a Blanquita a mi cuidado, y en los años que estuvimos en Londres, fuí para ella, no una hermana sino una madre. A nuestra vuelta, siéndome ingrato vivir en Santiago, mi abuelo, por darme gusto, compró en Valparaíso una hermosa residencia en Cerro Alegre, y en ella vivimos tranquilos y contentos.

16 de abril.

La familia Cortés se embarca hoy para Chile. Sin ella, imposible me hubiera sido continuar viviendo en Yura. Resolví acompañarla hasta Mollendo y juntos hemos llegado al puerto.

Que cara me cuesta la amistad de Teresa. Aún estamos juntos y ya comienzo a sentir el frío de la separación. Me he

acostumbrado a ella, su persona forma parte de mi existencia, su nombre y su historia parécenme conocidos desde mi infancia.

En amable coloquio, yo aportando mis conocimientos, ella sus observaciones, cuántas cosas hemos aprendido. Caminando por estos senderos meramente intelectuales, en los que el corazón ha tenido poco abrigo, ¿siquiera en ese ambiente, la comunión de nuestras almas ha sido completa?

Nos hemos despedido en el muelle. Blanquita, en la intensidad de sus afectos, conmovida se abrazó de mí. Su abuelo, el anciano coronel, también me abrió sus brazos. Con espontaneidad, me dijo:

—Joven: tiene Ud. talento y don de gentes. Sea juicioso, perseverante, honesto, y pronto le veré haciendo figura en su patria.

Sólo Teresa permaneció fría, y su actitud me ha hecho terrible daño. ¡Qué alma tan variable! Hay días en que está sober-

biamente serena; otros, en que la veo vehementemente y hasta apasionada; hoy su frialdad tiene algo de trágica. ¿Acaso está enamorada de mí, o no estándolo, teme estarlo, y razonadora como es, detiene su corazón en el dintel del comienzo, convencida de que no tengo nombre ni fortuna para solicitar su corazón y su mano? ¿Por qué se acoge al silencio en la hora de la separación?, ¿por qué su falta de sinceridad?

Sea lo que fuere, deja mi alma enferma, destrozada, inconsolable. A pesar de todo, ¡bendita sea la hora en que el hado la puso en mi camino!



LIMA

30 de abril.

Hállome de nuevo dictando mi curso en la Universidad. El verano ha mitigado sus rigores: ya las mañanas son frescas, y las noches también, cuando corre brisa.

Nueve semanas pasadas fuera de Lima, antójaseme ser nueve años de ausencia. ¡He vivido tan de prisa!

¡Qué fría es la mirada con que correspondo a la linda vecinita de los claustros de San Carlos! ¡Pasaron ya los entusiasmos que tenía por ella antes de mi viaje!

Mi mal fuera menor si no estuviera obligado a mantener en secreto mi que-

rer. Las melancolías del romanticismo han caído en el ridículo. ¡Cuántas veces el dolor me abre las puertas del sentimiento, mas, mi razón, aun a flote, las cierra con energía! Ya no se ama con la intensidad con que yo amo a Teresa. Quien me oyera me encontraría exagerado, enfermo, corriendo hacia las fronteras de la locura. No, prefiero callar, y callaré.

No siéndome propicia la expansión y la alegría, atribuyen mi seriedad a cierto prematuro reposo, a sensibles manifestaciones de buen juicio.

—¡Cuánto bien te ha hecho este viaje, nieto mío!—díceme con frecuencia la tía Josefa.—Al fin eres un hombre, y como el casarse joven es una gran dicha, ya te buscaremos novia.

Para novias estoy yo. ¡Infeliz la mujer que intentara casarse conmigo!

Fuera completo mi naufragio, si la literatura y la política, con la intensa atracción que ambas ejercen sobre mí, no me proporcionaran, la primera, momentos de adorable encanto, la segunda, ratos de exaltación, de arrebató, de verdadero enardecimiento. Dos horas paso al día en

la Biblioteca de la Universidad, leyendo autores nacionales de la época colonial. Respecto a la cosa pública, de ella me ocupo cada vez que encuentro oportunidad. Cuanto me entretiene el tío Jerónimo, en los momentos en que está de humor y gusta de analizar nuestras dolamas. Si así como tiene talento, que lo tiene en alto grado, tuviera ambición y no fuera ocioso, ¡qué gran figura haría en el Perú! Con cuánto interés le oyen sus amigos, el mismo Pardo, en los días cuando concurrir a sus tertulias y en las llamadas que a veces le hace. Duerme hasta las diez del día, almuerza a las once, lee periódicos hasta las tres. A esa hora dicta clase en la Universidad y termina la tarde en el Club Nacional. Como censor tiene entrada libre a los teatros; y siendo amante del arte en sus manifestaciones líricas y dramáticas, rara vez falta a los espectáculos. Visita poco y viviendo solo por ser soltero, almuerza en su cuarto y come en hoteles o en casa de amigos. Dedicar los jueves a nuestro hogar, los viernes a don Manuel Iturrizaga, los domingos a don José de la Riva Agüero, los lu-

nes a Faustino Zegers, los martes, a la mesa redonda del Club, donde se reúne con ocho amigos suyos tan cincuentones como él. Tiene el raro privilegio de conocer a los hombres de su país. Pocos pudieran engañarle. Siendo extraordinario su poder de observación, penetra en las intenciones de los demás con notable acierto. Es ameno, conversa despacio, y como se le oye con agrado, no hay quien le quite la palabra cuando intenta tomarla.

—¿Qué noticias traes del sur?,—me preguntó al día siguiente de mi llegada.

Me dejó hablar, me hizo pocas interrupciones, y cuando terminé, me miró, y sonriendo con amargura, me dijo:

—Dices que lo de Arequipa no ha sido nada y que el amor al orden está arraigado en ese departamento, ¿no es verdad? ¡qué equivocado estás! Sábetelo que Pardo vive sobre un volcán. No hay día en que no haya un nuevo movimiento subversivo. Hoy en Ayacucho, ayer en Cajamarca, mañana en Matucana, en todas partes la oposición se levanta. Lo de Arequipa hubiera sido formidable si el

movimiento lo inician Gamio y Herencia Zevalloz. ¡Qué a tiempo les sacamos de allí!

—¿Pero, hasta cuando no acaba el gobierno con los conspiradores?,—le pregunté exaltado.—¿Por qué se cruza de brazos?

—Porque no puede hacer otra cosa. Porque la ley se lo impide; y si alguna vez se extralimita y tiene la desgracia de que le ocurra algo parecido a lo de Chinchao, el pueblo en masa se le viene encima. No es la razón lo que aquí predomina, sino el sentimiento. El ladrón que fuga tiene infinidad de puertas donde guarecerse, el asesino la conmiseración del populacho, el ocioso la simpatía de los innumerables que viven sin destino y en la miseria. Si analizas al conspirador, le encuentras inviolable en su persona, en su prensa, en su hogar y en su hacienda. El gobierno, que le sigue los pasos, que conoce sus planes, sus movimientos, sus acechanzas, de todo tiene pruebas, y sin embargo, legalmente nada puede contra él. Si acude al poder judicial, pierde preciosos instantes en diligencias que se ha-

cen públicas y que se estrellan contra rivalidades personales. Atados así de manos nuestros gobernantes, siendo siempre el blanco de todos los ultrajes y estando a merced de los descontentos, forzosamente tienen que saltar por encima de las leyes, abrirse camino por la senda de la arbitrariedad, y sin quererlo, hacer amada la bandera de la insurrección. Esto en lo que toca a los gobernantes. Respecto a los gobernados, su situación es igualmente precaria, anómala y vacilante. Acostumbrados desde niños a ver solo en el gobierno el aspecto de lo transitorio, a considerar como abuso las medidas de la autoridad, hastiados de oír decir que la virtud es escarnecida y la intriga recoge frutos, cuando llegan a ser hombres no pueden tener hábitos de obediencia ni acatar autoridades que tan miserablemente le fueron pintadas en su niñez. Habiendo visto destituir a los empleados que colaboraron en el gobierno vencido por la revolución, como si hubieran servido a un partido y no a la patria, no les es posible buscar en el estudio y en el servicio de ella la base de un porvenir re-

servado a los hijos del favor y monopolizado por los más diestros en los manejos de antesala. Todo esto en el punto de vista político. En relación al económico, nuestro aspecto como república es todavía más alarmante. El presupuesto anual de egresos que hoy asciende a veintiún millones, apenas cuenta ocho y medio de ingresos naturales. La diferencia sale del guano, sustancia que consumimos precipitadamente y que los últimos empréstitos han embargado en su totalidad. Lo que pasa en Lima se repite en provincias: ningún departamento cuenta con recursos propios para vivir. Ninguno pudiera subsistir seis meses si por alguna causa no recibiera los contingentes que le envía el tesoro nacional. En Chile, el más miserable villorrio contribuye a sostener al Estado. Aquí sucede lo contrario, y como consecuencia, el individuo encuentra también ventajoso ser mantenido por la nación, y con voracidad canina reclama, o toma, lo que es más común, la parte que a su juicio le corresponde en el reparto de las riquezas fiscales. Esta manera cómoda de vivir

cuando no de improvisar fortuna, mata el estímulo por el trabajo, siendo así que nadie se conforma con el producto ordinario y natural de su industria honrada y de su inteligencia, sabiendo que hay posibilidad de enriquecerse por otros medios.

Me habló después de la necesidad en que se hallaba el Gobierno de aumentar todas las contribuciones, como único medio de vivir.

—Hace cuatro meses—añadió—que no se le paga a nadie el íntegro de sus haberes. Hasta el ejército sufre hambre. No hay un centavo para pagar el déficit fiscal, ni manera de conseguirlo. Pasa una tarde por los patios de Palacio y los verás llenos de viudas y militares indefinidos en espera de un sueldo que hace ya tiempo aguardan y que como no lo reciben, a diario acuden a la Caja Fiscal y cuatro a cinco horas se pasan en pie a sol y agua. Como es natural, forman corrillos y hablan horrores del Gobierno. Sé de algunos militares que teniendo grados de alférez, teniente y hasta capitán, se acuartelan todos los meses en la guar-

dia nacional en calidad de sargentos para no morir de hambre. Balta y su gente se lo gastaron todo: Exposición, ferrocarriles, dos cañoneras nuevas, ocho mil hombres de ejército, veinte por ciento de aumento a los empleados, ¡la mar, hijito!..... Vivimos hoy de la escasa mesada que nos pasa Dreyfus, y materialmente, el Gobierno, está haciendo el milagro de los cinco panes y de los dos peces. Todo esto ocasiona notable descontento y aumenta el espíritu de insurrección. ¡Pobre Pardo!, no sabe en la que se ha metido.

15 de mayo.

Hoy cumple años la tía abuela. Es este aniversario fiesta de tabla en el calendario de la familia y toda ella le ha presentado sus respetos. La tarde y la noche se las he dedicado. Es intenso el cariño que me profesa y muy de corazón el afecto con que la correspondo.

Sentada sobre amplia y baja silla de estera y palo de sauce, ocupa en su cuarto el sitio contiguo a la ventana que da a la calle. De espaldas recibe la luz que por ella entra, y el perfil de su blanca y hermosa cabeza y de sus robustos hombros, destácase con marcado delineamiento. Es baja, gruesa; sus movimientos son lentos, su andar pesado. Hay fuego y vivacidad en su mirada. Sonríe con frecuencia y como tiene la cara llena, los carrillos se le han caído. Conserva aún sus dientes. Es limpia y atildada en sus ropas. Usa falda, *polca* con poquísimos adornos, recogiendo graciosamente sus cabellos, y anudándolos por encima de la nuca. Hoy cumple ochenta y ocho años. Vive ya por costumbre; y aunque no lo dice, siente por la existencia grandísimo desgano. De su época quédanle pocos; casi todos en menor edad, razón por la cual les habla de tu, tratamiento que los otros corresponden con el usted. Conoció al virrey Abascal, a San Martín, y en los bailes de Palacio estuvo con Bolívar. Recuerda mucho a Santa Cruz, de quien fué buena amiga. Echenique y Vivanco son para ella un par de

muchachos; Manuel Pardo un chiquillo. Tuvo cuestiones de interés con el padre de éste, con don Felipe, y por cartas dijéronse algunas tosquedades. Sea por esto, sea porque le molesta ver en la presidencia un hombre que solo tiene treinta y nueve años, o porque le cree impío, es lo cierto que, “Manuel, el hijo de Pardo”, como le llama, no le inspira cariño.

Qué tristes recuerdos despierta en mi alma la casa de mi tía. En la oscuridad de mi memoria, ella se me aparece como algo familiar y distinta de otras moradas. No habiéndose cambiado nada, sus amplias habitaciones, sus antiquísimos muebles, impresionanme profundamente. Ya en mi hogar hay agua, desagüe, luz de gas y cocina para carbón de piedra. En la de mi tía reciben a diario dos veces al aguador, se alumbran con kerosene, usan fogón de leña y siguen sirviéndose para el aseo de la casa de una acequia pestilente que pasa por el corral.

Adornan su sala dos consolas riquísimas, de fina madera y de rara forma, altas, y sin espejos; además, una docena de sillas y un amplio sofá en el que caben

sentadas ocho personas. Un hermoso cuadro de la Purísima, adorna una de las paredes, quedando las otras desmanteladas por falta de cortinajes. La alfombra descansa sobre toscos y rojizos ladrillos pasteleros; habiendo en el centro una mesa redonda de cocobolo, muy maciza y muy fuerte, sobre la cual se alza un *reverbero* de treinta pulgadas de altura.

En el comedor hay *esquineras*, y en ellas se guarda la vajilla. Una tosca armazón de madera, pintada de verde con su piedra para destilar agua y su recipiente de barro para recibirla, ocupa otro lado de la habitación. No hay luz artificial ni es necesaria: se almuerza a las diez y se come a las cuatro. Para tomar el chocolate a las ocho, se alumbran con una vela. Seis cuadros de suave colorido y cubiertos por vidrios en marcos negros y dorados, completan el adorno. El tema de la composición ha sido tomado del libro de “Pablo y Virginia”.

La cocina es antigua. No tiene chimenea, y como el humo sale por una amplia campana que cubre todo el fogón, techos y paredes hállanse ennegrecidas

El cuarto de mi tía es amplio. Tiene dos puertas: una al patio y otra a las habitaciones que le siguen. La luz le viene por la enorme ventana que da a la calle. Hállase esta a media vara sobre el suelo, y a través de la celosía se ve perfectamente a los transeuntes. La cama es de caoba. La forman cuatro gruesas columnas de dos varas de alto. Entre ellas se extiende el entarimado que sostiene los colchones, y también los dos tallados y hermosos tableros, uno enfrente de otro y el más alto en la cabecera. El sofá, las sillas y la cómoda hacen juego con la madera y el estilo de la cama, y todo está enchapado con gruesas láminas de bronce. Sobre una mesa grande y pesada, colocada en una esquina, hay un Señor Crucificado cuya altura llega a una vara; y sobre la cómoda; un *Niño Jesús* cubierto con una urna de vidrio. Un fanal, colgado del techo por una cadena, da abrigo a una vela que nunca se enciende. El suelo hállase cubierto con un petate de los buenos que vienen de la China. No hay lavamanos ni lo que ahora llaman mesita de noche. Mi tía hace sus ablucio-

nes y sus necesidades en el cuarto contiguo.

En este día, mi tío Jerónimo, realiza la meritoria acción de comer en la compañía de fray Gonzalo de Ochoa, el guardián de los Franciscanos; hombre respetable y distinguido, de aquellos de quienes se decía: es un fraile de campanillas. A él, mi tía Josefa, confiesa sus pecados. Mujer de espíritu superior, en poco estuvo amoldada a su época. No es ni ha sido nunca beata, no cree en los milagros que inventa el vulgo, ni en cuentos de penas o de aparecidos, y hasta estoy por creer que pone en duda la existencia del diablo. Tuvo conciencia siempre del ambiente en que vivía, y sabedora de lo inútil que la hubiera sido luchar con la ignorancia y el fanatismo, jamás reveló su pensamiento. Contraria a decir lo que siente, y encontrando placer en reirse de los demás, la ha pasado fingiendo credulidad en brujas, en duendes, en *penas*, y en presentarse a sus amigas como una visionaria privilegiada. Sus cuentos sobre las ánimas benditas son dignos de coleccionarse. Algún día escribiré un libro sobre ellas. Re-

belde al dominio y aún al dominio religioso, ha encontrado en el padre Gonzalo condiciones para abrirle su conciencia. Este sacerdote, un hombre alto, grueso, moreno, de cincuenta años que con dignidad lleva el hábito azul de los hermanos máximos de San Francisco, es un verdadero amigo de la casa y tiene el asiento de cabecera en los días de mantel largo. Hoy que se conmemora el más clásico de ellos, ocupa su sitio, y teniendo a su derecha a la tía Josefa y a la izquierda al tío Jerónimo, preside a los demás sobrinos de la anciana, entre ellos, a mi padre, a mi tío Enrique, a su esposa doña Rosa Azuátegui, a mi tía Flora, y a varias personas extrañas a la familia; en todo, doce comensales.

Nos sentamos a comer a las cinco. Dos hermosos candeleros de plata, cada uno con cinco velas, nos dieron luz. Al medio de la mesa, de adorno sobre un macizo jarrón, había un enorme ramo que terminaba en punta, y cuyas flores estaban tan apretadas como las sardinas en su caja. Acompañaban a esta pieza floral, un pavo horneado, una empanada de media vara

de largo, una gelatina, dos fuentes de frutas y cuatro botellas de vino Burdeos. Ocupé el extremo de la mesa, y a mi lado tuve de compañero al lego de Su Pateridad.

La sopa teóloga fué muy celebrada. Los demás platos también, entre ellos el arroz a la valenciana con pichones, las gallinas en almendrado, el pescado en salsa de empanada y el pastel relleno de manjar blanco. En todo catorce platos.

Cansados de hablar de comidas, y no queriendo nadie tratar de política, siendo la tía y su confesor enemigos de Pardo, yo y mis tíos partidarios acérrimos de él se pasó a lo social; pero tampoco se pudo decir mucho, pues el padre Gonzalo no frecuenta la buena sociedad, y en su presencia hubiera sido una descortesía hablar de ella. Intentó mi tío Enrique comentar el asesinato del secretario de la Legación de Chile, crimen cometido en esos días en una casa de tolerancia por una muchacha de dieciocho años, llena de belleza, de romanticismo y de amor, llamada la chilena Godoy, pero, como el reverendo frunció el ceño a los primeros detalles, y mi

tía Josefa, a pesar suyo, también hizo lo mismo, el cuento terminó en pocas palabras sin la vida que debieron darle los pormenores y los comentarios. Poco a poco la conversación fué llevada al terreno íntimo. El poco vino tomado por la tía abuela le acaloró el cerebro; y no siendo lo de hoy sino lo de ayer lo que mejor guarda en su memoria, estuvo encantadora haciendo reminiscencias de su juventud. Su sobrino Jerónimo, que gusta de oírla en ese punto, ansioso de conocer lo que fué su casa en los años de su niñez, y que no siempre la encuentra en vena, la estimuló en sus narraciones, haciéndole de cuando en cuando preguntas muy oportunas. El presente la hace daño: le es ingrato y le aborrece. Pónese furiosa cada vez que se destruye algo de lo antiguo. La molestó que en 1871, en la fachada de la Catedral, se sustituyera el escudo español por el de la patria. Respecto a las murallas de Lima, trabajo cuesta convencerla de que Meiggs hace bien en echarlas abajo, siendo de adobe y de estorbo para la formación de las nuevas avenidas y para el ensanche que se

está haciendo de la ciudad. Con lo que no puede conformarse, y está en lo justo, es con la demolición de la hermosa portada del Callao. Tiene tres puertas y es la más artística de Lima. Rememoró con tal motivo, las veces que, ya en casa, ya en balancín, pasó bajo el mayor de sus arcos, yendo o viniendo al Callao.

—Recuerdo una vez—nos dijo,—en tiempo de Santa Cruz, el trabajo que nos costó entrar a Lima a las siete de la noche, estando cerradas las puertas por temor a los chilenos que habían desembarcado en Ancón y marchaban hacia la portada de Guía.

¡Cuántos detalles más nos contó!, detalles preciosos para la historia de Lima, que serán perdidos el día que muera, si yo y mi tío Jerónimo no tomamos apuntes de ellos para escribir un libro.

Siguió hablando de la manía de innovarlo todo, naturalmente, echándole la culpa a Pardo; y excitada por el vino, estuvo encantadora en sus apreciaciones. Con cierta melancolía, revelando visión serena de su época, nos dijo:

—Ya esto no es la Lima en que yo na-

cí, en la que me hice mujer y en la que se deslizaron apaciblemente mi niñez y mi juventud. Los edificios que impresionaron mi espíritu, respiraban estilo colonial. Había en ellos la grave majestad de los palacios moriscos. A su vista, la mente transportábase a otro extremo del mundo. Qué calle no tenía su historia, qué balcón no encerraba un misterio. El honor era palabra de gran significación, la aventura y la hazaña fueron entretenimientos habituales. Había virtud; por lo menos pasión por ella. Todo esto se fué en la primera mitad del siglo. Desde entonces, el *coche de Zavala* no recorre las calles, la *saya y manto* ha desaparecido, el sereno que en calladas horas dejaba oír su voz viviendo al Perú, duerme y no canta. El gas ha quitado a la noche el misterioso encanto de la penumbra. Ni escondites ni encrucijadas, mucho menos escenas amorosas ni sentidos yaravíes. Ya nadie canta a la puerta de la mujer adorada y rara es la persona que toca la guitarra. Se ha perdido el carácter: no hay la firmeza de ayer y hasta las construcciones revelan debilidad y ca-

recen de las gruesas vigas con que antes se edificó. Difúndese el error y declina la religiosidad. El bien se hace por egoísmo, no por amor a Dios, ni por consideración al prójimo. Antes no habían escrituras ni contratos: los talegos se guardaban bajo la cama y los préstamos se hacían sin recibos. Ya esto no es Lima. Tuvo razón la vieja donada del Monasterio de Santa Catalina, cuando, refiriéndose a ella, en pocas y vulgares palabras, exclamó: ¡Quién te *vido* y quien te ve!

31 de mayo.

Mayo agoniza y el otoño también. Las mañanas son bien frías y las noches lluviosas.

Mi alma, enferma de amor y sin nada terrestre que la conforte, ha encontrado en lo divino la fe y el apoyo que comenzaban a faltarle. Consagra la Iglesia este mes al culto de la Virgen. La piedad solícita de los fieles encuentra gozo en esta

dedicación, y con fe profunda y ardiente, acude a los templos en que se celebra el *Mes de María*. La Trinidad, el Sagrario, Santa Ana y San Marcelo están concurridísimos. Predica en el primero, el señor Roca, mi padre de espíritu, y su palabra fluente, elevada, arrebatadora y ferviente me ha movido a contrición.

Ayer comulgué. Ha sido necesario que un sentimiento intenso conmueva mi alma y la haya puesto a punto de naufragar, para que me acuerde de Dios. ¡Qué olvido le tenía! ¡Cuánto tiempo hace que perdí la costumbre de oír misa los sábados en honor de la Virgen! Respecto a la confesión, hace dos cuaresmas que no cumplo con la iglesia, y ahora que lo he hecho, he comulgado en el oratorio de mi querido condiscípulo, el presbítero Rolando.

Hay cierto antagonismo entre el partido civil y el elemento religioso, y no debo hacer ostentación de mis creencias. Pardo no es amigo de la gente de iglesia, ni como pudiera serlo, si el representante de ella en la prensa, el presbítero Manuel Tovar, en su diario *La Sociedad*, le com-

bate con ferocidad. Por fortuna, no soy hombre de sacristía, ni amigo de ostentar el respeto que me inspiran los padres Gual y Masiá, hoy en moda, y la admiración que siento por el padre Cortés. Hay en él inteligencia y virtud. Su espíritu flota sobre la materialidad del pecado. Penetra sutilmente en la vida espiritual y sabe elevar el alma del pecador. ¡Qué interesantes son sus sermones de feria en Cuaresma! No es siempre la deshonestidad, ni es el apetito carnal el tema de sus discursos.

Hay en estos hijos de Asís abnegación y virtud. Con ellas han ganado las clases populares que les estiman y les honran. Las otras órdenes han decaído de su pasado esplendor, por la acción detentadora de quienes las despojaron de su autoridad propia, quedando reducidas a la esterilidad, como las ramas de un árbol cuando son separadas de su tronco. Careciendo algunas de estas órdenes de completo personal y faltando a muchos frailes moralidad, Pardo está tratando de clausurar sus conventos. A mi juicio, el mal no se remedia con la clausura, sino con el

amparo, ejerciendo la protección que el Estado debe a la Iglesia. Hoy, que por virtud de la Delegación Apostólica, recientemente enviada a Lima, Monseñor Benjamín Vannutelli ha tomado cartas en el asunto, espero ver lucir en el claustro peruano los antiguos días de edificación y de ciencia.

Tocante a órdenes extranjeras, no podemos contentarnos con tener únicamente la de los Descalzos. La escasez de nuestro clero y la ignorancia y las necesidades de nuestros pueblos reclaman los ministerios de los padres de los Sagrados Corazones, de los redentoristas, de los maristas y de los jesuitas. Hasta de las cosas religiosas necesitamos gente europea.

Sabe mi tío Jerónimo que oigo misa y me confieso, no haciendo él lo uno ni lo otro hace veinte años; sabe que mantengo vivas mis afecciones por los maestros que tuve en el Seminario de Santo Toribio, entre ellos Obín, Roca y el obispo Huerta, mas, tolerante como es, respeta mis opiniones. Mi padre, mi tía Rosa y también su esposo, el tío Enrique, están

de mi lado en materia religiosa, no obstante que ninguno me aventaja en sentimientos piadosos.

Como la verdadera religiosidad, en general no se comprende, y como no hago alarde de las ideas ni de los sentimientos que aquella me inspira, nadie conoce mis opiniones ni mis creencias. Hasta en mi hogar se me ha creído algunas veces contaminado con los errores de mi tío Jerónimo, y sin serlo, me tienen en la Universidad por un hombre de doctrinas liberales.

¡Qué amable es la paz de nuestra casa! Qué bien nos llevamos todos, y qué amenas son las charlas de nuestros lunes, días de comida en los cuales el tío Jerónimo y don Juan Valdez honran nuestra mesa. Nos sentamos a ella a las seis de la tarde, y por lo regular, de sobremesa permanecemos hasta las nueve. De cuando en cuando nos acompañan a tomar café, Manuel Marcos Salazar y Reynaldo Chacaltana, haciendo nuestras reuniones aún más instructivas! ¡Cuánto aprendo en ellas! No hay hecho público que no sea comentado en nuestra mesa

y comentado bien. Salazar y Chacaltana a menudo hablan con Pardo; el primero como consejero y el segundo como redactor principal de “El Comercio”, periódico civilista que se inspira en las conveniencias del partido.

Mi padre y mi tío Enrique, aportan a la conversación, el primero su experiencia militar, el segundo, su buen sentido común y sus conocimientos industriales.

El estanco del salitre, la amovilidad de los empleados fiscales, la crisis bancaria y el convenio chileno-boliviano celebrado entre los ministros Lindsay y Corral, han sido tema de largas controversias.

No ve mi tío Jerónimo clara la manera de resolver el problema del salitre, y desde que se inició el debate del asunto en las Cámaras, ha sido opuesto al estanco solicitado por el Gobierno. Pardo no ha querido oírle en esta ocasión. Conoce sus ideas, y cansado de discutir el tema con los salitreros de Tarapacá y con diversos abogados chilenos que han venido desde Santiago, niégase oír su opinión. Si mi tío augura un fracaso, Chacaltana y Salazar piensan lo contrario.

—Dejemos la industria libre— dice aquel,—y puesto que deseamos aumentar nuestras rentas, impongamos al salitre un alto impuesto fiscal.

—El impuesto no resuelve el problema,—le contestó Salazar.—Con o sin él, el salitre quedará siempre en manos de industriales chilenos, lo cual por ningún concepto nos conviene.

—Además, —añadió Chacaltana,—el salitre es un competidor del guano, y dejarlo exportar en cantidades ilimitadas es acabar con el mercado de nuestro rico fertilizante.

Preside mi tía estas comidas íntimas, y es de verla lo bien que se desempeña en medio de tantos hombres. Qué agradable la encuentran todos y cuán por encima de sus buenas cualidades flota su amable carácter. Es una mujer muy igual. La memoria me la presenta sentada a la mesa de nuestra sala, ella en la plenitud de su belleza, yo apenas en mis ocho años, ambos jugando al naípe. *La carga la burra, el sonso, el briscán*, diéronnos horas de esparcimiento. Olvidando la diferencia de edades, sofocábase cada vez que por suer-

te o por engaño ganábale el juego. ¡Qué en serio tomaba aquello! y es que, desde mi más temprana edad, nunca me trató como a niño. Siempre me supuso mayor reflexión de la que tenía, y en forma absoluta, jamás me exigió nada. Sensible al afecto, nacido con docilidad, nunca la contradije y raras veces dejé de darle la razón de sus apremios. No era mas que mi tía política, tenía padre vivo, y no hubiera sido con rigor ni tratándome con desabrimiento el modo como me hubiera dominado. La veo hoy en sus cuarenta años. Está gruesa. No ha perdido los hermosos colores de su rostro. Sigue siendo apacible, dulce, posiblemente inmutable en la castidad que siempre la he supuesto. Desde mis quince años me sacó de la habitación en que dormía junto a la de ella, y me puso en el cuarto de *ventana de reja* de la casa cuyos altos ocupamos. No existe entre nosotros vínculo de sangre, y pudorosa como es, encontró inconveniente la vecindad de un sobrino político que muy pronto se hacía hombre. Desde esa edad, duermo en el susodicho cuarto. En el he hecho todos mis es-

tudios superiores, y en el recibo a mis amigos íntimos.

Mi padre ocupa en nuestra casa el *altillo*, o sea el entresuelo construído bajo el segundo piso. Tiene entrada a él por la puerta que da al primer descanso de la escalera que va del patio al corredor de nuestros altos. Es una alcoba amplia, que recibe de la calle la luz que pasa por un balconcillo chato, feo y en armonía con lo bajo del techo. Allí vive desde que salimos de Miraflores, y allí ha pasado buena parte de su vida, generalmente metido en cama, leyendo a Víctor Hugo, a Lamartine, a Walter Scott, a Pérez Escrich y a Fernández y Gonzalez. La muerte de su esposa le desinteresó por completo. Desde entonces perdió la ambición de que se hallaba poseído, perdió su energía y hasta su laboriosidad. Peleando como un valiente en los combates y estando siempre al lado de los gobiernos constituidos, alcanzó sus grados. Había llegado a coronel, aspiraba a la faja de general, y persistiendo en sus propósitos la hubiera alcanzado a no haber perdido con la muerte de su bella compañera la

mejor fuerza de su alma: la esperanza. Castilla le consiguió del Congreso cédula de invalidez con sueldo íntegro. De ella vive, naturalmente con modestia, habiéndola pasado con mayores estrecheces en los tiempos en que él y mi tío Enrique sufragaban mi educación. Contribuye con sesenta soles al presupuesto mensual de nuestra casa, y como es metódico, sobra-le buena suma para sus otros gastos, para sus ahorros y para satisfacer los pedidos que yo le hago, y que ahora son menores, desde que, hace un año, como catedrático de la Facultad de Letras gana cien soles al mes.

Es costumbre en casa almorzar a las once, y siendo la de mi padre quedar en cama hasta las doce, nuestro chino Afó baja repetidas veces la escala que va a su cuarto, llevándole los platos que le sirven en la mesa. Sale generalmente a las dos, y raro es el día que no visita a su amigo, don Nicasio Vargas, un viudo menor que él, con tres hijos, que habiendo heredado en su juventud buena fortuna, vive de ella más que de su renta. Es gastador el amigo y como no se ocu-

pa en nada, va en camino de pobreza. No siempre mi padre come con él, que también en nuestra mesa gusta de hacerlo; pero las noches, casi íntegras, cuando no va al teatro, se las pasa en la biblioteca de don Nicasio.

Aparenta mi querido inválido, nombre que cariñosamente le doy cuando le pido dinero, cincuenta años. Es mediano de estatura, delgado y moreno. Tiene buen talante y apostura militar. Sigue usando bota de oficial y en el pantalón el mismo corte que cuando usaba casaca. Detesta la *americana* y solo usa levita y sombrero de copa.

8 de junio.

He tenido respuesta a la carta que dirigí a Teresa. En sustancia no me dice nada. Sin embargo, su misiva me ha causado intensa alegría. La he leído, no una sino muchas veces, y con dulce satisfacción la he copiado. Ella dice así:

Hotel Colón,

Valparaíso.

Querido López:

No podía dejar pasar más tiempo sin escribirle y darle las gracias por su fina cartita. No crea que mi silencio ha sido motivado por el olvido: al contrario, conservo por Ud. el más grato recuerdo, y me dolería mucho que me tratara de ingrata.

Nuestra precipitada separación en Mollendo me dejó inconsolable por varios días. ¡Me había acostumbrado tanto a oírle!

¿Está Ud. contento en Lima? ¿Sigue siempre alegre y buscando novia? ¿Ha encontrado amiga, que como una personita que yo conozco, le escuche con tanto interés? Escribame prontito y póngame al corriente de su vida. Ya sabe: espero contestación a vuelta de correo.

Me dice Ud. que ha principiado a escribir una novela. Mándeme copia de ella a fin de conocer a María Albina, (que me dice Ud. que soy yo,) para ver como la comprende el autor.

Yo siempre la misma. La enfermedad

del fastidio me persigue como antes: creo que esto es incurable. Voy mucho a sociedad, estoy rodeada de un círculo de amigos y amigas; pero ninguno aprecio tanto como el de Arequipa, en especial el de Yura. También, por mi carácter, casi no puedo congeniar con nadie, y así es que es rara la persona que pueda comprenderme. Veo con sentimiento que estoy condenada a llevar una vida triste, privada de lo que se llama la verdadera amistad.

Aprecio mucho los consejos que me da Ud. en su carta. ¡Ojalá pudiera seguirlos! Si tuviera la libertad de una inglesa no vacilaría, pero soy chilena, latina, sud-americana, y no hay más que conformarse.

Nuestra casa está en seria reparación: el comedor se ha caído abajo y esto nos ha obligado a instalarnos en el hotel. Tal vez pasemos una temporada en Santiago.

Aquí he visto a don José María Niqueche y a su señora. Con gusto les hemos atendido.

Que Dios le conserve en buena salud y que no se olvide de nosotras.

Su amiguita sin casa.

Teresa.

Hace ocho días que recibí esta respuesta. La tengo copiada en mi libro y he vuelto de nuevo a leerla. ¿Por qué ya sus conceptos no me causan el entusiasmo sin límites de los primeros momentos?, ¿por qué analizando sus frases, ninguna de ellas me revela amor? ;Siquiera hubiera algo en la interlínea! No veo nada, y esto me aflige profundamente. Deploro no ser presuntuoso, no ver en la aludida carta la correspondencia que tanto busco. Al menos viviría engañado. A mi juicio, cuando más soy para Teresa un amigo, un ser necesario para su anormal existencia. Tiene por mi el cariño que solemos profesar a quien nos hace un servicio, o a quien nos agrada porque nos proporciona el bien. Teresa no está enamorada de mí; ¿quién sabe que gesto despectivo pondría, si su abuelo le dijera que es peligroso jugar con fuego, o con más claridad, que se abstuviera de cartearse conmigo!

Siendo verdadera la intimidad que me une a la tía Rosa y casi fraternal el cariño que me profesa, natural sería que le mostrara mi carta y le pidiera opinión.

Tentado he estado de hacerlo, y al fin por ese camino hubiera seguido, a no saber de antemano el disgusto con que hubiera mirado mi nueva aventura. Con la espontaneidad que me caracteriza, desde Arequipa, le comuniqué mi amistad con Teresa. Estando en Yura, mis cartas trans lucieron mi entusiasmo. Como es natural, no fué necesario que le confesara mi pasión para que se diera cuenta de ella. Por datos que tomó en Lima, impúsose de la nacionalidad de mi amada, de su linaje y de su fortuna; y tal vez por lo primero, más que por lo último, miró con desagrado mi amor.

En una de sus cartas, que en Yura recibí, me decía:

“Te felicito por la fina atención que te dispensa la familia Cortés. Has conseguido una buena amistad. Si como desterrado político o como diplomático arribaras a playas chilenas, esta relación te será de utilidad. Mucho cuento es tener en la vida quien nos de la mano. Presentado por ella, visitarías en Santiago lo mejorcito de la ciudad. Esta consideración me induce a recomendarte amabilidad y buen

porte para con ellos. No te propases en nada. Todo el aprecio que el señor te tiene, se convertiría en enojo, si sospechara que intentas enamorarle la nieta. Los ricos no gustan de los pobres para casar a sus hijas. Te repito lo que, con mucha gracia, decía el riquísimo bodeguero español de la esquina del mercado: si la mujer lleva para almorzar, el hombre debe llevar para comer. Además, siendo Teresa rica y hermosa, posiblemente tiene novio; por lo menos, numerosos pretendientes. Sea lo primero, sea lo segundo, la deferencia que te profese durará el tiempo que permanezca en Yura. Vuelta a su hogar, puesta en contacto con las gentes ricas y ostentosas entre quienes nació y entre quienes vive, serías comparado y eliminado, y para mi fuera esto lo mejor que te pudiera pasar. Por algunos meses vivirías decepcionado pero el tiempo y la distancia curarían tu dolencia y más tarde, la razón, te mostraría el cúmulo de ventajas obtenidas por la pérdida de su amor”.

“Con el talento que Dios te ha dado, por un instante olvida tu apasionamiento.

Sin él, reflexiona lo que sería tu situación, si andando bien tu aventura, al fin consiguieras de ella su corazón y la promesa de darte su mano. Llegado este caso, comprometido a casarte con ella, ¿no estarías obligado a ir a Chile, una o dos veces por año, a presentarle tus respetos y a formalizar los arreglos de tu matrimonio? Suponiendo que aquí te aviáramos para estos viajes, y que para ello hiciéramos un sacrificio, ¿crees tu que nuestros ahorros alcanzarían para comprar las valiosas alhajas que te corresponde llevar en tu calidad de novio? Realizado tu matrimonio, ni en broma intentarías radicarte en Lima. El sueldo que ganas no te da ni para una *ventana de reja*. ¿Vendrías a comer a nuestra pobre mesa?"

“Descartada tu vuelta a la patria, tendrías que establecerte en Santiago, vivir en su casa, comer y vestir de su fortuna. ¿Has previsto las consecuencias de semejante situación? ¿De qué te serviría el talento para abrirte paso allí, si por tu condición de extranjero, como abogado o político te están cerradas las puertas de

ambas carreras? Cuando más, podrías dedicarte a la agricultura, al comercio a la industria, ramos para los cuales no has nacido. Tienes grandes cualidades para figurar como hombre público; pero, para ello es indispensable que vivas en el Perú. Pasa con los hombres privilegiados lo que acontece con los reyes: tienen que casarse obedeciendo al mandato de las conveniencias, más que a los impulsos del corazón. Tienes delante de tí un porvenir grandioso. No lo malogres por tu propia voluntad”

La carta de mi tía Rosa me trajo al terreno de la razón y fué para mi una verdadera enseñanza. Aturdido por el amor, sin mas propósito que el de hacerme querer por Teresa, con anterioridad a sus reflexiones, jamás pasó por mi mente mirar las cosas por el lado real por donde ella las contempla. Encuentro juiciosas las advertencias. Sus palabras son para mi una revelación; tal vez, la clave de la frialdad con que Teresa me trata. Refractaria al matrimonio y fría en el amor, ¿acaso no ha pensado, como la tía Rosa, en los inconvenientes que pu-

dieran derivarse de tener esposo pobre y extranjero?

Avergonzado de las confidencias que hice a mi tía, confidencias que debieron ser exageradas por mí, pues no de otra manera su carta hubiera sido tan razonadora, la contesté desde Yura que ni yo ni Teresa habíamos pasado los límites de la amistad. A mi regreso a Lima, casi incidentalmente hablamos del asunto. Evité exagerar sus cualidades, también sus defectos. Simulé indiferencia, y debido a estas artes, logré engañarla. En estas condiciones, ¿sería cuerdo que le mostrara la carta que he recibido?

Sea porque Teresa no me quiere, sea por causa de su alcurnia y riqueza, es indecible el rubor que asoma a mi rostro cada vez que imagino que alguno sospecha mi pasión. Este sentimiento, muy innato en quien se halla enamorado de una mujer superior, exagera mi natural discreción. Ni amigos ni parientes sabrán una palabra de lo que pasa en lo más oculto de mi alma, mucho menos mi tío Jerónimo y la tía Josefa.

30 de junio.

Ha sido temeraria imprudencia mía haber provocado la correspondencia que mantengo con Teresa. Dos cartas le he mandado. De una sola he recibido contestación, y en espera de su segunda, desesperado he pasado todo junio. Si esto no puede pasar más adelante, ¿a qué este empeño mío en luchar contra una quimera? No es que me guste la lucha, no es que encuentre placer en perseguir ideales. Nada de esto: persevero en mis locos propósitos, arrastrado por una fuerza desconocida e irresistible que cada vez me lleva más lejos. Tuviera siquiera, para tornar a la razón, la palabra convincente del tío Jerónimo, la de algún amigo íntimo, por lo menos las reflexiones de mi tía Rosa, tal vez no iría tan de prisa. De ninguna parte me viene el menor auxilio, ni ¿cómo esperarlo, si por temor al ridículo, si por miedo de ser calificado de visionario, a nadie confío mi secreto? Vivo como el hombre dominado por los vicios solitarios. Solo me agoto, solo me aniquilo.

Ya lo he dicho: Teresa no me dice nada en su carta. Con todo, sus vaguedades me han trastornado, y entre otros tormentos, siento vivamente el de su ausencia. Si tuviera fortuna, correría a su lado. No la tengo, deseo vivir en Chile, y como no me faltan condiciones para la carrera diplomática, estoy poniendo empeño en conseguir, aunque sea, el cargo de agregado a la legación que tiene el Perú en Santiago. Hay el propósito de enviar como ministro a Reynaldo Chacaltana. Si él me pidiera como segundo secretario, tal vez Pardo le complacería.

El tío Jerónimo es mi paño de lágrimas. A él acudo cada vez que algo necesito. ¿Acaso sería catedrático de la Universidad, si con su influencia no me hubiera conseguido el curso que estoy dictando? Ayer le ví, le expuse mis propósitos, y con la calma que le hace célebre, me dijo:

—¿Ir a Chile en estos momentos? ¿No sabes la ardua situación en que se encuentra Coronel Zegarra, nuestro encargado de negocios, estando ausente Novoa, por la demostración naval del Perú en

Mejillones, y por lo tirantes que están las relaciones diplomáticas? En fin,..... si te empeñas,.....no creo que sea difícil conseguirte un puesto en la misión Chacaltana. Pardo te quiere, sabe que son tuyos los buenos artículos que publicastes en el “Nacional” en los últimos meses de Balta. Además, es muy amigo de los jóvenes. Esto es muy natural, si se tiene en cuenta que los hombres de edad, como yo, no estamos dispuestos a decirle sí en todo.

Busco al tío, cuando algo quiero consultarle o deseo oírle, a la una del día, en las *ventanas de reja* que ocupa a la izquierda del zaguán, en una extensa casa de altos y bajos situada en la calle de Plumereros. Sirvele la más interior de dormitorio y la inmediata a la puerta de calle, de sala para estudio. Modesto y escaso en su menaje en la primera. Guarda la ropa en baúles antiguos de cedro forrados en cuero. Cama y lavabo son de fierro, ambos de extraordinaria sencillez. No tiene ni diez pulgadas de alto el único espejo que le sirve para afeitarse, y que en su cuarto tiene colga-

do de un clavo puesto en la pared. Una botella sirve de candelero a la vela de esperma con que se alumbra de noche, y como no usa mas mesa que una ancha y tosca que ocupa el centro de su dormitorio, dicha botella descansa sobre una silla colocada a la cabecera de la cama. Otras sillas, haciendo ocho en total, completan el menaje, y en su mayor parte están ocupadas por ropas y periódicos. Lo que el llama su estudio, es un cuarto repleto de papeles y de libros. Tienen albergue los más en los estantes que en número de tres adornan la pieza, quedando el resto, especialmente los empastados, apilados por el suelo en los sitios que forman las esquinas de la habitación. La mesa en que trabaja es amplia, repleta de escritos y provista de varios cajones. El tapete que la cubre es de paño, paño que fué de color verde, y que se halla oscurecido por la falta de aseo y por la tinta que sobre el ha caído. Una lámpara de kerosene, descompuesta y sin mecha, indica que de noche es con vela con lo que se alumbra, (si alguna vez escribe antes de acostarse.) A pesar del

desórden que se echa de ver en este cuarto, hay en él algo misterioso e inexplicable que revela estudio y sabiduría, algo que provoca recogimiento, deseos de sacar provecho de tanto papel escrito.

Dos ventanas, una en cada habitación, provistas de fuertes rejas y abiertas en el espeso muro de adobe que da a la calle, dan luz y aire. Un sirviente del *principal* de la casa en que vive, a quien paga tres soles al mes, hace el aseo de estos cuartos y bota las aguas excluídas.

Como ya lo he dicho, el tío es un hombre de consejo. Pardo le estima bastante y gusta de oírle, Es un buen jurisconsulto. Si admitiera clientes, ganaría dinero en la abogacía. Es negligente, filósofo; realista en algunos casos, pero idealista en los más. Carece de ambición: ni honores ni riquezas le quitan el sueño. Vive con poco; no sufre con los triunfos de los demás, y es feliz hasta donde puede serlo un hombre que por ser inteligente y de mundo, conoce bien de cerca las miserias humanas. Usa *tarro* y levita a diario. Es bajo, grueso; anda con lentitud, generalmente con los brazos echados atrás y

las manos unidas a la altura de los riñones. Usa bigote y algo de barba, sin llevar pera ni patillas. No es calvo, no es canoso. Sus ojos carecen de brillo. Es tardío en sus movimientos, también en su hablar. Sin embargo no es apático: hay vida en su sonrisa, animación en su rostro, y a todos sabe inspirar confianza y simpatía. A veces es burlesco y otras, algo majadero. Le da por repetir un cuento, si éste le ha hecho gracia; insistiendo en la frase cómica hasta el cansancio. Pasa por un hombre hábil, ilustrado y de gran moralidad. Efectivamente es así.

Con esa concisión extraordinaria que posee, me ha puesto al corriente de la rivalidad peruano-chilena. A su juicio, algo muy grave se nos avecina por el sur. El salitre de Tarapacá, que por muchos años solo sirvió para fabricar pólvora y productos químicos, puede ser empleado ahora como fertilizante. Por tal causa, nuestro guano, encuentra en su propio territorio un terrible competidor; y como el salitre es propiedad privada, pertenece en su mayor parte a compañías chilenas y tiene mercado libre, la situación

económica del Perú se ha complicado. Hay ya dificultades para vender anualmente las 650 mil toneladas de guano que la ley autoriza, y el precio, que fué siempre de veinte libras por unidad, hoy ha bajado. Es indudable que la decadencia del artículo se inicia. Por todo esto, la primera medida de Pardo en la administración ha sido pedir al Congreso el estanco del salitre. El Gobierno lo consigna en los mercados extranjeros, y siendo el único que lo ofrece, se gana la diferencia entre el precio de compra y el de venta. Por desgracia, todo esto que en el terreno de los principios económicos resulta conveniente y hasta brillante y genial en la concepción—como lo han demostrado economistas europeos—en la práctica está dando resultados negativos. El mercado del salitre ha sido y sigue siendo Valparaíso. De allí han salido los capitales que han formado la industria del nitrato; de allí también los miles de operarios que se necesitan para la explotación.

Violentos los banqueros y comerciantes de Chile por los perjuicios que les irroga

el estanco, han cerrado sus créditos a los salitreros de Tarapacá y los tienen al borde de la ruina. Para colmo de males, salitre existe en el litoral boliviano y aun en Taltal; y mediante la protección del Gobierno de Santiago, uno y otro se elaboran y venden a precio inferior al nuestro.

De lo mucho que me ha contado el tío Jerónimo, deduzco que, tanto Chile como el Perú están en malísima situación económica, el primero por haber perdido con el estanco la participación directa y retributiva que tenía en la industria peruana del salitre, el segundo, por haber encontrado en esta sustancia un terrible competidor a sus guanos. Allá y acá hay profundo descontento, y la solución, parece que solo la guerra pudiera darla.

—¿Y eso de Mejillones,—le pregunté,—fué en realidad una demostración naval?

—Y muy sonada,—me contestó;—advirtiéndote que no fué necesario enviar toda nuestra escuadra, sino únicamente al *Huascar* y al *Chalaco*. Tuvo ella origen en cierta tirantez de relaciones que hace años existe entre Chile y Bolivia, y que

a fines de Julio del año pasado se acentuó con motivo de la expedición revolucionaria del cochabambino Quevedo, que favorecido por las autoridades de Valparaíso, salió a bordo del *Paquete de los Vilos* para desembarcar en Antofagasta y constituir un nuevo gobierno en su país. Quevedo fué derrotado; pero la cancillería de Sucre estuvo insolente en sus quejas. Para apaciguarla, el gobierno de Santiago, envió en actitud hostil a Mejillones a sus corbetas *O'Higgins*, *Esmeralda*, *Chacabuco* y *Covadonga*. El Perú, que hacía tiempo deseaba evidenciar que la suerte de Bolivia no le era indiferente, aprovechó la oportunidad para manifestarse en actitud guerrera. Godoy fué llamado e interrogado por Riva Agüero. “¿Qué hace toda la escuadra chilena en aguas bolivianas”,—le preguntó.—“Maniobras”,—le contestó el plenipotenciario.—“Mañana saldrá la nuestra, también a hacer maniobras en las mismas aguas”,—le contestó don José.

15 de agosto.

No es que Reynaldo Chacaltana no quiera ir a Chile, sino que al Perú, por ahora, no le conviene acreditar ministro en Santiago. Yo que acaricié la esperanza de ir con él, estoy pensando conseguir algo en la Argentina, donde se encuentra desde Mayo don Manuel Irigoyen como encargado de negocios. Mis trabajos están muy adelantados. Si se realizan mis deseos, efectuaré mi viaje por el Estrecho de Magallanes, y como el vapor demora algunos días en Valparaíso, mis anhelos de ver a Teresa se convertirán en realidad.

Siéndome imposible confesar la causa que me anima a viajar por el sur, he simulado al tío Jerónimo un entusiasmo por la carrera diplomática que no llego a sentir. Le gustan mis tendencias, me oye con agrado; pero teme que me falte perseverancia.

—Es condición precisa en el diplomático,—me ha dicho,—vivir fuera del país no por uno ni dos años, sino por muchísi-

mos más. Mientras te falte tiempo de servicios y lo menos la edad de Cristo, imposible será que te nombren ministro. ¿Tendrás paciencia para esperar? Por lo demás, tienes condiciones para la carrera. Eres ilustrado, hombre de letras, juriscónsulto, conoces el francés, no te falta don de gentes, tampoco maneras elegantes. Tu figura y tu romanticismo te servirán para conquistar el corazón de las mujeres, quienes por ser indiscretas, si te aman, te contarán los secretos de cancellería.

Esto pasó hace cinco días. Hoy le he vuelto a ver. Le he hallado de buen humor y comunicativo.

—Tu viaje es un hecho,—me ha dicho. —Hay pliegos importantes que llevar a Buenos Aires. Pardo quería confiárselos a un militar; posiblemente al mayor Lizárraga, el mismo que trajo de La Paz un acuerdo firmado entre el Perú y Bolivia. Manuel Marcos Salazar le convenció, con las buenas razones que le dió, de que el hombre para el caso eras tú. Los papeles que vas a conducir son de una importancia extrema. Contienen secretos de Es-

tado de grandísima trascendencia. Si los perdieras, si te los robaran, no te quedaría otro recurso que pegarte un tiro. De aquí el empeño de Pardo de enviarlos con un militar. Desde el momento en que te los confíen, es menester que te los cosas a la ropa y que no intentes desembarcar en ningún puerto peruano, menos en chileno, y de ninguna manera en Valparaíso.

Se sonrió, viendo la cara de espanto que posiblemente debí poner. Buscó comodidad en su asiento, y después de largo rato de silencio me dijo:

—Ni tu edad ni tus estudios te han permitido seguir de cerca nuestras cuestiones internacionales. Viviendo en la serena altura del derecho, en el apacible campo de la literatura, has consumido los primeros años de tu juventud. Eres ya un hombre, piensas dedicarte a la carrera diplomática, y menester es que te orientes en las controversias de nuestra vida vecinal, a fin de que conozcas las tendencias conquistadoras de Chile, las indecisiones de Bolivia, la nulidad del Ecuador y las negligencias argentinas.

Profundiza tus conocimientos en estas materias, para que te des cuenta de la necesidad en que estamos de salirle al encuentro a Chile, antes que se engrandezca apoderándose del litoral boliviano, tal vez de la Patagonia, para entonces, preponderante y robusto, lanzarse sobre nosotros a disputarnos la supremacía del Pacífico, hasta hoy en nuestras manos desde que Pizarro fundó el reino del Perú.

Hizo una pausa y continuó:

—A fin de que conozcas algo de su historia, debo decirte que, desde 1843, ese pueblo no hace otra cosa que mirar al norte. Existe entre los grados 22 y 24 un desierto llamado de Atacama, rico en minerales de plata y en nitratos. El descubrimiento y la explotación de Caracoles le avivó aún más la codicia, la existencia de caliche en Antofagasta y otros puntos, le ha sacado el juicio. Melgarejo, en una de sus borracheras, le regaló aquello. Derrocado, y estando Frías en la presidencia en 1871, el congreso boliviano anuló la cesión. Chile, que en pocos días vió derrumbarse su paciente labor

de años, y que creyó ver en ello la influencia peruana, se dió cuenta de lo poco que valen los tratados diplomáticos cuando la fuerza no puede hacerlos respetar, y mandó construir en Febrero de 1871, dos poderosos blindados. Qué impresión produjo esta actitud guerrera y provocadora en el gobierno de Balta, es lo que hasta ahora no puedo saber. Hay quien dice que se acordó en Consejo de Ministros pedirle a Dreyfus dinero para la construcción de una nave de superior artillería a las que construye Chile. Lo único que me consta sobre el particular, es que el 2 de Agosto de 1872, día en que Pardo subió al poder, la quilla de esa nave no había sido puesta, porque, ni en presupuesto ni fuera de él había dinero para tal gasto; y que en esa misma fecha, los de Chile tenían ya diez y siete meses de trabajo. Tiene Pardo cerca de un año en el poder, y hasta ahora, no hay nada que tanto le preocupe como la celeridad con que en Inglaterra se construyen aquellos blindados. Cada uno de ellos tendrá seis cañones: el *Huascar* no tiene sino dos del mismo calibre, y por

tal causa, la pérdida de nuestra supremacía en el Pacífico pronto será un hecho. Esta no es mi opinión: es la de los marinos, a quienes Pardo reunió para que lo ilustraran.

Guardó silencio el tío un rato. Púsose muy serio; fijó los ojos en mí, y al fin me dijo:

—Las revelaciones que te acabo de hacer, poco más o menos pertenecen al dominio público; pero las que te voy a referir son de la exclusiva propiedad de nuestra cancillería. Constituyen un secreto de Estado. Con exclusión de poquísimas personas, nadie las conoce. Intentas alcanzar altos puestos en la diplomacia, te juzgo suficientemente dispuesto, y preciso es que te lo cuente todo.

Volvió a guardar nuevamente silencio; en esta vez para arreglar su exposición, y con cierta solemnidad que me causó profunda impresión, me dijo:

—Siempre que en lo internacional se te presenten dudas y quieras resolverlas con acierto, toma como axioma que el enemigo natural y perdurable del Perú es Chile. Vivió a expensas nuestras du-

rante el coloniaje. Es pobre en riquezas naturales, está rodeado de vecinos ricos, no tiene pudor político y si no se le contiene se engrandecerá por medio de la conquista. Sus miradas están dirigidas por el este a la Patagonia y por el norte a las costas bolivianas. Quedarse con la primera es cosa bien difícil, siendo, por lo demás, problemáticos los resultados económicos de la aventura desde que aquel territorio no produce nada, y lo que Chile necesita en el día es algo que le de para vivir, algo que le salve su comercio, actualmente en horrible crisis. Sin cejar en sus pretensiones sobre la parte austral argentina, resueltamente se ha lanzado hacia el norte. El descubrimiento de las minas de Caracoles y más tarde la existencia de salitre en Solar del Carmen y en otros puntos le tienen enloquecido. Pertenecen estas riquezas a una nación débil, escondida detrás de los Andes, anarquizada, cuyos gobernantes viven sin contacto con el mundo civilizado. No hay comunicación entre Sucre y Antofagasta. Los pocos soldados que guardan el litoral atacameño, pasan desar-

mados por Arica con permiso del Perú. Tiene aquel desierto doscientas leguas de largo. Chile lo encontró despoblado y en lo industrial lo ha hecho suyo. La soberanía que no está apoyada en cañones, ahora, no es tal soberanía. Bolivia, en su costa, se halla en esta condición, con el aditamento de que su administración en aquel litoral está en manos de gentes venales y alcohólicas, a disposición de las grandes compañías chilenas de salitre. Si el Perú no tuviera escuadra, ya el pabellón de Chile flamearía hasta el Loa; pero la tiene y la tiene en actitud hostil. ¿Te explicas ahora, por qué y para quién nuestra vecina del Sur está construyendo en Inglaterra dos poderosos blindados?

Me limité a contestarle afirmativamente con la cabeza.

—Si en Europa hubieran blindados en venta, nada más fácil para superar el futuro poder de Chile, que a fuerza de sacrificios pecuniarios comprar aunque fuera uno de primera clase; pero, por desgracia, no los hay. Siendo azarosa la situación mundial por causa del triunfo de Prusia sobre Francia, por las pre-

tenciones rusas y por el conflicto balkánico, no hay nación europea que hoy quiera vender sus buques. Hasta el conseguir quien los construya pudiera ser difícil; y después de todo, ¿qué ganaríamos con tener listos los que mandáramos hacer para los años de 1876 y 1877, cuando los de Chile están ofrecidos, uno para 1874 y otro para 1875? En tan difícil situación, dos caminos se nos presentaron para terminar radicalmente las dificultades provenientes de este embrollo internacional: ir resueltamente a la guerra con Chile y a cañonazos imponer la paz en América y el arbitraje obligatorio para resolver la cuestión soberanía de Atacama; o entendernos con la cancillería de Santiago, y a expensas de Bolivia hacerle a nuestra rival concesiones valiosas, que no signifiquen para los bolivianos adición de soberanía en el territorio en cuestión. Un acuerdo de esta naturaleza hubiera puesto el salitre de Antofagasta en las mismas condiciones en que está hoy el del Perú. Más claro: dos estanques: uno chileno y otro peruano. El primero produciendo un treinta por ciento,

el segundo un setenta. El precio de venta igual y por consiguiente concluída la competencia. Respecto a la equivalencia naval, base y garantía de estabilidad en lo que se pactara, el Perú propondría entregar a Chile la *Independencia* y el *Manco Capac*, a cambio de que nos fuera cedido uno de sus blindados y de que Chile quedara solo con el otro.

—De seguro,—le dije,—que Pardo se decidió por el primer plan.

—¡Qué bien le conoces,—me contestó con calma.—El y Rosas, siendo radicales, obtaron por la guerra. Riva Agüero y yo quisimos buscar solución pacífica en el acuerdo que te he expuesto. Nuestras razones fueron muchas y de peso. Efectivamente: pretexto para ir a la guerra no lo había el año pasado ni lo hay hoy tampoco, y el escándalo internacional, al declararla, hubiera sido mayúsculo. En la discusión, concedimos como cosa segura tener de nuestra parte la neutralidad argentina y boliviana; pero, ¿era prudente contar con la del Brasil en la forma incondicional en que esperábamos obtener la de las cancillerías de Buenos Ai-

res y de Sucre? ¿No nos hubiera pedido el Imperio, concesiones territoriales en el Amazonas a cambio de dejarnos manos libres en el Pacífico? La misma Bolivia, veleidosa como es, viendo nuestros triunfos y comprendiendo que había salvado su litoral de la voracidad chilena para quedar a merced del Perú, ¿hubiera seguido siendo neutral? Además, para que no haya lucha entre dos personas, es suficiente con que una no quiera pelear; y esto podría pasarnos con Chile. Presionado por el Perú, sin medios de resistir nuestro empuje, y en la necesidad de ganar tiempo y esperar en paz la llegada de sus blindados a Valparaíso, ¿no se hubiera avenido a satisfacer nuestras exigencias, entre ellas, la demanda de someter a arbitraje las cuestiones con Bolivia? Colocado en el peor de los casos y estrechado por nuestro *ultimatum*, ¿no hubiera buscado la mediación del Imperio? ¿Y cómo desoír al Brasil? Fueron tan convincentes mis argumentos en contra de la guerra, que exceptuando a Pardo y a Rosas, las demás personas que asistieron a Palacio para tratar de tan

interesante asunto, estuvieron por el aplazamiento de la cuestión. En cambio, no tuve suerte al defender mis opiniones. Por más que hice, no me fué posible convencer a nadie de que la única manera de quitarle a Chile uno de sus blindados era la de transar con él; mucho menos, persuadirles de que las conveniencias políticas están por encima de los ideales nacionales y de los sentimentalismos populares; que el americanismo tiene su límite, y que siéndonos necesario quitarnos de encima un enemigo poderoso, nos es lícito abandonar a Bolivia a su propia suerte; que los redentores salen crucificados, y que es de sentido común entenderse con la nación fuerte y no con la débil, la que, por su propia debilidad, debía ser sacrificada. Tampoco me fué posible probar que Rosas no tenía razón, cuando afirmó que Chile, en posesión de la riqueza de Atacama y de la actitud pasiva del Perú, atacaría y vencería a la Argentina, para después acometernos y quitarnos las salitreras de Tarapacá. “Mereceríamos la execración nacional—” añadió Pardo,—si consintiéramos en

“ que Chile, sin disparar un tiro y con
“ la anuencia del Perú, se quedara con
“ las riquezas del litoral boliviano. La
“ opinión pública se levantaría contra
“ nosotros y en masa acusaría al partido
“ civil de cobarde. El militarismo haría
“ más: nos trataría como traidores. Por
“ algo menos que esto, derrotó Prado a
“ Pezet. Hasta ahora hemos conservado
“ en nuestro poder la preeminencia que
“ en el Pacífico nos dejó España cuando
“ nos proclamamos independientes. Nos
“ fué suficiente mandar al *Huáscar* y al
“ *Chalaco* en actitud resuelta a Mejillo-
“ nes, para que toda la escuadra chile-
“ lena se retirara a Valparaíso. Pretender
“ dividir esa supremacía, ceder parte de
“ ella, es declararse impotente. Nosotros
“ o ellos. La paz o la guerra. La primera
“ ofrece para nosotros grandes inconve-
“ nientes; la segunda, es una aventura,
“ gruesa, todo lo gruesa que Uds. quieran,
“ pero que tiene una posibilidad, y esta
“ es la de acabar con Chile para siem-
“ pre”.

El tío hizo un paréntesis.

—Permítame que me detenga en este

punto de mi narración, sobrino mío,—me dijo,—para preguntarte, ¿de qué lado hubieras estado en esta controversia, si en ella hubieras tomado parte?

—Del lado de la guerra—le contesté con entusiasmo, sin vacilar un instante.

Me miró con sorpresa, y con amargura me dijo:

—A ella iremos.—No te quepa la menor duda.

Hizo una pausa, después de la cual siguió diciendo:

—¡Qué nos importa Bolivia! ¿Acaso sacrificándonos por ella podemos evitar el que sea hoy y siempre una nación que no ha debido existir, un semillero de diferencias y rivalidades entre los pueblos limítrofes? Bolívar nos hizo el daño de crearla. Desde entonces, ha pasado medio siglo; y qué amarga experiencia tenemos de su vida internacional.

Viendo que no le interrumpía, volvió a su primitiva narración.

—Este era el estado de nuestra política exterior en el continente, cuando en Diciembre de 1872, se nos presentó en Lima, con el carácter de Enviado Extra-

ordinario en Misión Especial, don Juan de la Cruz Benavente, quien, en una conferencia que tuvo con Pardo y Riva Agüero, les manifestó que la Asamblea de su país había autorizado al Presidente, por medio de una ley, para que Bolivia solicitara la alianza del Perú. Con este motivo, Pardo, nos volvió a reunir. Con habilidad extrema y sabiendo que la mayoría de sus oyentes era pacifista, nos presentó la alianza como un medio de evitar la guerra. “Bolivia, nos dijo, firmará lo que
“ nosotros querramos. Teniéndola de
“ nuestro lado, fácil nos será conseguir
“ la adhesión argentina. Unidas las tres
“ naciones y resueltas a pelear con Chile,
“ sus marinas, y sus ejércitos serán invencibles. La cancillería de Santiago se
“ dará cuenta del formidable poder de la
“ coalición, y sin fuerza económica ni
“ militar para resistir su empuje, le será
“ forzoso renunciar a quedarse con toda
“ la Patagonia, necesario aceptar el arbitraje con Bolivia y obligatorio finiquitar el contrato que tiene hecho con
“ una casa inglesa, para la construcción
“ de sus blindados. En éstas cuestiones—

“añadió,— los intereses del Perú son pu-
“ramente morales y políticos. Las pre-
“tensiones de Chile constituyen una ame-
“naza constante para la paz de América;
“y el Perú, como país fuerte, es el lla-
“mado a mantenerla, estrechando las re-
“laciones con los países pacíficos de Amé-
“rica para imponer una valla insuperable
“a esas veleidades de política prusiana”.
Las palabras de Pardo tuvieron casi uná-
nime aceptación y el plan fué aprobado.

Tres meses después, el tratado de alian-
za era un hecho. Firmado por Riva
Agüero y Benavente y sometido al Con-
greso, mereció su aprobación. Don Mo-
desto Basadre fué el único representante
que votó en contra, dando para ello ra-
zones de interés local. Riva Agüero, es-
tuvo feliz en su discurso. Pintó con cla-
ridad la situación internacional, y puso
en evidencia la alevosía de Chile. Sus
revelaciones impresionaron a los repre-
sentantes y el pacto con Bolivia quedó
aceptado. Cinco son sus conclusiones: ga-
rantizarnos la integridad del territorio,
tener facultad para pedir modificaciones
en las leyes que Bolivia de en ejercicio

de su soberanía, pedir la adhesión del tratado a otras naciones, hacerlo secreto, y lo que fué obra mía y que es muy importante, hacer la alianza únicamente defensiva, reservándonos el derecho de decidir si hay en la ofensa motivo para intervenir con la fuerza. No obstante que la Asamblea boliviana autorizó a Frías para aceptar todas las condiciones que el Perú quisiese poner en el tratado, ha sido conveniente, para darle mayor fuerza, hacerlo ratificar por los legisladores de aquel país. Nos falta ahora la adhesión argentina. Para conseguirla, ha partido para Buenos Aires don Manuel Irigoyen. Debiendo ella ser pedida conjuntamente por Bolivia y el Perú, y no teniendo el primero de estos países representación en el Plata, Aníbal Latorre, que se encuentra de encargado de negocios en Sucre, ha conseguido de Baptista, el Ministro de Frías, que nombre a Irigoyen Ministro de Bolivia en la Argentina. En Palacio esperan estas credenciales de un día a otro.

25 de agosto.

He vuelto a tener carta de Teresa. Su tono airado me ha sorprendido. ¿Qué le habré dicho en la mía para que así me conteste? El despecho que me produce su frialdad, mi decidido propósito de no descubrirle mi amor, son causa de que a veces me exprese mal. Agrego tanto a mis cartas al ponerlas en limpio, que para referencias de nada me sirven los borradores. En adelante tomaré copia completa de lo que escribo.

Teresa me dice:

Querido López:

Su carta me ha hecho reír. Ella me pone al corriente del concepto que se formó Ud. de mí en Yura. Todo hubiera creído, menos, que me tuviera por romántica y extravagante. Juzgándome así, mi persona debe de haberle servido de divertido estudio.

Cuando Ud. me conoció estaba en la transición de niña a mujer. Principiaba

a ver el mundo, raciocinaba sin experiencia por motivo de mi estricta educación: no sabía comparar. Me había puesto pesimista. Anteriormente, solo conocía lo bueno. Veía todo con los ojos de la inocencia y la realidad me causó un efecto desastroso. La sociedad me parecía una farsa insoportable. El hombre me repugnaba: lo veía vulgar y en esfera inferior a la mujer. Por eso mis simpatías por Ud. y por el señor cura de la Calera, que me parecían salir un poquito de lo común. Me ha conocido Ud. en ese estado, en esa transformación, y seguramente me cree la misma..... Ya es tiempo de que deje sus burlas y escriba con seriedad.

Su carta me anuncia su deseo de hacer un viaje a Chile. Todos tendremos gran gusto en verle. Ya estamos en nuestra casa, y ella será honrada con su presencia.

¿Sigue Ud. tan ameno en sus narraciones? Si quiere conservar la estimación que Blanquita, papá y yo le tenemos, traiga mucho que contarnos. Vea que es poco lo que se le exige.

Dígame algo de su vida. Esto haría su correspondencia interesante. No se limite

a burlarse de mí, lo cual es poco caritativo y menos digno de Ud. Veo que está lleno de ocupaciones, que escribe para varios periódicos. Ojalá decidiese su viaje pronto para que le divirtiéramos un poco.

Papá recibe diarios de Lima. En adelante los revisaré para leer sus artículos.

Le suplico que rompa mis cartas después de haberlas leído. Si cayeran en manos extrañas las juzgarían muy libres para una niña. Hay que evitar la crítica y no desestimar el juicio de los demás, cuando éste puede ser justificado. La vida en Arequipa y Valparaíso me ha sacudido un poco de las costumbres santiaguinas y de la manera rigurosa con que acostumbran juzgar en esa ciudad.

Todos le mandan recuerdos. Esperamos tener el gusto de verle pronto. Crea en la sinceridad de su amiga.

Teresa.

Carta tan confidencial ha influído como un sedante en mi carácter y en mis ideas. Como por ensalmo, sus quejas han aplacado las efervescencias y los pesimismo

de mis anteriores días. La serenidad y el reposo han vuelto a mi alma. Estoy en vísperas de verla, de hablar con ella, de oírla, y esto más que nada, alienta y satisface las esperanzas de mi corazón.

Mi viaje a Buenos Aires es un hecho. He sido nombrado secretario de segunda clase. Me han dado seis meses de sueldos y gastos de movilidad. Manuel Marcos Salazar me ha conseguido este puesto. Es admirable el talento que pone en juego para obtener de Pardo, sin molestarle, lo que quiere para sus amigos. Es un hombre hábil, de carácter y de convicciones. Su fe en Pardo no tiene límites. Nada le discute, y estaría dispuesto a dar por él hasta su vida. Tiene entrada franca a sus habitaciones. Edecanes y ayudantes le conocen y le dejan pasar cuantas veces quiere. Deseaba dar las gracias al Presidente por mi nombramiento, y él en persona me llevó a su presencia. Solo y sentado sobre amplia butaca, le encontramos en su despacho, leyendo uno de los numerosos expedientes administrativos que tiene sobre su mesa. Se dió cuenta de nuestra presencia, y después

de saludar con familiaridad a Salazar, me dió la mano.

Hace dos años que le conozco; y ahora que está de Presidente, a menudo le veo a las cinco y media de la tarde por el Portal, cuando a pie y en la única compañía de un edecán se retira a su casa. Es el primero de los presidentes que descuida el ceremonial y la escolta, causando halagüena impresión el verlo, a poco de su exaltación al mando, departir amigablemente con sus amigos en el Club de la Unión. Estando de candidato, me lo presentó Reynaldo Chacaltana, una mañana que llegó a “El Comercio” en busca de don Manuel Amunátegui.

Desde aquella ocasión, en ninguna otra, excepto en la de ayer, cúpome en suerte tenerle de cerca por largo rato. Me fijé en él y con sorpresa noté que escasas canas asomaban por en medio de sus negros cabellos, y que algunas arrugas se delineaban en su blanco, terso y muy lleno rostro. Siendo alto, grueso, y de facciones marcadas, sereno y reposado, aparentemente representa más edad de la que tiene. En cambio, su animación es

signo manifiesto de una alma joven, en la plenitud de sus aspiraciones y de sus esperanzas. Su pelo, bigote y pera son negros; aquel, abundante, ondeado y formando bucles encima de las sienes y por detrás de la cabeza; ese, espeso, puntiagudo y retorcido en las extremidades; ésta, dejando ver lo grueso de su labio inferior. Tiene las cejas, y aun más la de la derecha, muy caídas sobre las largas pestañas que sombrean sus pequeños ojos. Naríz correcta, frente amplia, boca pequeña, y pescuezo corto. Lleva cuello volteado, corbata negra angosta y chica. Jamás le he visto con ropas de color: usa siempre levita negra y pantalón oscuro. Naturalmente, *tarro*.

Es hombre de superioridad natural, de educación exquisita, de singular cultura y distinción. Imposible es oírle sin participar de sus entusiasmos, sin sentirse atraído por él. Y todo esto lo consigue sin esfuerzo, sin cambiar el tono de la voz, sin alterarse, sin fijar siquiera la mirada en la persona con quien habla. Es casi un fascinador. Sabe hacer de la voluntad de los hombres lo que quiere. Sus

propios enemigos salen transtornados después de oírle. Dudo que haya una fisonomía más imponente y más simpática, que revele mayor ecuanimidad y un equilibrio más completo de todas las facultades. Es imposible mostrarse reservado con él. A los diez minutos de entrevista no hay manera de ocultarle nada. Su voz sonora y vibrante llena el oído y deja favorable eco en el corazón. Con estas cualidades, difícil es discutir con él. Interesa, avasalla y hasta conmueve. Casi siempre hay que darle la razón, porque, por lo menos, aparentemente la tiene. Y como por su alta investidura no es posible insistir con tenacidad y hasta con majadería, únicos medios que puede uno emplear para reducirle, por lo regular, impone sus ideas. Todos le buscan, todos se creen honrados en su presencia. No hay quien deje de oírle cuando habla, ni quien de plano le contradiga una opinión. Siendo aristócrata no se dá con facilidad. Su círculo es estrecho, sus confidencias reservadas para muy pocos. Es disciplinado; a veces rígido. En estos casos, cuando no consiga abrir el corazón y el ingenio, produ-

ce opresión nerviosa. Es tribuno, pero no orador. Su palabra no es fácil, y sus argumentos valen y tienen más fuerza porque son dichos por él. Este hecho revela, una vez más la superioridad natural de que está dotado.

—Irigoyen,—me dijo,—impondrá a Ud. de muchas cosas. Le recomiendo discreción e inteligencia. Hágase amigo de la juventud argentina. Digan lo que quieran, el sentimiento gobierna el mundo. Son Uds., los muchachos, los que con sus entusiasmos y sus discursos mueven las masas, y en último término, dominan la situación.

Me cree ignorante de cuanto ocurre en relaciones exteriores, y se limitó a darme consejos. Un padre no lo hubiera hecho mejor.

1.º de setiembre.

He concluído mis despedidas. Me embarco mañana. Todo lo tengo listo.

Nunca he pasado las fronteras de mi país, y hoy que me hallo en vísperas de hacerlo, soy juguete de mi loca imaginación. ¡Vivir en otra república! ¡ser llamado extranjero!.....¡Cuánto orgullo y curiosidad despiertan en mí este ansiado peregrino cambio!

Me doy cuenta de lo que ello significa, por la impresión que mi viaje ha causado en mi padre y en mis tíos. Hasta ayer todo fué alegría. Ven con agrado el honor recibido, y de corazón me dieron la enhorabuena. Hoy, que estoy listo a partir, les encuentro afligidos, llenos de solicitud, colmándome de recomendaciones. La tía abuela me ha dado muchos abrazos, todos ellos muy afectuosos, muy sentidos. En estos días de tribulación es cuando más recuerda a mi madre, su sobrina predilecta. Me sentó a su lado sobre un taburete de seis pulgadas de alto, en que coloca su costura, y obligándome a reclinar la cabeza sobre su regazo, juntos derramamos nuestras lágrimas. Le hablé de lo corto que sería mi viaje; cuando más de tres meses, y esto la serenó.

—Me aflige el pensar,—me dijo,—que

podiera no volverte a ver. A mi edad se vive de milagro. Un cólico, una pulmonía, es para una anciana cuestión de horas.

Traté de consolarla.

—En el primer cajón de mi cómoda, sobriño mío,—continuó,—tengo la plata que servirá para mi entierro. ¿Cuál es la persona que hablando de mí, no hace alusión con toda naturalidad a mi próximo fin? Todos esperan verme morir. Yo misma, sin quererlo, en mi propia conversación, me refiero a este término fatal. Por fortuna, ello, ni me entristece ni me amarga la existencia. De Dios vine, a Dios voy. ¡Hágase su santa voluntad!

La supliqué que no continuara por este camino, que me hacía daño. Su sobrina Flora, o sea mi tía Flora, entró apresuradamente a la alcoba en que nos encontrábamos. Ligera y habladora como es, pronto nos distrajo con los encargos que me hizo. Miel de palmas, alfajores, chicha de vino; no sé cuántas cosas quiere que le traiga de Chile.

No pude ver al tío Jerónimo en su es-

tudio, y ya tarde, a las cinco, le encontré en el Club Nacional.

Dejó a sus amigos, me llevó al balcón que da a la plaza de Armas, me invitó a sentarme y haciendo él lo mismo, repaso los consejos que para mi viaje me tiene dados. Por primera vez me habló de lo que es el Cuerpo Diplomático en América.

—Son hombres improvisados,—me dijo, refiriéndose al personal,—llenos de pretensiones, aunque en su mayoría distinguidos por su abolengo. Muy serios, muy soberbios, vistiendo bien, generalmente no hablando idiomas, casi todos los ministros carecen de talento y hasta de ilustración. Su fuerza está en no hablar, y cuando se ven obligados a ello, no decir rotundamente, sí, ni tampoco no. Algunos, siendo pobres, se dedican a guardar sus sueldos para tener con que comer el día que los destituyan. Otros, siendo ricos, hacen vida mundana, y se esclavizan visitando a diario. No faltan quienes se dedican a leer y escribir; pero estos son los menos. No muestres erudición, no reveles tu talento. Te aborrece-

rían. Adúlalos, y conseguirás lo que quieras de ellos.

La comida en casa ha sido triste. ¡Cuánto me quiere el tío Enrique y su esposa! Mi padre fué el más sereno. Guarda sus penas para mañana. Ya le veré a bordo, llorando como un chiquillo, como pasó la vez pasada que partí para Arequipa.



VALPARAISO

10 de setiembre.

Qué largo me ha parecido el viaje. Hemos tocado en Islay, en Arica, en Iquique y en Coquimbo. Es el *Cordillera*, un magnífico transatlántico de tres mil doscientas toneladas. En mi vida he visto buque más grande. En él he salido del Callao, y en él arribaré a Montevideo. Ayer hicimos escala en Valparaíso. Aquí deben darnos carga y carbón.

En una correspondencia que envió a *El Nacional*, doy cuenta de las impresiones de mi viaje. En ella describo la vida agonizante de Islay. ¡Qué crueldad haberle criado un puerto competidor a seis millas de

distancia! Algo digo de Arica, de su hermosa bahía, de su Morro y de su activo comercio. Arica es la única salida que tiene Bolivia para comunicarse con el mundo. La aduana y la iglesia están en construcción. Al hablar de Iquique, paso sobre él como por encima de una ascua. La protesta chilena contra el estanco del salitre ha encontrado eco en la *pampa*, siendo el elemento peruano el más rebelde a su cumplimiento. Algo que llama la atención y que lo he consignado en mi artículo, es la atracción que Chile ejerce en los negocios de Tarapacá.

Quince salitreros, siete de los cuales son compatriotas y el resto ingleses y alemanes, tomaron en Iquique el vapor que me conduce. Vienen a Valparaíso en busca de nuevas habilitaciones. ¿Por qué no se las dan en Lima? Alegres, divertidos, gastadores, y, en su mayoría, jóvenes, casi todos son entusiastas por la *remolienda*. He amistado con ellos, en especial, con un mozo animado, bromista, ameno, inteligente, nacido en Arica. No tendrá más de veinticuatro años. Es hijo de padre argentino y de abuelo inglés. Se llama

Guillermo Billinghamurst. Fué secretario de los salitreros tarapaqueños que bajo la presidencia de don Juan Gildemeister, conferenciaron en Chorrillos, en Febrero de este año, con don Manuel Pardo. Diez peruanos, dos ingleses, dos alemanes y dos chilenos, constituían la comisión. Preparados para el desempeño de ella, me cuenta mi amigo, Billinghamurst, que fueron contundentes e irrefutables las razones que expusieron en contra del estanco. Pardo las contestó todas; pero, ni los convenció ni le convencieron. La última entrevista terminó a la una de la mañana. A esa hora les puso un tren extraordinario para que regresaran a Lima. No se arribó a nada. Los salitreros le pronosticaron el desastre económico. El lo aceptó, añadiéndoles: “Será temporal y causado por el medio chileno en que esa industria se ha formado. Hemos sido imprevisores y estamos pagando nuestra falta. Con una simple hoja de papel sellado, y sin pagar nada, era posible apropiarse de esa riqueza. Pero, ¿acaso, porque comenzamos mal, no hemos de enmendar alguna vez el rumbo?

“Desde 1865 se prohibió denunciar estas
“cas de salitre. Sin embargo, toda la
“pampa está amparada. Se han hecho tí-
“tulos falsos, lo que Uds. llaman *folletos*.
“Todo esto debe tener su término. El gua-
“no y el salitre son riquezas similares y
“para que no sean antagónicas es me-
“nester que estén en una sola mano. Las
“quiero íntegras para el Perú, y llevaré
“a cabo mi propósito por insuperables,
“por terribles que sean las consecuencias
“momentáneas que sobrevengan”.

¡Qué bulla ha causado en el puerto la
llegada de nuestros salitreros! Represen-
tantes del alto comercio, agentes de ho-
teles, fleteros y hasta comisionados de ca-
sas de cena, o como aquí las llaman, de
remolienda, se han disputado, aun a bor-
do, el honor de saludarlos y atenderlos.
No es que sean muy ricos y menos millo-
narios, sino que son ostentosos y gustan
divertirse y en ver correr el dinero. Les
he caído en gracia. Tienen el concepto de

que los limeños son afeminados. Entienden por esto no comer, no beber y no *mujerear*—como ellos dicen—en la forma en que acostumbran hacerlo. Tanto por dejar bien puesto el nombre de la ciudad en que nací, como por corresponder sus manifestaciones de afecto, ayer almorcé con varios de ellos. No solamente comieron y bebieron de lo mejor, sino que uno de ellos, Carneiro, le pegó a los sirvientes, y rompió en el comedor cuanto estuvo a la mano y ahuyentó a los comensales del hotel. Qué rara manera de divertirse, y que paciencia la del dueño, quien se resarcirá del disgusto haciéndose pagar el doble de lo consumido y de lo roto. Guillermo Billinghamurst es el más agradable de todos, no siendo menos Alfonso Ugarte, Zavala, Loayza, Mendizábal, Pascual, Vernal y otros cuyos nombres no recuerdo.

En Valparaíso hay prevención contra Pardo, pero no contra los peruanos. La gente chilena nos quiere, nos agazaja, nos brinda su amistad. Es cierto que aquí no hay quien gaste como gastan nuestros compatriotas. En los hoteles, en las can-

tinias, en las tiendas de comercio, los *cholos*, como nos llaman, saben portarse.

Con el pretexto de regresar al *Cordillera* para buscar mi abrigo, me separé de mis amigos. Me dejaron ir porque tenían que ocuparse en sus negocios de salitre. Al separarnos, me invitaron a comer para las siete. Necesitaba ver a Teresa y al fin conseguí mi propósito a las cuatro de la tarde, después de afeitarme, de cortarme el pelo, de bañarme y de arreglarme la faja en que llevo los papeles secretos que me dió Riva Agüero, todo lo cual, lo he hecho en una peluquería.

El señor Cortés conocía mi llegada. Me buscó infructuosamente en los hoteles; y con gran suerte mía, me encontró en la calle del Cabo.

—Cuánto me alegro de volverle a ver,— me dijo, dándome un apretón de manos.

La emoción de su voz y la expresión de su animado rostro, no me permitieron abrigar duda alguna respecto a la sinceridad de sus palabras.

En menos de cinco minutos, después de haber subido una colina bastante escarpada, recorrimos una avenida muy her-

mosa y llegamos ante una casa rodeada de jardines. Franqueamos la reja que da a la calle y me encontré en el hogar de Teresa. Esta, ataviada ya para la comida, salió a recibirme. Su buena acogida me hizo comprender el entusiasmo que le causé. Personalmente me condujo al saloncito que sirve de escritorio. Allí encontré a Blanquita en compañía de una amiga que me fué presentada. Sea porque está algo crecida y ya casi una señorita, sea por hallarse delante de una persona de etiqueta, no se echó a mis brazos.

—¡López!—exclamó,—¿Cómo está? Le ha escrito a mi hermana y a mi ni una línea. ¿Por qué es tan arisco conmigo?

—Supongo que se quedará ocho días con nosotros,—me dijo Teresa.—El *Magallanes* pasa el miércoles entrante para Montevideo, y en la agencia le hacen válido el pasaje para cualquier vapor. Si es su deseo, puede quedarse en Valparaíso un mes y hasta conocer Santiago.

Le contesté que lo pensaría.

Teresa se empeñó en mostrarme la casa. Los ruegos de su abuelo para que pospusiera su propósito para otro día, fue-

ron inútiles. Blanquita fué de la misma opinión de su hermana. Acompañada de mis tres amigas lo recorrimos todo.

—Este *chalet* fué edificado por un inglés, —me dijo Teresa.—Ni en Arequipa ni en Santiago tienen noticia de esta clase de construcción. Posiblemente en Lima tampoco. El estilo es campestre. Como Ud. ve, todo está rodeado de jardines, sin que falten algunos árboles.

Efectivamente, encontré novedad en el estilo. Solo en Miraflores he visto algo que se le asemeja en algunos *ranchos*, recién construídos. El pórtico y los balcones son bastante pintorescos; pero mucho más aún, las cortinillas de lona listada que defienden los interiores de los rayos del sol. Por el vestíbulo, que es más largo que ancho, tienen entrada, el salón, el comedor, el escritorio y el cuarto de Teresa. El mueblaje del primero es inglés y su estilo pesado. Plantas, flores y objetos de arte de la escuela italiana, le dan relativa vida.

Teresa me condujo a su cuarto. La entrada a su alcoba me produjo una impresión que nunca podré describir. ¡Qué her-

mosa vista se observan por las ventanas abiertas! Por un lado, una ramada cubierta de rosales; por el otro, y a distancia, la bahía, sus buques, la límpida línea del horizonte. El papel claro y las preciosas acuarelas traídas de Europa, forman un conjunto risueño y armonioso. Su cuja estrecha, de roble, su mesita escritorio y sus demás muebles de la misma madera, son del estilo renacimiento. Sobre las dos cómodas, vistosas flores, y en las rinconeras estantes con numerosos libros. Entre los detalles, noté los retratos de sus padres, una estatuita de San José y algunos cuadros religiosos. ¡Qué estancia más ecantadora!: por la mañana los rayos del sol que nace, por la tarde el espectáculo del poniente, en la noche el aroma de las trepadoras madreselvas. ¡Cuánta poesía!

La cocina, la lavandería, los cuartos de los criados, hállanse afuera, y han sido objeto de mi inspección. El hornillo de la primera y el depósito que suministra agua caliente me sorprendieron siendo la primera vez que los veía.

Aquí oscurece más temprano que en

Lima, y a las cinco y media fue necesario encender luz. A las seis nos sentamos a la mesa. El mantel de finísimo hilo, estaba adornado al centro con rosas y violetas. Frescas, fragantes y vistosas, su presencia atenuaba la pesadez del plaqué inglés. La redondez de la mesa y la falta de cabecera, dieron a la comida un carácter deliciosamente familiar. Yo quedé al lado de Blanquita y de su amiga y en frente de Teresa y de su abuelo. La sobremesa fué muy larga. Todos querían oírme, en especial el señor Cortés. Síguele entreteniendo hablar del Perú. ¡Cómo le fascinan las cosas de Pardo! Le conoce, es su amigo, y con interés pregunta por él. Es exigente, y hay que entrar en los pormenores de todos los sucesos. Quiso que le expusiera el estado de nuestra vida política, y a grandes rasgos le complací. Las tres señoritas oían con interés. Traté de estar agudo en el concepto, elegante en la dicción.

—Estamos—dije—en el período más complicado de nuestra reorganización política, administrativa y económica. Acostumbrados a las luchas de la fuerza y al

dominio absolutista del caudillaje, sin la educación que nos hiciera aptos para las campañas de la libertad, adormecidos entre los goces de una opulencia descontada a las generaciones del porvenir, hemos vivido solo en el presente, dejando que nos sorprenda la hora de las angustias cuando necesitamos hacer frente a todas las resistencias que han venido acumulando los desaciertos del pasado. Estamos irremisiblemente obligados a cambiar nuestra vida indolente y pródiga de ayer por las fatigas del trabajo; nuestros dispendios por la más severa economía; nuestra impaciencia por la más tranquila resignación; nuestros dolorosos, pero ya habituales extravíos, por el orden más perfecto e inalterable. Y este largo programa de virtudes cívicas, de consagración al bien público, se nos impone en la forma de una alternativa que debe alarmarnos intensamente, porque uno de sus términos es la renovación inevitable de nuestras históricas desventuras. De la vida artificial que hemos llevado, tenemos que pasar a la vida real. Hemos heredado ruinas, y pluguiera a Dios que solo fueron

ruinas para reconstruir el edificio desde sus cimientos. Pero si en el cuadro de nuestra actualidad hay colores sombríos, capaces de apagar el entusiasmo de los que quieren ver realizadas todas sus esperanzas a la mitad de la jornada, hay también muy claros que harían renacer más ardiente ese entusiasmo. Nuestros legisladores han clausurado sus sesiones a principio de Mayo, dejando la opinión pública armada por medio de la guardia nacional, dejando triunfante la libertad de imprenta, iniciada la autonomía municipal, habiendo puesto una semilla aunque pequeña en la emancipación del feudalismo burocrático y dando una ley de amnistía amplia, generosa digna del poder formidable de que dispone el régimen civil.

—¿Sigue siendo tan grande la fuerza de opinión que acompaña a Pardo?—me preguntó el señor Cortés.

—Es el pensamiento—le dije,—es el respeto, es la conversación y la admiración de todos en el Perú y aún de muchos fuera de él. Existen seres que lo arrastran todo a su esfera de atracción sin

pensarlo, sin quererlo y hasta sin saberlo. Tienen, como los astros, un sistema y saben hacer gravitar a su alrededor las miradas, los pensamientos, los anhelos como si los demás fueran satélites. Uno de estos hombres es Pardo. Su voluntad se hará no solamente en el Perú sino también en la América del Sur.

—Sí,—dijo a secas por lo bajo el señor Cortés, con la pesadumbre de un hombre a quien se le arranca una confesión dolorosa. Quedó mudo por algunos instantes, y levantando los ojos, con la viveza de quien encuentra una solución, dijo, casi absorto, como si hablara solo:

—Tendremos que entendernos con él.

11 de setiembre.

¡Qué día tan memorable y tan hermoso el de ayer! Me despertaron los rayos de un espléndido sol naciente. Estamos en primavera; pero en una primavera de verdad, como nunca la vi en Lima. Allá

no hay sino dos estaciones: la de invierno y la de verano. Aquí hay cuatro.

El tiempo es fresco, sin ser frío; se presta a la elegancia y al abrigo. Me puse mi *polonesa* negra, y combinándola con pantalón color crema de bocas tan anchas que casi cubren los botines de charol, con corbata rosada, guantes oscuros y sombrero de *copa*, salí a la calle. Aquí hay mucho lujo: soy un diplomático y como tal debo vestir.

He sabido que encuentran afeminado llevar la raya del peinado al medio y cuellos abiertos que permiten lucir el nacimiento del pecho. En Lima, esto es moda: no siéndolo en Chile, he comprado nuevos cuellos y he conseguido que un peluquero me peine con más seriedad.

Blanquita me avisó que en la iglesia del Espíritu Santo se congrega, en estas mañanitas primaverales, lo mejor de la sociedad porteña. En el Perú celebramos el Mes de María, en Mayo: acá en Setiembre. Ello tiene su explicación en el hecho de ser Setiembre en Chile el mes de las flores. ¡Qué profusión de ellas encontré en el altar consagrado a la Vir-

gen!, ¡qué artísticamente colocadas! ¡cuántas luces y cuánta riqueza en el adorno del templo! La imagen de María, moldeada en yeso y pintada por artistas europeos ha costado centenares de pesos. Los templos que he visitado, en realidad no son grandiosos. En comparación, los nuestros resultan soberbios; aunque deficientes en el adorno contemporaneo, en la profusión de modernos detalles, de los que la iglesia del Espíritu Santo es una buena muestra.

Entré al templo cuando la misa había comenzado. Como en Lima, en la derecha las señoras, a la izquierda los caballeros. Las primeras con trajes oscuros, cubriendo la cabeza y el busto con amplios lienzos de seda negra que llaman *mantos*. El altar resplandecía a la luz de innumerables cirios. Las voces del coro eran buenas; mejor todavía las notas del órgano. ¡Qué bello, qué alegre, qué solemne me pareció todo aquello!

Terminada la distribución, aguardé en pie la salida de los fieles. Buscaba a Teresa y al fin la encontré. En su compañía y en la de Blanquita salimos fuera del

templo. Después de corresponder a mi saludo, me pidió la dijera el concepto que me había formado del señor Ramón Angel Jara, como orador. Deseoso de halagarla, se lo puse por las nubes. Quiso presentármelo, y entramos en la sacristía. Numerosas señoras y caballeros le felicitaban en ese momento. Yo y Teresa hicimos lo mismo. Es un señor alto, hermoso, de vibrante voz. Como predicador y cura vicario del Espíritu Santo, goza de gran estima. Me preguntó por el señor Carnicier, por el presbítero Roca, por el padre Cortés y por el obispo Huerta. Les ha oído en Lima. También escuchó la palabra del príncipe de la oratoria sagrada en el Perú, señor José Mateo Aguilar; y modesto como es, el señor Jara, me manifestó su admiración por todos ellos.

Es un orador notable: dispone de grandes recursos para conmover a su auditorio. Necesitaría oírle en un sermón de importancia para conocer los puntos que calza en materia Teológica y en cuestiones de actualidad.

La sociedad porteña de buena alcurnia le quiere y le oye con agrado.

—*Estoy de compras*—me dijo Teresa, después que nos despedimos del señor Jara. Sonriente, viendo que no la entendía, añadió:—Ustedes llaman a esto, *ir al comercio*.

Dejamos la plazuela del Espíritu Santo, y a poco andar, nos encontramos en la calle del Cabo, una de las más comerciales de Valparaíso. Siendo las veredas estrechas, Blanquita, con gran descontento, fué obligada a ir sola por delante. Sus tendencias a que se la trate como señorita son manifiestas. Siempre toma parte en nuestras conversaciones, y aunque en ellas no hay nada reservado ni que la chiquilla pueda dejar de oír, Teresa, que en primer lugar y sobre todo es una muchacha seria y discreta, la aleja cuanto puede de nuestro lado. ❶

Vestía, mi amiga, traje de iglesia. La sencillez del conjunto, por causa del *manto* que la cubría íntegramente el busto dejando ver solo parte de la falda oscura, quitábala la soltura que veo en ella cuando viste de sombrero. Teniendo cubierta la cabeza, apenas veíasela el óvalo de su rostro y parte incompleta de la frente.

Ataviada de esta manera, su perfil resultaba encantador.

Dábame la conversación oportunidad de mirarla. En un momento en que estuvo callada, la dije:

—En Lima, donde una señorita jamás sale sola a la calle y hasta en sus idas a la iglesia tiene que ser acompañada por lo menos por una anciana, qué raro encontrarían vernos juntos en el templo y en las tiendas.

—En todo Chile tenemos la misma costumbre,—me contestó Teresa.—Valparaíso, debido a su cosmopolitismo es la excepción de la regla: y no para todas las chilenas, sino para las que hemos sido educadas en Inglaterra. Quienes viven a la antigua, critican mis libertades. Esta salida que hago en su compañía, me será censurada por mis tías santiaguinas. Las diré, para que me perdonen el pecado, que somos parientes.

—¿Se lo crearán, Teresa?

—Teniendo yo relacionados en Lima y siendo Ud. peruano; ¿por qué nó?

Entramos en un buen almacén. Mi amiga compró guantes, y mientras hablaba

con el dependiente, dediqué mis atenciones a Blanquita.

Salimos a la calle, y por andar, nos fuimos hasta la Estación del Barón.

—¿Se acuerda de Yura?—me preguntó Teresa.

Observé en la animación de su rostro el entusiasmo que le causó rememorar los días pasados en el agreste balneario. Propúseme conocer su pensamiento, y para dejarla hablar me limité a contestarla afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—Fué aquel periodo de tiempo,—me dijo con emoción,— un trozo de existencia intensamente vivido. Supo Ud. conmoverme, dejar en mi alma profunda huella. Tal vez sin pensarlo, consiguió, señalarme rumbos; enseñarme a encontrar en Dios, en la Naturaleza, en la literatura, goces y esperanzas anteriormente no conocidas. Hoy comprendo por qué y para qué la vida merece ser vivida. Los sentimientos religiosos hácenme saborear, ahora, ternuras y consuelos. No quiere decir esto que la sensibilidad haya debido predominar sobre el concepto, sino que el conoci-

miento ha despertado los sentimientos y el afecto.

Hizo una pausa. Pasmado de ver todo lo que me ha aprendido, seguí oyéndola con interés.

—Al fin he sabido comprender y estimar,—continuó— la participación del sacerdote en nuestro camino. ¡Qué bien aprecia él nuestras aspiraciones, nuestras dichas, nuestras penas! Se identifica con ellas, y designa en todo su vigor, la perfección de lo justo, el sendero de la virtud, cuyos atractivos nos revela.

Conmoviose Teresa al expresarse así. Hay en ella afectuosidad y hasta gratitud; pero le falta amor. Rebelde a tan preciado sentimiento, por el hecho de no sentirlo, tampoco lo descubre en el rostro de las personas cuyos corazones arden en su llama.

Cortos instantes permaneció absorta. Abstúveme de interrumpirla. Al fin, saliendo de su ensueño, algo confusa y avergonzada quizá de haberse excedido al mostrarme su corazón, me preguntó:

—¿No me encuentra Ud. cambiada?

Creí ver en su pregunta una insinua-

ción. Por el hecho de no acabarla nunca de comprender, erróneamente supuse que toda aquella disertación tenía por objeto invitarme a que la amara, y entusiasta la dije:

—Razonadora o sentimental, fría o fogosa, tierna o indolente, siempre será Ud. una mujer encantadora.

Sensación parecida a la que el músico experimenta al oír la nota que desafina, sufrió Teresa al darse cuenta del sentido de mis palabras. Si hubiera sido franca, si no hubiera estado unida a mi por una amistad que tanto la obliga a respetarme, quién sabe que brusca respuesta me hubiera dado. Noté contracción en los músculos de su rostro, contracción producida por la deplorable confusión de sentimientos que yo hacía, y posiblemente, ansiosa de traerme al camino de la realidad, casi brutalmente me dijo:

—Me ha salido un pretendiente.

—¿Quién es él,—la pregunté, mordiéndome los labios de rabia, al ver que se derrumbaba la andamiada formada por mi presunción.

—Cucho Martínez Errázuriz.

—Felicitaciones, Teresa,—la dije.—Lo que me extraña,—añadí con ironía,—es que haya pasado Ud. de la indiferencia en que vivía al estado de gracia que la pasión dá, sin más trastorno que el acordarse de Yura.

Vi pasar una oleada de protesta por el rostro de mi amiga. Adiviné que mis palabras la habían llegado a lo vivo.

—Es Ud. muy cruel, López,—me dijo.—No solamente me estudia y se da cuenta de los estados de mi espíritu, sino que todavía me lo echa en cara. ¿Qué culpa tengo yo en no corresponder a Cucho? ¿Es un delito no amar? Me avergüenza y me molesta el que me descubran. Por fortuna, solo hay dos hombres que tengan el poder de penetrar en mi alma: Ud. y mi abuelo.

Algo más tranquila, continuó diciéndome:

—Que él me encuentre el corazón y me lo vea a su antojo, me lo explico. Me ha visto nacer, me oye y me trata a diario; pero, ¿qué Ud. haga lo mismo?....., qué extraño me parece.

—Teresa,—la dije con toda calma:—

a semejanza de lo que pasa con los rayos del sol mucho antes que sus fulgores aparezcan en el horizonte, los rayos del amor se sienten también desde el momento en que este principia a despuntar. Como el astro del día, el amor, aún no brilla, y ya sabe dar luz y calor al corazón. Hay quienes sienten el amor como se siente el frío y el calor; y así como estos agentes físicos entumecen y sofocan, aquel se revela por una intranquilidad, que a veces se cambia en dulce melancolía, muy fácil de descubrir en quienes saben estudiar las manifestaciones de la mujer. Y si todo esto no fuera suficiente, hay aún otro medio para descubrirla en su pasión: verla, sin ser observado, en los momentos en que ora. La casualidad me ha puesto a su lado en el Espíritu Santo, y al contemplarla cuando parecía Ud. más concentrada en sus oraciones, no he visto en el calor de su rostro, en su expresión, ni en su mirada, un solo signo de apasionamiento.

—¿Es un defecto no amar, López?

—No es un defecto; pero es una desgracia.

—¡No la puedo evitar!—exclamó con el mismo desconsuelo con que un enfermo confesara serle imposible obtener la salud.

—¡Qué enfadoso se me hace Cucho,—continuó,—cuando principia con sus galanterías. Y no crea Ud. que le aborrezco. Lejos de eso: le veo venir con placer, le encuentro agradable, me apena su ausencia, le oigo con gusto. Es fino, delicado, discreto. Ya le conocerá Ud. No tiene su talento, tampoco su imaginación; con todo, es un ser agradable y cuando se halla ecuaníme y no está melancólico ni quejoso de mis frialdades, me llena el deseo.

—Quisiera conocerle,—la dije.

—Está en Santiago. No llegará hasta mañana. Es fuerte, sufrido, bueno, muy varonil. Su inteligencia no es viva ni brillante, pero sí sólida y práctica. No sabe soñar: por completo le falta gusto y sentido artístico. Su palabra no es fácil, su estilo pesado. Es un buen mozo, muy rico, muy estimado por todos, y al decir de las gentes, uno de los mejores partidos que hay en la aristocracia.

—¿Y así, ¿no le quiere Ud.?

—Como esposo, no; como amigo, sí.

—¡Muy raro!—exclamé.

El también desea conocerle,—añadió Teresa, sin hacer caso de mi expresión y sin preguntarme porque encontraba raro que no le quisiera.—Conoce nuestra amistad,—continuó.—Ha leído sus cartas, y sin haberle tratado, le admira.

—Y ¿por qué?

—Por lo bien que escribe. Por la facilidad con que sabe Ud. conmover. “Este hombre está enamorado”, me dijo después que leyó su última carta. “¿No será de Ud.?””, me preguntó con desasociego. Me eché a reir. “Si Ud. supiera, le dije, el odio que me profesaba López en Yura al principio de nuestras relaciones, no dijera semejante cosa.

—Teresa—la dije.—¿Cree Ud. que efectivamente la he odiado?

—Sí,—me contestó,—me odiaba Ud.; le era antipática. Por qué, no lo sé. El mérito de nuestra amistad es mío. Soy yo la que le he buscado, la que le he conquistado, la que le he hecho mi amigo, quien le ha conducido por un camino firme, recto, duradero, exento de cumpli-

dos y ridiculeces que a nada conducen.
¿Verdad?

—Verdad, Teresa,—le respondí, conmovido.

Hubiera estado solo en ese momento, con que satisfacción habría dado rienda suelta a mi dolor, ¡cuántas lágrimas mis ojos hubieran vertido! Por que raro medio, Dios la pone en condición de que sea ella misma quien me confiese su indiferencia. Por más que rebusco en mi memoria, no recuerdo otra época de mi vida que al igual de la presente traiga a mis labios tan amargas sonrisas y a mi corazón tanta desventura.

Me he visto con Honorato Alvarez de Acuña, el canciller de nuestro consulado en Valparaíso. Me ha buscado desde que llegué. Al fin, me encontró, mejor dicho, le hallé en su casa. ¡Qué efusivo abrazo nos hemos dado! Honorato escribe con facilidad, tiene chispa; es satírico, ameno y ligero en el estilo. Su semanario tuvo buen éxito. No es mordaz como Ata-

nasio Fuentes, ni pesado como *Modesto* el que escribe en *El Correo del Perú*. Amigos y enemigos del civilismo le han leído con placer. ¡Qué zurras las que le dió a Echenique! ¡con qué finura puso siempre en ridículo a Ureta, cuando era candidato!

Alvarez de Acuña, en edad, me lleva pocos años. Está casado con Juanita Prunier. ¡Cuántas veces le acompañé por las tardes a pasear por delante del balcón de su amada! Ella le quiso desde el primer momento; supo vencer la resistencia de sus padres, y a fuerza de talento y de perseverancia, ganó su felicidad. Es poco lo que ha engrosado. Sigue tan bella como en los días de su soltería. Es una mujer rubia, blanca y sonrosada, con ojos pardos un tanto salidos, nariz aguileña, boca grande y fresca, y fisonomía bondadosa. Honorato es moreno, con rostro pálido, ojos vivos y penetrantes, y nariz protuberante.

Viviendo, hace varios días, entre chilenos y gente desconocida, grato me ha sido pasar algunas horas entre personas que me son amadas desde mi infancia,

que piensan y que sienten como yo. Es menester vivir fuera de la patria, sufrir las nostalgias y las soledades del peregrinante, para tener idea de los consue-
los que estos encuentros proporcionan.

Juanita me ha mostrado sus hijitas, dos lindas criaturas. ¡Con qué gracia contestan que son peruanas, cuando se les pregunta por la nacionalidad! ¡Cómo se acrecenta el patriotismo en tierra ajena!

Alvarez de Acuña me comunicó sus impresiones.

—Es este un medio muy diferente al nuestro,—me dijo.—Estoy bien relacionado y esto me permite observar en las gentes que cultivan la política internacional, la simpatía y la antipatía que nos tienen por el solo hecho de ser peruanos. Las personas que se nos parecen, que como nosotros poseen animación en el carácter, viveza en los ojos, son peruanófilas. Aquellas de rostro frío y duro, de labios gruesos, nos son adversas. Por lo regular, la mentalidad de estas es pobre. Nos juzgan ligeros, revoltosos, despilfarrados, sin condiciones de seriedad para acabarnos de constituir. Nuestra interven-

ción en los asuntos de Bolivia les mortifica. Creen que queremos quedarnos con el desierto de Atacama. No comprenden nuestro altruismo. A menudo me veo obligado a recordarles la Historia. Les recuerdo la actitud del Perú en 1826, abogando en el Congreso de Panamá por la alianza de las repúblicas americanas. En 1848, dando el alerta contra las pretensiones de España. En el sangriento embrollo de México, procediendo de hecho y prestando grandes servicios a la causa americana. En 1864, equipando su escuadra, reuniendo otro congreso americano, y dos años después, vengando en el Callao, el 2 de Mayo, el bombardeo de Valparaíso. En los conflictos de Centro América, interviniendo para defenderla de los ataques filibusteros; y hoy, en la guerra emancipadora de Cuba, dando la sangre de sus hijos y su dinero. Por ser esta nuestra tradición, les dijo, Pardo ha declarado en Noviembre de 1872, que el Perú prestará su apoyo para rechazar las exigencias que considere injustas y atentatorias a la integridad de Bolivia. Por fortuna, nos tienen miedo. Le tiemblan a

Pardo. Le conocen y saben de cuánto es capaz. El grandioso éxito de su Guardia Nacional: aquellos veinte batallones que formaron en Lima, para su revista, el dos de Mayo, les tiene anonadados.

Me pidió. Honorato, informes sobre esta revista, y se los di con gran entusiasmo.

—Fué aquello,—le dije,—un despliegue militar, anteriormente nunca visto en Lima. 1,400 soldados de línea y 6,500 de guardias nacionales, desfilaron por las calles de la ciudad, después de haber sido revistadas por el Presidente. Montaba Pardo un fogoso caballo negro, y le acompañaban, a caballo también, los ministros de la Guerra, de Gobierno y de Relaciones; el gran mariscal La Fuente; los generales Canseco, Beingolea y Fréire; Lord Cochrane, sobrino del que fué Almirante, vestido con la casaca roja del uniforme de Teniente de las Guardias de la Reina Victoria; el Prefecto, los edecanes y numerosos jefes y oficiales de la Inspección General del Ejército. A las tres, S. E. se presentó con su comitiva en la explanada del Hospital *2 de Mayo*.

Una salva de veintiún cañonazos anunció su llegada y el comienzo de la revista. Las tropas formaron en batalla en toda la larga avenida que va desde Cocharcas hasta el Palacio de la Exposición. Eran las cuatro, cuando el Presidente se apostó al pie de la estatua de Colón y durante hora y media vió desfilar por delante de él las fuerzas revistadas. El lujo de los uniformes, el brillo de las bayonetas, el aire marcial de los jefes y oficiales, las bandas de música, los estandartes, formaban un conjunto grandioso, que arrancó a miles de personas lágrimas de orgullo, sentida fe en los destinos de la patria. Fué aquella parada militar, querido Honorato, un espectáculo consolador para la democracia: diputados, universitarios, empleados públicos, capitalistas, comerciantes, jefes de taller, artesanos modestos, marcharon unidos, fusil al hombro, radiantes de alegría. Yo, como sub-teniente del Batallón número Nueve y como sub-ayudante del coronel Manuel Marcos Salazar, a caballo, acompañé a mi jefe. Vestía nuestro cuerpo a la prusiana:

uniforme azul oscuro, casco negro con adornos dorados.

—Y el entusiasmo popular, ¿fué tal como lo describen los periódicos?,—me preguntó Alvarez de Acuña.

—No recuerdo haber visto en la ciudad mayor animación. Por miles acudieron las gentes a la plaza de la Penitenciaría y al Boulevard de Meiggs, y por centenares ocuparon los balcones y los techos del Palacio de la Exposición y de los girones por donde pasaban las tropas. Carruajes y cabalgatas, también por centenares. Había en el rostro de todos júbilo, satisfacción, legítimo orgullo, al ver que la institución de la Guardia Nacional, solo necesitaba en el Perú una mano hábil, tenaz y patriota, que la iniciara y la llevara a feliz término.

Hablamos después de la *colonia*, y en especial de aquellos compatriotas que han hecho de la conspiración un oficio. Con sentimiento, supe que don José María Niqueche está en su número. Reside en Santiago, y es un activo propagandista contra el régimen imperante en el Perú. Se le vigila hasta donde es posible; pero

estando todos ellos protegidos por las autoridades chilenas, gozan de garantía y aún se dice, de auxilios pecuniarios.

■
* *

Entre los sitios de parada que hallo en mi camino, en este viaje a Buenos Aires, Valparaíso es el que más me entusiasma y me conforta. Le encuentro comercial y ameno. El azul delicado de su cielo, su atmósfera brillante y luminosa, ocasionanme grandísima dulzura. Se vive en el plano y en los cerros, y esta diferencia de nivel ha creado una ciudad fértil en sorpresas y muy harta de interés.

Anoche levamos ancla. Nuevamente me veo solo. Una emoción, al mismo tiempo, opresora y dulce, emoción de amor, embarga mi espíritu.

¡Cuánto espacio ocupa Teresa en mi corazón!

Fin del Primer Tomo

1966

PQ8497. D4M3 V1



a39001



004161983b

4/68

